Libros del Asteroide

Tabitha Lasley

El estado del mar

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Tabitha Lasley

El estado del mar

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Libros del Asteroide

Índice

Portada
El estado del mar
1. Bloque T
2. Fum Asaca
3. Tiffany
4. T-211
5. Tern
6. Campo Brent
7. Piper Bravo
8. Ninian Central
9. Clyde
Agradecimientos
Colofón
Nota Biográfica

Primera edición, 2023
Título original: *Sea State*
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Copyright © Tabitha Lasley, 2020
All rights reserved
© de la traducción, Catalina Martínez Muñoz, 2023
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Imagen de cubierta: © David Sánchez
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-19089-52-6
Composición digital: Newcomlab S.L.L.
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Para mamá, con amor y gratitud

Cualquier periodista que no sea demasiado idiota o no esté tan pagado de sí mismo que ni se entera de lo que está pasando, sabe que lo que hace es moralmente indefendible.

Janet Malcolm, *El periodista y el asesino*

No más suspiros, señoras, no más suspiros.

Los hombres siempre han sido mentirosos:

Tienen un pie en el mar y el otro en tierra.

No pueden conformarse con una sola cosa.

William Shakespeare, *Mucho ruido y pocas nueces*

Este libro está basado en una serie de entrevistas realizadas a lo largo de seis meses. Se han cambiado los nombres, los centros de trabajo y otros rasgos distintivos con el fin de proteger la intimidad de los entrevistados. Algunas entrevistas son fragmentos de varias conversaciones independientes, condensadas para favorecer la claridad narrativa y preservar el anonimato de los individuos a quienes se presenta. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Una vez vino una chica a trabajar a nuestra plataforma. Tenía solo diecinueve años. Una noche fue a jugar al billar en la sala recreativa. Llevaba unos pantalones muy sexis. Corrió la voz y la sala empezó a llenarse. Cada vez llegaba más gente. Al cabo de un rato parecía que todos los tíos de la plataforma estaban ahí, viéndola jugar al billar. No le llamaron la atención, porque no había hecho nada malo. A su supervisor sí se lo reprocharon: «Tendrías que habérselo dicho. Tendrías que haberle advertido que aquí no puede hacer eso. Ese era tu trabajo: decírselo. Y no se lo dijiste». La chica no volvió por allí. Ese fue su primer turno en el mar. Y el último.

1. Bloque T

—¿De dónde eres?

Le observé la boca mientras le hacía la pregunta. Nunca había oído un acento como el suyo. Se parecía un poco al mío (de Liverpool, con una «k» corrosiva y algunas vocales igual de abiertas), solo que con una cadencia del nordeste que transformaba *módulo* en *modelo* y *seguro* en *seguuro*.

Tenía unos labios finos que aun así daban la impresión de ser carnosos. Parecían suaves y maleables. La boca dibujaba unos corchetes, con dos marcas profundas que iban de la nariz a la barbilla y se borraban cuando sonreía. Tuve que aguantarme las ganas de meter un dedo en una de las marcas, tirar hacia arriba y verla desaparecer. Cuando entreabrió los labios para responder vi que tenía los dientes separados.

—De Stockton —dijo.

En la carretera donde vive mi madre hay un punto negro en el que a veces muere gente. Lo llaman «las curvas». Es una zona casi rural. Viviendas modernas separadas por franjas de césped. Señales de auténtico campo. Apartaderos, pistas forestales y entradas ocultas. Las carreteras son amplias y tienen un suave peralte que invita a acelerar. Una noche, cuando volvíamos de Kinetic por las revueltas, tuvimos un accidente. Era noviembre y llovía. El coche de mi novio era un tres puertas pequeño y barato, con las ruedas estrechas, y al tomar una curva demasiado deprisa, los neumáticos perdieron el contacto con la carretera. El coche patinó en el asfalto como una cuchilla sobre el hielo, dio una vuelta de campana, atravesó una verja de metal y saltó una valla y un seto reforzado con alambre de espino. Vi cómo el seto se nos acercaba a toda velocidad, a la luz de los faros, y pensé que esa vez me moría.

Ya habíamos tenido otros dos accidentes, y en esos segundos vertiginosos y elásticos, tuve la clara sensación de que mi suerte se había acabado. Los que iban en el asiento trasero me dijeron después que creyeron que me había muerto. Vieron que mi cabeza, con su gorro azul de Fila, chocaba tres veces contra el techo y se doblaba luego hacia el esternón, y que la nuca hacía un movimiento siniestro. Pero cuando el coche se paró en una zanja y mi novio ordenó a voces a sus amigos que

salieran, que salieran de allí cagando leches, porque el motor empezaba a echar humo por debajo del capó, me incorporé y me mordí la lengua. Notaba como tierra entre las muelas. Cristal molido en un polvo muy fino. Intenté abrir la puerta, pero la alambrada se había enrollado alrededor del coche como un cordel alrededor de un huso. Empecé a tirar de la manija, sintiendo una oleada de pánico en el pecho, y vi que estaba sola.

Cuando por fin conseguí salir por el asiento del conductor, mi novio casi había vuelto a la carretera. El coche más que un coche parecía una calabaza. Tenía el techo aplastado y el chasis partido por la mitad. No quedaba cristal en las ventanillas ni en el parabrisas. El impacto había dejado la chapa totalmente arrugada. Me quedé mirándolo, tan asustada que no podía ni llorar. ¿Cómo era posible que los cinco hubiéramos salido ilesos? Intervención divina. No cabía otra explicación.

Pero no salimos ilesos. La sustancia del accidente se me quedó pegada. Hasta mucho tiempo después, cada vez que cerraba los ojos lo veía: el viraje de los faros y el tramo de seto deslumbrante que se acercaba demasiado deprisa. La imagen seguía acechando por debajo de la línea de flotación, y a veces, cuando iba conduciendo, la veía desplegarse delante de mí. Perdía el control del coche y derrapaba. El inútil chirrido de los frenos. Espirales de grava, hierba, pájaros, cielo, tierra. Negrura. Todo terminaba con un crujido. Huesos en el asfalto y la lenta formación de un charco de sangre.

Los accidentes son el resultado de una combinación fortuita de diversos factores. De una desafortunada confluencia de variables. Mal tiempo. Carretera con curvas. Conductor joven. Coche viejo. La música no ayudó: a todo volumen y con un ritmo que incitaba a pisar el acelerador. Era una canción antigua (antigua incluso entonces, y ya han pasado veinte años) pero los pareados tenían la cadencia de una cancioncilla o una oración infantil.

De noche, cuando me acuesto,
pienso en ti con todas mis fuerzas.

Te quiero. Idiota.

¿Te acuerdas? ¿Te suena?*

En ciertos aspectos este fue el novio del que más aprendí.

Era dos años mayor que yo, a una edad en la que esa diferencia se nota mucho. Me enseñó algunas cosas. Su evangelio hablaba de un mundo franco y austero del que yo sabía muy poco, pero sus enseñanzas se han quedado conmigo para siempre. Algunas se las he transmitido a otras personas. Me enseñó a atar las deportivas sin que se viera la lazada. A ceñir el anorak en la cintura para que siguiera pareciendo de chica. Me enseñó —sigo sin saber cómo lo sabía— a unir las plantas de los pies cuando iba a correrme, para intensificar el placer. Me habló del *hardcore* antes de que se convirtiera en *happy hard-core*, cuando tenía ese ritmo sincopado y ese aire de fatalidad inminente.

Intentó enseñarme, con escaso éxito, a pelear, a dar un puñetazo. Me contó que todos los chicos tienen que resignarse a que les den una paliza por lo menos una vez en la vida. Él había dado unas cuantas, pero también había recibido una, cuando unos desconocidos lo levantaron y lo llevaron a hombros por la estación de tren, como lleva el equipo de fútbol victorioso a su capitán alrededor del campo. Luego lo tiraron en el andén, le pisotearon las costillas y le dieron patadas en la cabeza.

Fue un ataque sin ninguna provocación previa, un estallido de ira tribal que él encajó sin avergonzarse, sin buscar razones ni esperar recompensas. Conocía las razones. Le tocaba pagar su factura cósmica. El impuesto de la masculinidad.

Te quiero. Idiota.

Acabó convirtiéndose en uno de esos pocos hombres que disfrutan de verdad con el enfrentamiento físico. Aprovechar la oportunidad de pelearse era para él como encontrarse un billete de diez en una alcantarilla. Un pequeño golpe de suerte que cambiaría para bien el curso de las cosas y le alegraría el día.

Una mañana, alrededor de un mes después del accidente, mandé a mi chico a comprar papel de liar y un zumo. Volvió veinte minutos después, eufórico y colorado, como si hubiera echado una carrera. Traía el chándal de Ellesse blanco empapado de sangre. «Pero ¿qué te ha pasado?», le pregunté, como si no lo supiera. La sangre no era suya, era de otro. Siempre tenía varios frentes abiertos, y había visto a un tío con el que tenía historias, cerca del trineo navideño del Rotary Club. Sacó una botella de un cubo de la basura, se acercó al tío por

detrás y le dio un botellazo. «Ha sido genial —dijo—. Todo el mundo estaba mirando. ¡Santa Claus sentado en primera fila!» Terminó en la cárcel de Altcourse, donde floreció como un laurel trasplantado a su suelo original.

¿Te acuerdas? ¿Te suena?

¿Mi condena? Mi condena fue más larga. Yo me acordaba todos los días. Creía que había sido mi oración silenciosa (la súplica muda de protección formulada desde una zona basal del cerebro) la que nos salvó la vida. Me negué a aprender a conducir durante mucho tiempo. No soportaba subir a un coche con nadie, ni siquiera con mi madre, que conducía a la desquiciante velocidad de cuarenta y cinco por hora. Esa noche descubrí que el miedo es el elixir más poderoso. Neutraliza cualquier sustancia sintética que circule por el torrente sanguíneo, cualquier sustancia química que dirija el funcionamiento del sistema límbico. Estaba drogada cuando subí a ese coche, y sobria cuando salí de él. Y nunca he olvidado ese momento de transición vertiginosa; la aterradora velocidad a la que cambia la situación. Vas con las cuatro ruedas bien pegadas al asfalto, y en cuestión de segundos estás dando vueltas de campana.

Seguía pensando que ese lugar —con sus puntos negros y sus puntos ciegos, sus carreteras estrechas y sus trágicos accidentes— era mi casa, aunque hacía años que ya no vivía allí. Me venían recuerdos a la cabeza antes de dormir: sus caminos y sus campos, sus urbanizaciones de adosados de ladrillo amarillo, sus pasadizos de ficus y de madera húmeda. Las imágenes aparecían de repente, como la antigua carta de ajuste de la televisión. Me tranquilizaba su quietud, su naturaleza inalterable y anodina. Había perdido mi casa poco antes. No. No la había perdido. Dicho así parece accidental, como si el banco me la hubiera quitado por dejar de pagar la hipoteca. Me había ido de mi casa poco antes y me había desprendido de todo lo que tenía.

Unas semanas después de Navidad, un ladrón entró en el apartamento que compartía con mi novio y me robó el ordenador. El ladrón (doy por hecho que era un hombre, por las huellas que dejó en el panel de la puerta; llevaba, como yo, zapatillas Air Max One) se llevó también mi ordenador antiguo,

el que usaba como disco duro. No tenía otra copia de seguridad, así que perdí todo mi trabajo, incluido un libro que llevaba cuatro años escribiendo intermitentemente.

Entré en casa sin fijarme en que a la puerta le faltaba un panel. Adam no soportaba el derroche, en cualquiera de sus variantes. Era impropio de él dejar todas las luces encendidas, aunque muy propio de él dejar la casa —lo cierto es que no hay otra manera de decirlo— como si hubieran entrado a robar. Los cajones de mi escritorio estaban volcados, con todo lo que había dentro desparramado por el suelo. Lo primero que pensé es que se le había hecho tarde y necesitaba algo del escritorio. Lo segundo, aunque casi no llegué a dar forma al pensamiento porque enseguida me di cuenta de lo que había pasado en realidad, es que había estado registrando mis cosas, buscando pruebas de que tenía una aventura. Adam era dado a tener de vez en cuando ataques de celos muy concretos, y a menudo me espiaba el teléfono. Yo no llevaba un diario, pero sí tenía cuadernos, y aunque se daba por sentado que no podía leerlos, él los leía.

Fue al entrar en el dormitorio cuando vi lo que había pasado. El colchón estaba del revés, las sábanas revueltas y mis bragas amontonadas encima de la cama. El bolso que me había regalado mi hermana, con un perro salchicha bordado por delante, estaba en el suelo, vacío y con el forro fuera. Mi hermana me había preguntado varias veces si me gustaba el bolso, porque nunca me veía con él. Me acerqué al armario para comprobar que mis zapatos más caros y mi único abrigo bueno seguían ahí. Aunque llevara zapatillas Air Max, era evidente que el ladrón no sabía reconocer la ropa buena. O a lo mejor no se le ocurría qué uso darle.

Eché un vistazo y pensé qué escasas, qué tristes parecían nuestras cosas tiradas por todas partes. Ahí estaba la suma de nuestra vida en común: todo por el suelo. El apartamento era una de esas remodelaciones oportunistas que se hacen en Londres; una vivienda que no existiría fuera de la ciudad. Antiguamente había sido la portería, adosada a la parte trasera del edificio, y seguía teniendo una pinta insignificante a pesar de los materiales modernos. Salí y, no sé por qué, cerré la

puerta, aunque la mitad estaba ahora en el suelo de la cocina, y llamé a Adam.

—Entra en casa —me ordenó bruscamente cuando por fin cogió el teléfono—. Entra y saca mi hierba.

—No quiero —dije. Estaba en la acera, delante del bloque, temblando como un flan. Todo lo que había en casa, la casa en sí, me parecía sucio, y en ese momento lo atribuí al fantasma de las zapatillas de pisada ligera que había recorrido las habitaciones sin que nadie lo viese. Adam me habló despacio, como se le habla a alguien que no domina mucho el inglés.

—La policía está en camino y no quiero que encuentren mi hierba. Así que, ¿me haces el favor de entrar a buscarla?

—Vienen a investigar un robo. Si la encuentran pensarán que es del ladrón.

La policía cerró la investigación en cuestión de un par de días. Vivíamos en el sureste de Londres y tenían asuntos más importantes que atender que el robo de un ordenador. Yo seguía esperando que algún día alguien metiera por debajo de la puerta un lápiz de memoria, pero eso solo lo hacían los ladrones con ética, en países como Suecia. Repasando el correo electrónico encontré doce páginas de mi libro. Todo lo demás se había evaporado.

La semana siguiente, cada vez que volvía a casa me encerraba a llorar en el cuarto de baño. Por la noche Adam salía a patrullar por los alrededores armado con su palo de golf. Alguna vez entraba en el baño, a lavarse las manos o los dientes, y pasaba por encima de mí con cara de perplejidad, como si intentara reconocer a la persona que lloraba en el suelo y entender qué hacía ahí.

A finales de enero pedí unos días de vacaciones en el trabajo. Me iría al norte, a casa, por el cumpleaños de mi madre, y después pasaría una semana en Aberdeen. Empezaría mi libro de nuevo, y esta vez lo haría bien. Mi editora no parecía muy convencida cuando le conté mis planes.

—En Aberdeen hace frío —dijo.

—También está cerca de las plataformas.

—¿Por qué quieres escribir sobre las plataformas petrolíferas?

—Quiero ver cómo son los hombres cuando no hay mujeres alrededor.

—Pero estarás tú.

En mi ciudad tenía amigos que trabajaban en las plataformas. Cuando salíamos juntos, se comportaban como famosos: tiraban el dinero y armaban mucho jaleo, para que todo el mundo pudiera verlos. Sus apariciones siempre eran emocionantes, por lo infrecuentes, como una luna roja o un eclipse parcial. Casi siempre estaban fuera, trabajando, o de vacaciones caras en invierno.

El petróleo es una de las últimas posibilidades que les queda a los trabajadores de este país, uno de los pocos sectores abiertos a los hombres de clase obrera —además del deporte— donde todavía se pagan buenos salarios. Los trabajadores del petróleo a los que conocía se pasaban la vida intentando compensar este desequilibrio, gastándose el sueldo en cuanto lo cobraban. Compraban a plazos cochazos, ropa cara, calzado bueno y cocaína potente. Iban al gimnasio, hacían pesas y se cubrían el cuerpo de tatuajes (parecía una práctica cultural que guardaba cierta relación con el trabajo, como la costumbre de los mineros del sur de Gales, que se reunían a cantar en la parroquia). Se quedaban solteros más tiempo que la mayoría de los hombres de provincias y, cuando se casaban, su matrimonio daba sensación de provisionalidad, como si pudiera disolverse en cualquier momento. Eran *interesantes*: gente con la que te gustaría estar en una fiesta, siempre y cuando no se hiciera en tu casa.

—El robo ha sido una señal —dije—. El libro no arrancaba. Tengo que tirarlo y empezar de nuevo, como dice la canción.

En ese momento no pensaba en Adam, sino en su mejor amigo, que estuvo una temporada obsesionado con la *new wave*, y el verano que nos conocimos se pasaba el día poniendo esa canción.

—Puede que no sea una señal —contestó mi editora—. Estamos en enero, es fácil entrar en tu casa y a Adam se le ocurrió dejar todas las luces apagadas.

—Yo lo interpreto como una señal.

Me cogió la mano.

—A veces pienso en lo mal que lo has debido de pasar viendo que tu hermana pequeña se casaba, mientras tu relación tiene tantos altibajos…

—Casarme no me importa.

—Tu hermana se ha comprado una casa y tú sigues de mudanza en mudanza.

—Ella no vive en Londres.

—Y ahora va a tener un hijo…

—¿Podemos dejar de hablar de lo bien que le va todo a mi hermana?

Yo veía a mi editora como una figura maternal, a pesar de que no era mucho mayor que yo. Tal vez fuera porque físicamente se daba un aire a mi madre: ojos claros, pelo castaño y débil, y de lágrima fácil. Se parecía a las editoras de revista de las comedias románticas — poco creíbles para el público— en el sentido de que estaba muy metida en mi vida personal y no se enfadaba por mis retrasos en la entrega del libro. Me dio la impresión de que estaba a punto de llorar, quizá porque yo también lo estaba. La verdad es que me daba mucha rabia llorar en el trabajo, aunque cualquiera que me viera podría pensar lo contrario. Me apretó la mano.

—Algún día conocerás a un hombre que te tratará de maravilla, y te parecerá increíble. A mí me pasó cuando conocí a mi marido. Y sé que a ti también te va a pasar.

Hacen falta dos revelaciones para dejar a una persona a la que has querido. Una es el momento en que comprendes que ya no la quieres. Y la otra es el momento en que comprendes que no puedes seguir fingiendo. El tiempo que media entre una y otra es variable y depende de la propia capacidad para el engaño y la tolerancia a la falsedad. Adam me llamó a casa de mi madre el día antes de que me fuera a Aberdeen. Le habían ingresado un cheque de Hacienda y era cuatro mil libras más rico. Dudé si valía la pena preguntarle qué pensaba hacer con el dinero, porque ya lo sabía.

Las parejas infelices siempre saben cómo van a desarrollarse ciertas conversaciones. Me diría que pensaba gastarse el dinero —todo, hasta el último penique— en sus cosas. Yo le recordaría que no hacía ni dos semanas que había

perdido lo más valioso que tenía. Le diría que, para quien escribe, perder todas las palabras que ha escrito equivale más o menos a un aborto. Y él señalaría con desprecio: «Ya lo sé. Yo también soy escritor». Yo replicaría: «No tanto» (me molestaba que siempre dijera que era escritor, cuando en realidad trabajaba en comunicación: se ocupaba de gestionar las crisis de una compañía energética.) Y él diría algo así como: «Eres un puto muermo, ¿sabes?». Porque en la sinfonía de nuestro desacuerdo, el abismo que mediaba entre su ética laxa y la mía incorruptible era una melodía que a mí siempre me gustaba interpretar.

Es posible que yo haya empezado más peleas que Adam, pero a él se le daba mejor terminarlas. A veces se llevaba un dedo a los labios para darme a entender que era hora de callarse. Si intentaba decir algo, me advertía, rítmicamente: *Chsss. Chsss. Cierra la puta boca ya*.

—¿Qué piensas hacer con el dinero? —pregunté.

—Comprar un iPad nuevo y pagar la tarjeta de crédito. Lo demás lo voy a ahorrar.

Cambié de postura. Estaba sentada en el suelo, y los barrotes del radiador empezaban a quemarme a través de la camiseta. Llevábamos juntos cinco años. Yo lo había dejado dos veces. El nuestro era un amor de cuento de hadas: tenía que fracasar dos veces antes de triunfar. Tenía que aprender a sobrevivir en circunstancias difíciles.

—No vuelvas a llamarme —dije—. Borra mi nombre de tu teléfono. Yo voy a hacer lo mismo con el tuyo.

—¿Qué?

Oí un silbido de gas, seguido de un chasquido. No me estaba prestando atención. No podía echárselo en cara. No era la primera vez, ni siquiera la décima, que yo le decía eso.

—Que borres mi número de tu teléfono. No quiero saber nada de ti.

—¿Es por el dinero?

Parecía dolido, incrédulo. Ya estaba otra vez su novia pidiendo algo. Ya estaba poniendo la mano. Era como una niña pobre de los tiempos victorianos: dependiente y necesitada. Una pedigüeña.

—En parte sí. Es por el dinero. Pero también por otras cosas. No estamos bien, Adam. ¿O sí? Por favor, reconócelo.

Me corté cuando vi lo que estaba diciendo. Era esta necesidad de consenso lo que me tenía atrapada en su casa. Yo me empeñaba en tener razón y él nunca lo admitía, aun cuando el precio a pagar fuese una vida incompleta y fría con una mujer a la que despreciaba.

—Pensaba compartirlo. Si hubieras esperado.

Me había pasado meses despierta a su lado, en la cama, con los nervios de punta y el cerebro enzarzado en desesperadas maniobras de huida. En este momento estaba tranquila. Comprender que no quedan más posibilidades da cierta paz. Decidí dejar a Adam: a él, el dinero de sus padres y la cautividad a prueba de balas de la clase media. Lo dejaba ya mismo. En adelante, por más privaciones que me esperasen ya no tendría que pasar por esto. No tendría que oír sus mentiras. No tendría que verlo abrir los ojos como una chica *hentai*, mientras juraba y perjuraba que no había dicho lo que acababa de decir, que no había hecho lo que acababa de hacer, que todo eran imaginaciones de mi cerebro femenino y febril.

—No, Adam. No pensabas compartirlo. Y me parece bien. Es tu dinero y puedes hacer con él lo que quieras. Pero no quiero que vuelvas a llamarme, así que borra mi número.

Me quedé un rato sentada en el suelo, mirando el jardín y los árboles desnudos. Luego subí y empecé a hacer la maleta.

—¿Qué es eso?

—Nada.

Estaba mirando una lista en el móvil. La había hecho camino de Aberdeen: las faltas más graves de Adam. Al ver que combinaba dos de mis pasatiempos favoritos —hacer listas y darle vueltas a sus muchos defectos—, pensé que quizá me lo pasaría bien escribiéndola, pero leerla me resultó deprimente. Me quedé sin ánimo cuando iba por la mitad:

Barbacoa familiar (su MADRE!!!)
Obligarme a subir a la cima del Scafell con niebla!!!
La pelea por la hipoteca
La web de citas
La boda de Carla!!!

La despedida de soltera de Soraya!!!

—¿Quieres otra?

—Esta la pago yo. ¿Qué quieres?

—No, no pagas tú.

—¿Por qué no?

—Eres una chica. No puedo dejar que pagues las copas.

Estiró el cuello para llamar la atención de su amigo, que ya se levantaba para acercarse a la barra.

—Para ella una Peroni.

Pi-rou-ni. Había seis hombres alrededor de la mesa. Todos hablaban con la misma modulación cantarina. Más dulce, más musical que el acento de mi zona del país.

—Entonces ¿empezamos?

—Supongo que sí.

—Tengo que grabarlo, porque la taquigrafía no es lo mío. De hecho, te aviso que ya estoy grabando. Si no te lo advierto es ilegal. ¿Te parece bien? Es posible que no se admita como prueba en un tribunal si no sabes que te han grabado. Bueno.

—¿Qué tengo que decir?

—Lo que quieras.

Dejé el teléfono encima de la mesa. Lo miró con cansancio, como si fuera una bomba sin detonar.

—Así no podré soltar tacos.

—No pasa nada. Puedes. Solo te oirá mi teléfono.

Lo observé mientras hablaba. Tenía pecas claras en el puente de la nariz. Y yo sentía debilidad por las pecas. Me las pintaba con un lápiz de cejas: una línea de puntos en la parte superior de los pómulos, como unas alas que al final del día normalmente se habían convertido en manchas marrones; como si me ganara la vida deshollinando chimeneas. Se quejaba de un hombre con el que había trabajado en la Brae Bravo. Que yo le hubiera dado pie a elegir un tema cualquiera y él decidiera hablar de un colega al que no soportaba hizo que me cayese mejor. Yo habría hecho lo mismo.

—Estaba arriba, en el módulo catorce o quince, cogía las herramientas y empezaba a tirarlas al suelo, ¡sin más! Era una pesadilla. El peor francés del mundo. No me caía bien y yo a él tampoco. Me consideraba un chulo. No entiendo por qué. Fue

nuestro jefe una semana. Y un día que estaba lloviendo a cántaros, el tío viene y me dice: «Sal». Y le digo: «No pienso salir, hay demasiada humedad para mi gusto». El caso es que llamó a la oficina y…

Siguió enumerando detalladamente las maldades del francés, desde colgar un cartel de «no tocar» en el termostato de su camarote hasta quitar la barra de seguridad de la escotilla de una grúa sin permiso. A mí se me escapaba el significado de la mayoría de los incidentes, pero me gustaba oír su voz, con un leve eco familiar. Sonreía cada vez que lo miraba. Tardaba un poco en devolverme la mirada. Y entonces sonreía, con un gesto rápido y culpable, como si yo fuera el capataz, como si tuviera la obligación de sonreír.

Lo conocí en el aeropuerto. Estaba en la puerta de la sala de llegadas, doblado por el peso de la bolsa de viaje. Era bajito, no más alto que yo; compacto y proporcionado como un jinete. Y también tenía cara de jinete: expresiva y con la piel muy clara.

—Busco a hombres como tú —le dije—. Para un libro que estoy escribiendo sobre las plataformas.

—¿Vas a ponerlos a parir?

—¿Cómo te llamas?

Me miró como si no quisiera decírmelo. Por fin se decidió.

—Caden.

—Muy bien, Caden, ¿por qué no me das tu teléfono?

—No me atrevo. Estoy casado.

Le pidió a su amigo Tyler que me llamara. Quedé con Tyler en verlos en su hotel, donde iban a tomar algo con otros trabajadores de las plataformas que pasaban por Aberdeen con la regularidad de las mareas. A veces se quedan varados. En verano se forman brumas en la costa este y se quedan allí una semana, tendidas como un velo de gasa gris. En otoño el tiempo da un cambio brutal. Los Super Pumas tienen la mala costumbre de caerse del cielo, y si el mar está demasiado revuelto para que la patrulla de rescate pueda salir, los helicópteros no vuelan. La ciudad es rica y aburrida. Los inviernos son durísimos. No hay mucho que hacer, aparte de beber, y a eso se dedican los que se quedan varados en la ciudad. Beben como si se tratara de una profesión: empiezan en cuanto llegan a tierra y se entregan a la

bebida las ocho horas siguientes. En parte lo hacen por aburrimiento (la escasez de actividades diarias para grupos de hombres adultos) y en parte porque saben que cuando estén en la plataforma no podrán beber ni una gota.

Me miraron cuando entré en el bar, con cierta expectación. Caden estaba sentado en el rincón, ojeando una lista de apuestas en el teléfono.

—Ayudadme a elegir —dijo, levantando la vista. Yo jugaba muy poco y únicamente podía guiarme por los nombres.

—Ese —dije, señalando a Anonymous John—. Apuesta por ese.

Iban al Bloque T, pero no querían —o no podían— dar más detalles. Puede que no supieran cuál era la posición de su plataforma con respecto a las demás. Los mapas no aclaran gran cosa, porque las petroleras, como los canales de televisión de pago, solo reconocen sus propios activos. Todo el mundo hablaba del precio del Brent, de su caída en picado. El petróleo es un valor volátil; su precio está ligado a la geopolítica y el crecimiento económico, además de a la oferta (poco flexible) y la demanda (que tiende a ser cíclica). Desde que llegó a la costa el primer crudo del mar del Norte, en la década de los setenta, el negocio ha estado sumido en un ciclo de altibajos, aunque esta recesión parecía más grave que la última. El mercado estaba saturado lisa y llanamente. Las máquinas que nos prestaban servicio se habían descontrolado como las escobas mágicas del brujo. Y la industria no paraba de producir enormes cantidades de crudo barato —Iran Heavy, Arab Light, Dubai Crude, Qatar Marine— a pesar de la rápida caída de los precios.

El taxista que me había llevado al hotel se despachó a gusto con el despilfarro en Aberdeen y la imprudencia de depender de una única fuente de ingresos. La gente se lo jugaba todo a una baza y vivía por encima de sus posibilidades. Paseaban en sus Range Rover a plazos, y tenían casoplones en Morningfield Road. ¡Como si pudieran permitírselo! Lo de que los trabajadores del sector petrolero ganaban sueldos bestiales era un mito —residuos de propaganda de la década de los ochenta— difundido principalmente por los propios trabajadores, aunque solo cuando les convenía. El sueldo antes era bueno,

pero la industria estaba de capa caída. No querían verlo. Habían sufrido otras recesiones, por supuesto —en 1999 el barril cayó a nueve dólares—, pero esta era diferente. Ahora la industria se preparaba para el futuro. El taxista me estaba soltando un sermón; parecía encantado. Había trabajado en las plataformas, pero lo dejó cuando las cosas todavía iban bien. Como todos los taxistas de Aberdeen, en su día había trabajado en las plataformas.

Acerqué el teléfono al tipo que estaba sentado frente a mí.

Enumeró sus quejas: el precio del vuelo de vuelta a Teesside; que las petroleras avisaban a los autónomos con solo unas horas de antelación y esperaban que lo dejaran todo al momento para hacer un viaje de quinientos kilómetros hasta su puesto de trabajo; la diferencia de clase en las plataformas. Era el mayor de la mesa, y el más guapo, con bastante diferencia. Tenía los ojos negros, los pómulos altos y rasgados. Parecía de raza mixta, aunque tardé un buen rato en darme cuenta. Lo que en Londres es obvio y corriente, en sitios como Aberdeen se vuelve escurridizo y difuso.

—Ahora mismo hay unos mil trabajadores sin curro. Los chicos piden trabajo y les devuelven el CV o les contestan: «Lo sentimos, pero hay otros seiscientos aspirantes al mismo puesto».

—¿Cuándo volverá a subir el precio?

—Calculan que irá a mejor el mes que viene. Para finales de marzo todo habrá vuelto a la normalidad.

La voz de Tyler se impuso sobre el murmullo general. Se quejaba de las mujeres. Uno de la plataforma Tern había ido al programa de citas *Take Me Out*. Ni siquiera había llegado a subir al escenario cuando todas las chicas apagaron la luz. Me pareció genial estar rodeada de hombres que veían *Take Me Out*. A Adam no le gustaba que viese la ITV. Lo llamaba «el canal del norte».

Cayó la tarde y el cielo se puso gris. Intercambiamos historias. Les hice un resumen detallado del último mes. Se compadecieron de mí.

—¿De qué iba tu libro? —preguntó el que estaba a mi derecha. Tenía la cara alargada y triste, y un flequillo largo y

canoso.

—De eso mismo —dije, mirando a Tyler—. De cómo son las relaciones cuando el otro se pasa la mitad del tiempo fuera. De cómo se las apañan las mujeres en casa.

—Es duro —asintió—. Cuando vuelves de permiso, no puedes hacer planes para la primera semana, porque al final siempre te los pierdes. Hubo un tío que se quedó bloqueado en la Central y se perdió su propia boda.

—Parece un chiste.

—Pues al tío no le hizo gracia.

El del pelo gris se iba a casar ese verano. Me enseñó una foto de una rubia delicada, más joven que él, jugando al caballito con un bebé en las rodillas. La foto pasó de mano en mano, y el novio recibió la felicitación general. Caden, a mi lado, murmuró algo.

—¿Qué has dicho?

—Que las bodas son una pesadilla.

—A mí me parecen divertidas.

Fue una de esas mentiras inexplicables, incluso en el momento de decirla. Las bodas no me parecían nada divertidas. Que me invitaran a una boda a finales de primavera, en un bucólico y remoto rincón, podía fastidiarme casi tanto como que no me invitaran.

—Casarse no tiene sentido. Es tirar el dinero.

Me sorprendió que le doliera la idea de tirar el dinero. Llevaba un buen fajo en la cartera, y cada vez que se levantaba a pedir una ronda se le caían al suelo billetes de veinte arrugados.

—Si eres mujer, no. Tiene sentido económico. A tu novio no puedes pedirle nada cuando te separas, aunque tengas hijos. La gente cree que sí, pero no es cierto.

—Te voy a decir una cosa. Ningún hombre quiere casarse. Siempre lo hacen por ellas.

Me tiré del colgante. Tenía ese tic nervioso: el de tirar del crucifijo y comprobar la flexibilidad de la cadena. Era un colgante bonito, y sabía que si seguía dándole esos tirones cualquier día lo rompería. Pero no podía dejar de hacerlo.

—¿Tú no querías casarte con tu mujer?

El ruido del local subía y bajaba. Caden echó un vistazo a la barra. Su teléfono se iluminó y contestó la llamada.

—Ya van tres. Hemos hecho una apuesta combinada. Hemos recuperado veinte pavos.

Empezaba a nevar. Mi teléfono seguía en la mesa, olvidado, grabando la conversación cruzada. Me iba a costar horas hacer la transcripción. Seis voces, con un acento casi indistinguible, y todo el mundo hablando a la vez.

—Su chica lo siguió anoche hasta un club de *strippers*.

Caden me acercó los labios al oído. Nos quedamos los dos mirando a Tyler. Tenía una cara atractiva, de un tono encarnado, y más dientes de lo normal. Daba la sensación de tener éxito con las mujeres, y aun así pagaba por estar con ellas. Estaba contando una historia de la última vez que fue a casa. Lo dejaron en Edimburgo, a unas horas en las que era imposible encontrar habitación, y llegó a un acuerdo con un sintecho. El meollo de la historia era aburrido, pero Tyler la contaba con ritmo y dramatismo. Los demás habían dejado de beber para escucharlo.

—No deberíais ir a clubs de *strippers* —dije—. Es degradante. Mientras haya clubs de *strippers* los hombres pensarán que el cuerpo de las mujeres está en venta.

—Yo nunca compro bailes —dijo Caden—. No le veo sentido. Solo voy a tomar una copa. Nunca he pagado por nada.

—No. —Lo miré a la cara—. No creo que lo necesites.

Bajó la vista. Se puso colorado. Le brillaron las pecas, iluminadas por el rubor.

—La chica de Tyler le instaló en el teléfono esa aplicación de rastreo, y en cuanto entró en el club, le escribió: «Sé dónde estás».

—¿En serio?

—Como lo oyes.

—Es… de locos.

—Pues así van las cosas en mi casa.

—¿De dónde eres?

Le observé la boca mientras le hacía esta pregunta. Tenía los labios rosas y la piel clara. Los ojos eran azules, muy claros, como si no conocieran el pecado.

—De Stockton —dijo.

Me habló un poco de la ciudad. Un sitio donde a los maridos había que capturarlos, acorralarlos como a los caballos de la Camarga y llevarlos de la brida bien corta después de casarse. Donde todos los hombres trabajaban en las plataformas y las noches se amenizaban con violencia programada y palizas a las mujeres. Cuanto más cerca estaban los pueblos de la esfera de una ciudad civilizada, más deprisa progresaban. Stocktonon-Tees no estaba cerca de nada: era un rincón perdido y olvidado.

—Tengo una teoría sobre las mujeres de esa zona del país —dije—. Son duras de pelar. Me acuerdo de que una vez fui a ver a una amiga en Nottingham. Había mujeres pegándose con sus parejas en la calle. Ganaban ellas.

Mi teoría se basaba en poco más de una anécdota, pero Tyler asintió como si fuera un hecho demostrado.

—Mi prima es muy bruta. Cuando sale se mete en peleas… Si no tiene más remedio. Es la única mujer que me da miedo físicamente. Cuando tenía quince años me estampó contra una puerta. Todavía tengo la cicatriz.

—¿Dónde?

—Aquí.

Tenía una marca irregular en la frente, muy cerca del pelo. Alargué la mano y la palpé con los dedos. Pegó un bote, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Llevaba el pelo apartado de la frente en una cresta a punto de despegar. Le pasé la mano por encima y se lo aplasté hacia delante. Lo tenía algo rizado, con cierta resistencia en la textura. Seguí alisándole el flequillo un buen rato, hipnotizada por el movimiento y la cercanía de su piel. Él se quedó quieto y me dejó hacer. Le latía el pulso en la sien. Se la toqué, y el temblor se aceleró.

—Tienes el pelo rebelde —dije por fin—. Deberías invertir en un peine.

—Eres una puta.

—¿Qué has dicho?

—Que eres una puta. Eres fácil.

Miré al que lo decía. Era alto, con el cráneo grande y cuadrado. Varias columnas de tinta le asomaban por el cuello.

—No puedo ser las dos cosas —señalé—. Una puta por

definición no es fácil. Tienes que pagar para estar con ella. Entonces ¿soy una puta o soy fácil? ¿Cuál de las dos cosas?

El tío dudaba. Puso cara de dolor, como si fuera un fastidio tener que elegir.

—Eres fácil —decidió al cabo de un rato.

—Y tú un grosero.

Caden me puso una mano en el brazo. Noté su piel muy tibia. Debía de tener el termostato interno un poco más alto que el mío.

—Tranquila —dijo en voz baja.

Me acarició la mano como se acaricia a un perro moloso que está a punto de morder a un invitado. Y había algo canino en el temblor que me produjo el roce de su mano. Siempre me pasaba lo mismo cuando bebía: me debatía entre el instinto de salir corriendo y el de follar, y mi superego intentaba mediar entre dos órdenes contradictorias.

—¿Cómo te atreves? —le dije al otro tío—. Pídeme disculpas.

Estaba sentado de perfil, mirando al frente como una cabeza tallada en un acantilado. Serio, meditativo, sin alterarse por el giro que había dado la conversación. ¿Por qué iba a alterarse? Era él quien había empezado.

—Te invito a una copa si quieres. No te voy a pedir disculpas.

—Me puedo pagar mis copas. No quiero una copa. Quiero que te disculpes.

—Pues te vas a quedar con las ganas —contestó, muy digno —. Eres fácil. Es así. Lo he dicho porque lo he visto.

Caden me había metido los dedos por debajo del puño de la manga. Me acariciaba el interior de la muñeca. Era un gesto de extraña intimidad, aunque apenas me rozaba la piel.

—Pasa de él —dijo—. Pero no puedes, ¿verdad? Lo noto.

—No, no puedo.

El otro estaba borracho. Puede que odiara a todas las mujeres. Aun así, el insulto me había afectado. Vi que miraba a un punto intermedio con la serena lucidez de un vidente. Me había atacado sin mala intención. A lo mejor lo había visto. A lo mejor sabía algo de mí que ni siquiera yo sabía. Moví la mano

para que Caden me soltara. Al hacerlo tiré su vaso, me aparté de un salto, y el taburete que tenía detrás se desestabilizó, se balanceó y cayó al suelo. Retrocedí y me quedé mirando el desastre que había armado. Caden estaba secando el líquido con la manga.

—Vas a tener que endurecerte un poco si quieres escribir sobre las plataformas —dijo—. Allí las reglas son distintas. Los hombres hablan así.

Los dejé. Subí por la escalera de caracol y salí a la noche. Caden se levantó y me siguió, tal como yo esperaba.

Nos quedamos parados en la puerta, tiritando amigablemente. Había hielo en la acera. Yo iba despeinada, con varias capas de lana y una parka gruesa (la había comprado esa mañana al salir del hotel, al darme cuenta de que el abrigo que llevaba en Londres todo el invierno no servía de nada allí). Él llevaba una cazadora corta que le daba un aire de aficionado al fútbol modernillo pero que no abrigaba. Tenía copos de nieve en el pelo.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—No lo sé. —Moví los pies. El bar estaba en el sótano y seguro que nos veían las piernas por la ventana.

—Todavía es pronto.

—Parece tarde. Creo que voy a volver al hotel a dormir.

Eran entre las cinco y las nueve. Estaba desorientada por lo deprisa que anochecía y por haber empezado a beber tan temprano.

—Sé que lo de ese chico no ha estado bien, pero es que es de la zona más dura de Stockton. No estoy seguro de que…

Echó un vistazo alrededor, como si en el suelo fuese a encontrar otra atenuante. La cara le quedaba a la altura de la mía. Parecía a la vez más joven y mayor que yo. Tenía una estructura ósea aniñada y la piel curtida. En otra época lo habrían llamado cara de niño. Pero no era un crío. No del todo.

—Gracias por invitarme a venir —dije—. Siento que haya salido un poco mal.

—Me da mal rollo que te vayas. Te conozco desde antes que a él.

Era el tipo de observación que haría un niño. O alguien con

una noción del tiempo distorsionada. Habíamos echado a andar y nos paramos al lado de una verja. Quedaban unas pocas calles por delante, pero la excusa de que había salido del bar solo para ver si yo estaba bien después de que ese tío tan desagradable me hubiera insultado resultaba menos creíble a cada paso que dábamos. Nevaba con más fuerza. La nieve formaba remolinos y espirales en el viento. Las calles estaban desiertas; la ciudad recogida en casa por el frío. Camuflados en la oscuridad era fácil creernos invisibles, y así podíamos seguir todo el tiempo que quisiéramos.

—Tengo que irme —dije.

La verdad, y él seguramente lo sabía, era que no tenía adónde ir. Es peligroso sacar a alguien de su rutina y luego pedirle prudencia. Le asomaba la cara blanca y vulnerable por encima del cuello alto de la cazadora. Parecía helado. Iba a darle un beso en la mejilla y, cuando me acerqué para cerrar el hueco que nos separaba, movió la cabeza y puso su boca en la mía. A pesar de todo, yo sabía que aún estaba a tiempo de corregir el rumbo de la noche. Podía cerrar los labios y hacer que el beso pareciese relativamente hermético y decoroso. No sería el beso que uno le da a una madre, pero sí a una amiga. Habría un espacio entre lo que había pasado y lo que fingíamos que había pasado, pero sería resbaladizo. Una pérdida leve y superable. Pero no quise. No quise. Lo que quería era estar con él a solas. Quería toda su atención puesta en mí. Sus manos en mí. Su boca en mí. Noté el olor de su piel. Se me había olvidado cómo era esto. Una necesidad absoluta. Empaparse de la presencia de otra persona hasta que todo cede, y sumergirse en ella. Me quedé un momento quieta, inundada. Luego me acerqué a él, le bajé la cabeza y volví a besarlo.

Se apartó antes que yo. Le faltaba el aire.

—Ven —dijo.

Me cogió del crucifijo, que había emigrado con el movimiento y estaba encima de mi clavícula. Por un momento pensé que iba a arrancarlo, pero se limitó a colocarlo en su sitio.

—Perdona. Llevaba toda la tarde deseando hacerlo.

Formábamos vaho al respirar. Yo tenía manchas de frío en las manos: blancas, rojas y moradas. Saqué los guantes del

bolsillo y me los puse mientras él hacía lo mismo. Era la primera vez que estaba en una ciudad donde todos los hombres llevaban guantes.

—Ven conmigo —le pedí—. Si quieres.

Le tendí la mano. Me dio la suya. Pensé que a lo mejor dudaba y fingía cierta indecisión, me sorprendió que no lo hiciera. Echamos a andar por las calles silenciosas y azotadas por el viento, sin que ninguno de los dos mirase atrás.

Esa noche descubrí varias cosas. Que su boca era tan maleable como parecía. Que sus besos eran ingrávidos. Que su mujer no se fiaba de él ni un pelo, porque su teléfono no paraba de sonar y, aunque se alejaba de mí cada vez que contestaba, para que no lo oyese, por la frecuencia de las llamadas y el tono entrecortado de la conversación sabía que estaban discutiendo. No entendía los matrimonios provincianos, pensé, cuando se alejó por cuarta vez con el teléfono pegado a la oreja. Llevaba demasiado tiempo en la ciudad.

Paramos en un bar de Belmont Street. Habían intentado decorarlo al estilo escandinavo, con madera clara, bancos corridos y una nevera llena de vodka de distintos sabores. En una pantalla, encima de la terraza, Aaliyah arrullaba a un halcón que tenía en la muñeca. Yo llevaba bastante tiempo cabreada porque los hípsters se hubieran apropiado de Aaliyah. «¡Aaliyah me gustaba antes de que estuviera muerta!», me dieron ganas de gritar, como Piggy con la caracola en *El señor de las moscas*. Ver cómo se ha digerido la cultura de tu juventud y cómo se escupe veinte años después te recuerda que eres demasiado mayor para salir.

Volvió al bar. Tenía la cazadora húmeda y el pelo pegado en un mechón cubierto de nieve. Se lo eché hacia atrás.

—Parece que tengas doce años —dije.

Sonrió. Había en su sonrisa una pizca de complacencia en la que no me había fijado. Se inclinó hacia mí. Tenía el aliento dulce.

—Tengo doce años. La policía no tardará en llegar.

Lo abracé con las piernas y le apreté la nariz en el cuello. El bar estaba tranquilo, aunque no tanto como para justificar este comportamiento tan lamentable. No recordaba la última vez que

me habían besado con deseo. No recordaba cuándo me habían besado por última vez. Adam y yo nunca dejamos de follar, nunca alcanzamos esa fusión amistosa de las parejas tan unidas que acaban siendo como hermanos, pero esa descarga eléctrica tenía un precio. Ahora entendía por qué las prostitutas se negaban a besar a sus clientes.

Le cogí del pelo y le eché la cabeza hacia atrás. Tenía la piel suave, muy fina. Comestible, pensé, poniéndole la boca en el cuello. Se retorció a mi lado. Los dientes dejaron la marca de un óvalo perfecto. Se llevó la mano a ese punto.

—¿Es lo que creo que es?

—Eso depende de lo que creas.

Se levantó a pedir más bebidas. Mientras estaba en la cola, su teléfono empezó a vibrar encima de la mesa. Vi un nombre entre destellos insistentes: *Rachel*. Las mujeres casadas siempre tienen nombres trocaicos. Las amantes eran como las *strippers*; siempre tenían nombres yámbicos: Natasha, Sofia, Saskia. Assia. ¿Qué pasaría si contestara y le dijera a su mujer dónde estaba Caden? Podía imaginármelo —una especie de *appel du vide* interpersonal— igual que a veces, al volver a casa en el metro, me veía debajo del tren, cruzando la línea amarilla y cayendo a las vías.

Volvió al asiento y me sonrió. Pensé que tenía una sonrisa lateral. Se extendía hacia los lados más que hacia arriba, por encima de la curva del paladar.

—Qué ojos… tan grandes tienes.

—Pareces Caperucita Roja —dije.

Volvió a intentarlo.

—Qué dientes… tan bonitos tienes.

Me acordé de que tenía un incisivo torcido y me pasé la lengua por encima. En el colegio llevaba aparato. No sirvió para corregir del todo el diente desviado, pero en el resto había cumplido su función. Aprendí la lección que asimila cualquier adolescente con los dientes torcidos. No prodigues demasiado tu sonrisa y los demás se esforzarán más por verla.

—Sigues pareciendo Caperucita Roja.

Levanté el labio superior, como si fuera a gruñir, le lancé un mordisco y tomé aire.

Me cogió de las muñecas, riéndose. Luego me apretó con más fuerza y le cambió la cara.

—Te gusta el rollo duro, ¿eh?

—A veces.

—Déjame ir contigo. Aquí no puedo agarrarte como me apetece.

—Creo que es una mala idea.

—¿Por qué?

—Estás casado, muy lejos de casa, libre. No desperdicies el tiempo con una mujer que no va a follar contigo.

—¿Por qué no vas a follar conmigo?

Porque llevaba en las piernas y las axilas la pelambre de todo el invierno. No me hacía las ingles desde Navidad. Tenía las uñas de los pies sin pintar y largas como garras; mi ropa interior era solo apta para el primer día de regla. Además, tenía la sospecha de que olía mal. Me había duchado por la mañana, pero era tarde y llevaba unos leggins de cuero. A los leggins les hacía falta una buena limpieza, pero tenía que llevarlos a la tintorería y pasarme tres semanas sin ellos. Esa mañana se me había ocurrido pensar en el nido de bacterias que seguramente se había formado en la entrepierna, y me había dicho a mí misma que no podía ponérmelos. Luego miré la calle, sopesé el frío y las escasas alternativas que llevaba en la maleta y le prometí en silencio a mi vagina que esa sería la última, la ultimísima vez que me los ponía.

—No estoy en mi peso ideal —dije—. Tengo unos kilos de más.

—¿Y qué?

—Que no puedo desnudarme delante de un desconocido.

Por cómo sonrió supe que el asunto estaba zanjado.

—Pero ya no somos desconocidos. ¿O sí?

—Luke estaba cortado porque su chica no era guapa.

Estábamos sentados en la cama de mi habitación del hotel tomando una cerveza. Luke era uno de los chicos con los que habíamos estado bebiendo esa tarde, el más joven de todos y el único de Aberdeen. Su novia había ido a buscarlo y, en vez de bajar con ella al bar se habían quedado fumando fuera. Al salir pasamos a su lado.

—No creo que haya sido por eso —dije—. Me parece más probable que quisiera ahorrarle la compañía de tus colegas, de ideas tan agradables y progresistas.

—Le daba corte. Te lo digo yo. Si la chica fuera guapa la habría llevado abajo. No lo era. Por eso no la llevó.

—No era fea. Solo llevaba gafas.

¿Era guapa o era simplemente joven? Cada año me resultaba más difícil distinguir entre estos dos estados. De todos modos, no me gustó que Caden dijera eso. No sé por qué había dado por hecho que los hombres que trabajaban en condiciones tan extremas estarían por encima de este tipo de comentarios, que medirían a sus mujeres y sus novias con otra escala de valores (¿fortaleza?, ¿eficacia?, ¿capacidad para tener hijos a los que mandar a trabajar a la mina?).

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo.

Bebí un trago de cerveza y me tumbé a su lado. Se había quitado casi toda la ropa. El cuello le olía intensamente a sábana limpia. Vestido parecía algo demacrado, algo desnutrido. Desnudo, su cuerpo era un prodigio de proporciones perfectas. Tenía los músculos torneados y duros. La piel de debajo de las costillas era más suave que la mía. Le pasé la mano por el pecho, intrigada por la cantidad de egolatría y arrogancia que hacían falta para tener un cuerpo como aquel pasados los veinticuatro.

—Puedes.

—¿Qué pensaste de mí la primera vez que me viste?

—Esa es una pregunta de chica. Yo siempre se lo preguntaba a los hombres.

—Dímelo.

—Pensé que eras bajito. Luego vi que llevabas una bolsa de Wood Group y pensé que probablemente trabajabas en las plataformas.

—¿Y ya está?

—Sí —contesté, dándole un beso en la sien—. Ya está.

Frunció el ceño. No le convencía mi respuesta. A mí tampoco me habría convencido, de estar en su lugar.

—¿No quieres saber qué pensé yo de ti?

—La verdad es que no.

—¿Por qué no?

—Porque no me interesa.

—Creía que te gustaba Tyler.

—¿No me digas?

—Me pareció que coqueteabas con él.

—Yo no coqueteo así.

Me senté encima de él, atrapándole el pecho entre los muslos. Su boca me pareció herida, suculenta. Se la besé, y después le besé la marca azul que le había dejado en la piel. Sentía habérsela hecho, no porque pudiera ponerlo en apuros sino porque había estropeado la blancura perfecta del cuello.

—Entonces ¿sí?

Me detuve, con los labios apretados en su cuello.

—¿Sí qué?

—¿Te gusta Tyler?

Me senté.

—Si me gustara Tyler estaría aquí con Tyler.

Levantó la cabeza unos centímetros de la almohada.

—¿Por qué sigues vestida? ¡Todavía llevas puestas las putas Air Max!

Me fui desnudando poco a poco, con reticencia. Para limitar su margen de acción me negué a quitarme la ropa interior. Me vinieron a la memoria tardes de la adolescencia en mi habitación: las pequeñas incursiones que hacían los chicos con las manos por debajo de la falda del uniforme del colegio y el consentimiento sereno que yo les daba relajándome, sin forcejear.

Caden se retorció debajo de mí. Tenía el cuerpo caliente y tenso. Notaba su erección en uno de mis muslos. Se le ponía más dura que a otros hombres. Sabía que esto era una peculiaridad química, pero aun así me sentí más deseada.

—¿Sabes lo que eres? —dijo—. Una calientapollas.

—¿Todavía se dice eso?

Esta también era una expresión que no había vuelto a oír desde el colegio.

—Sí. Cuando a uno le calientan la polla.

—La polla no se calienta. Lo que quieres decir es que a veces las mujeres no ceden inmediatamente a tus deseos.

Acerqué los dedos a la zona de piel sedosa que tenía debajo de la caja torácica. Me tumbé a su lado para apretarme contra él e inhalar el olor de su cuello. Le cogí la mano y se la guie por debajo del elástico de las bragas (feas, deshilachadas, altas) entre los labios del coño. Dejé su mano ahí un segundo antes de apartarme, para que viera cómo me había puesto.

—No vas a entrar —le advertí, con una voz que me pareció una imitación razonablemente exacta de su acento—. ¡Está *demasiado* húmedo!

No me había desnudado delante de nadie que no fuese Adam desde hacía más de cinco años. Este chico era distinto en todo (más pequeño, más ligero pero más fuerte; más insistente y cabezota en su búsqueda de sexo pero más atento y con unas ganas de complacer casi dolorosas), y sin embargo, era él y no Adam quien me resultaba familiar. Sentada enfrente de él, observándolo mientras hablaba, viendo cómo se le arrugaba la cara menuda cuando se reía, sentí un escalofrío de reconocimiento, como si hubiera visto languidecer en la estantería de otra persona un libro que me encantaba y que le había prestado: espera, ese libro es *mío*. ¿Qué hace ahí?

Me puso la mano en la boca. Noté en sus dedos el sabor metálico de su alianza mezclado con mi humedad.

—Sabes que no puedo volver a verte, ¿verdad? —preguntó.

Intenté asentir. Me había inmovilizado con la palma de la mano.

—Si no follamos ahora ya no podremos, nunca. ¿Te parece bien?

Intenté decir algo con la mano en la boca. La apartó.

—Me parece bien.

—¿Estás segura?

Me quitó el sujetador y me levantó los pechos para llevárselos a la boca. Le acaricié el pelo, deslizando la mano hasta encontrar su nuca. Lo interpretó como una señal para lamerme con más fuerza. Cerré los ojos mientras se me endurecían los pezones con el roce de su lengua y me mordisqueaba la piel.

—Sí —dije—. Estoy *seguura*.

Una vez compartí habitación con un trabajador de la plataforma Piper Alpha. Me contó lo siguiente: Estaba en la cubierta de los helicópteros, con el pelo quemándose por el calor del fuego, y no se atrevía a saltar. Un hombre mayor intentaba convencerlo, pero no había manera. Al final lo cogió de la mano y saltó con él. Al chocar contra el agua, al mayor se le subió el chaleco salvavidas, le rompió el cuello y lo mató. El chico me contó esta historia cuando llevábamos una semana compartiendo habitación. Me pareció que seguía muy afectado. No hablaba mucho; no se relacionaba; en realidad no salía de la habitación. Se quedaba allí, leyendo.

2. Fum Asaca

—No se va a convertir en John Updike. Ya lo sabes, ¿verdad?

Le había comprado a Caden un ejemplar de *Mujeres*. Tom estaba toqueteando el lomo del libro.

—Aunque lo leyera, seguirá sin distinguir la diferencia entre «aun» y «aún».

Tom era mi subeditor. Íbamos a casa de su tía, que vivía en un pueblo de los alrededores de Aberdeen. Su hijo trabajaba en un barco perforador fondeado en la costa de Marruecos, y Tom pensó que podía ser interesante que nos conociéramos.

—Los buenos escritores suelen ser buenos lectores —dije mientras guardaba el libro en el bolso.

La distribución de la casa era extraña. Los dormitorios estaban por debajo del nivel del suelo, dispuestos en una hilera, y la cocina en el primer piso, mirando a los alerces. Parecía una cabaña en un árbol. Confiaba en que Tom cambiara de tema antes de que volviera su primo, pero no se me ocurría cómo pedírselo sin parecer excesivamente preocupada por su opinión.

Tom toqueteó la pantalla del teléfono.

—Escucha esto: *El primer soplo de adulterio es el más libre. A partir de ahí se reproducen las ataduras típicas del matrimonio*.

Le di unos golpecitos en el hombro.

—Te equivocas de libro.

Lo cierto es que me sentía coaccionada, pero por mis propias ataduras. No sabía hasta qué punto mi atracción por Caden tenía que ver con la apetecible pauta de la ausencia y la espera. Solo sabía que no me bastaba con sus fugaces apariciones en mi vida: como un famoso que promociona un bar, se deja caer un rato por ahí y se larga; y yo pagaba la cuenta y me quedaba con la incómoda sensación de que me habían estafado.

La última vez que nos habíamos visto, el helicóptero llegó tarde a la plataforma, y por culpa del retraso perdió el vuelo a Londres. Me pagó un billete de avión a Aberdeen y salí de Heathrow a las ocho.

—¿No se enterará tu mujer? —pregunté, pensando en el agujero inexplicable en la cuenta bancaria.

—No, no —me tranquilizó—. Es una cuenta del trabajo. Ni siquiera sabe que existe.

Cuando estábamos llegando a Aberdeen desviaron el vuelo a Edimburgo, por la niebla. Estuve una hora sentada en el suelo. El hilo musical emitía una selección de éxitos de Donna Summer —*(If It) Hurts Just A Little; This Time I Know It's For Real*—, y nadie nos decía nada. Después nos llevaron en rebaño a una parada de taxis y de ahí a Aberdeen, por la columna vertebral del país. No pude ver a Caden hasta las dos de la mañana. Cuando llegamos al hotel, estaba tan cansada que no tenía fuerzas ni para hablar. Me quitó el vestido y me quedé sentada en ropa interior, con las piernas alrededor de su cintura, mientras él llamaba a Virgin para explicar que yo no podía volver en el primer vuelo de la mañana.

—Es mi novia —repetía sin parar a la persona con la que estaba hablando—. Necesito cambiar el billete de mi novia.

Su avión despegaba a las siete de la mañana del día siguiente. Nos gastamos novecientas libras entre los dos para pasar cinco horas juntos.

—Eres como una prostituta muy cara —le dije mientras se vestía, aunque la comparación era generosa. No podía clasificar sinceramente lo que habíamos hecho como follar, como tampoco clasificaría como espéculo a un juguete sexual. Si hubiera tenido que pagar habría pedido que me devolvieran el dinero. Pero cuando se fue me sentí como otras veces. Como si me hubieran metido la mano por la garganta y me hubieran sacado un órgano vital. Le mandé un mensaje antes de que embarcara: *Me duele el corazón*. Y era verdad: era un dolor profundo, para el que no tenía remedio. *A mí también*, contestó. *Quiere estar contigo*. Le dije que no dijera eso, aunque fuese verdad. De vez en cuando me entraban remordimientos. En un mismo día, mi solidaridad era tan pronto toda para él como para ella, y después volvía a ser para él, como el sol cuando aparece y desaparece entre las nubes.

—¿Sabes lo que pasa con estas historias? —dijo Tom— . Que siempre terminan igual.

—¿Qué termina siempre igual?

Callum, el primo de Tom, había vuelto con una botella de

vino.

—Las historias de vuestra abuela. Tom decía que suelen ser muy góticas.

Callum puso cara de juez. Tenía unos rasgos muy distintos de los de Tom pero con una relación espacial similar, de ahí que a primera vista parecieran iguales. De vez en cuando veía en Callum gestos de Tom, como en ese momento.

—Nunca había oído la de la señorita Hamilton.

La noche anterior, su abuela había hablado de cuando era enfermera. La señorita Hamilton era una paciente, una mujer simplona, según su abuela, condenada de por vida. Nació ciega y estaba completamente calva; tenía una protuberancia carnosa a lo largo de la cabeza, como una cresta de gallo. Su voz sonaba como una campana de cristal, con un timbre perfecto. Cantaba arias en la sala de día y sus agudos de soprano, cristalinos, ponían los pelos de punta a los camilleros y hacían temblar las cuerdas del piano en emotiva resonancia.

—Creo que si la hubiera oído la recordaría.

El primo de Tom puso una fuente de lasaña encima de la mesa y nos indicó que comiéramos. Alargó la mano para llenar mi copa.

—¿De qué iba tu libro? —preguntó.

—De un buzo. Su mujer descubre que tiene una aventura y se lleva a la familia a una marisma.

—Yo quise bucear una temporada. Hasta que conocí a un par de buceadores. Tenían todos esa mirada perdida.

Los primeros buzos se dejaron la vida en la nueva frontera. A los cincuenta estaban hechos polvo y a los sesenta, muertos. Una letanía de dolencias los perseguía hasta la muerte. En la década de los ochenta les hicieron bajar a profundidades excesivas. No es seguro pasar de los ciento ochenta metros. Entonces no se sabía.

—Alguien me contó que no lo denunciaron porque la mayoría eran de la marina.

—No hay cultura de la reparación —observó Callum.

—El padre de una de mis compañeras de colegio era buzo —dije—. Se acabó suicidando. Su familia decía que había tenido demasiados síndromes de descompresión y por eso se volvió

loco. Pensaba en mi amiga cuando empecé ese libro.

—Yo no sé si es el trabajo en sí o el saber que no lo puedes dejar. Un hombre de la Brent Delta se llenó los bolsillos de piedras y se tiró desde la plataforma.

—¿Por qué?

—¿Quién sabe? La gente pasa del colegio a la plataforma, o del colegio al Ejército y de ahí a la plataforma. Se lo dan todo hecho. Viven institucionalizados.

—¿Y tú?

Se masajeó la nuca y frunció el ceño. Era un gesto que me resultaba familiar: Tom lo hacía continuamente.

—Mi caso es distinto —dijo—. Yo tardé bastante en ir a la plataforma.

Habló un poco del norte de África, aunque a juzgar por lo que contaba podía haber estado fondeado en cualquier parte. El del petróleo es un mundo muy particular, una nación de fronteras móviles. Las fronteras se repliegan continuamente hacia territorios cada vez más hostiles. Los tiempos de extracción fácil son cosa del pasado. Las nuevas prospecciones siempre dan problemas, y las ganancias imprevistas están cada vez más limitadas por factores como el clima, la geología, la localización y el régimen político. Falta de infraestructuras, conflictos étnicos y luchas políticas por los oleoductos. Toma de rehenes en Libia, piratería en África Occidental, insurgencia en Irak, banquisas en la zona rusa del Ártico.

En el mar del Norte los inviernos son duros y el fondo marino es una mezcla impenetrable de pizarra y arcilla. En Brasil el petróleo está atrapado debajo de enormes capas de sal. Asia Central reúne las peores condiciones de todos los estados petroleros: gas ácido, malestar social, bandidismo, petróleo enterrado a gran profundidad y alta presión, mares helados en invierno, calor desértico en verano e intrigas gubernamentales en cualquier época del año. En los países con estabilidad política, el desplazamiento diario al trabajo es un riesgo calculado y la mayoría de los peligros de la profesión se circunscriben a la plataforma: explosiones, incendios, condensación, quemaduras químicas, maquinaria pesada, cargas que se desplazan. En regiones más volátiles, los empleados se

enfrentan a amenazas como secuestros, disturbios y terrorismo antes de llegar siquiera a su puesto de trabajo.

La extracción del petróleo es una actividad sucia y peligrosa: una enconada batalla entre el ingenio del ser humano, la hostilidad del terreno y una mezcla de materiales altamente combustibles. La lejanía de las plantas incrementa los peligros. En las plataformas se almacenan grandes cantidades de petróleo y de gas, por lo que el riesgo de explosión es permanente. Las plataformas pueden hundirse, y se hunden, como ocurrió en 1982 cuando la Ocean Ranger se fue a pique en aguas canadienses, y en 2001, cuando la Petrobras 36, por aquel entonces la plataforma semisumergible más grande del mundo, se hundió en la costa de Brasil. En 2010, el desastre de Deepwater Horizon se cobró once vidas y provocó el mayor vertido de petróleo de la historia. Accidentes de esta magnitud, aunque raros, nos recuerdan lo precario que es nuestro control. Hasta tres meses después de la tragedia de Deepwater Horizon estuvo saliendo petróleo a chorros en el golfo de México. El Pozo 37 de Tengiz seguía ardiendo un año después de su explosión. Red Adair tardó tres semanas en extinguir el incendio de la Piper Alpha.

No hay parábola más triste que la de la Piper Alpha en la historia de las explotaciones petrolíferas marinas. Conocida como «el Monstruo», en su día fue el yacimiento más productivo del mundo. En 1988 sus mejores momentos ya eran agua pasada. La Piper Alpha se hizo famosa en todo el mar del Norte por los accidentes que ocurrieron en ella. Un año antes había muerto un trabajador. El día 6 de julio estaban haciendo trabajos esenciales de mantenimiento en la plataforma. Occidental, su principal accionista, sopesó la posibilidad de interrumpir la producción mientras se hacían las reparaciones, pero finalmente decidió que saldría demasiado caro.

Lo que siguió fue una tormenta perfecta de negligencia y mal tiempo. Esto se conoce como el «modelo del queso suizo». Una organización puede dotarse de sucesivas capas de seguridad, pero todas tienen un punto débil, como el agujero de una rodaja de queso Emmental. Cuando estos agujeros se alinean, los accidentes encuentran el modo de entrar.

Ese día desmontaron una válvula de presión de un conducto de condensación y la sustituyeron por una brida ciega. Había habido complicaciones con el sistema de licencias de Occidental y los trabajadores no tenían la formación necesaria. Cuando los del turno de noche abrieron el conducto alternativo, no estaban al corriente del cambio de las válvulas. La brida ciega cedió y el escape de gas desencadenó una explosión. La plataforma estaba diseñada para almacenar petróleo, no gas, así que las paredes podían resistir el fuego, pero se derrumbaron antes de la primera explosión. El sistema automático contra inundaciones se había puesto en modo manual, porque había buzos trabajando en el agua, cerca de las bombas, y corrían el riesgo de ser succionados. El flujo del petróleo de las plataformas vecinas de Tartan y Claymore se acumuló en el oleoducto, alimentando el fuego mientras los hombres abandonaban la plataforma. No encontraron a nadie con autoridad para interrumpir la producción.

En pocos minutos la Piper Alpha quedó envuelta en una masa de llamas que se veía a más de cien kilómetros de distancia. Ciento sesenta y siete hombres murieron esa noche. Algunos, por obediencia a la rutina, se refugiaron en la zona de camarotes. Allí quedaron sepultados cuando la plataforma cedió y el bloque se deslizó y cayó al mar. Otros subieron a la cubierta de helicópteros con la esperanza de ser rescatados. Cuando quedó claro que nadie iría a buscarlos (un minuto después de la primera explosión la cubierta estaba envuelta en una nube de humo y los helicópteros no pudieron acercarse) tuvieron que lanzarse al mar desde una altura de cincuenta metros. Los que no se desnucaron se enfrentaron al dilema de hundirse en las aguas oscuras y ahogarse o salir a la superficie y quemarse. Es una situación de miedo atávico. Incendio desatado. Mar en llamas. Supervivientes empujados por el instinto más básico de todos: poner los pies en tierra firme.

Para los sesenta y uno que quedaron con vida, el horror no terminó ahí. Unos se dieron a la bebida. Más de uno se suicidó. Muchos sufrieron trastorno de estrés postraumático, que por aquel entonces apenas se conocía. En el nordeste de Escocia los hombres adultos no iban a terapia. Cuando llegaron las

indemnizaciones, quienes fueron capaces de describir su dolor recibieron más que aquellos otros demasiado traumatizados para abrir la boca. El sentimiento de culpa de los supervivientes se manifestaba con comportamientos inquietantes. Uno de ellos cavó impulsivamente un hoyo de dos metros en el jardín de su casa, y allí metido lo encontró su mujer. Este hombre, Bill Barron, posó luego como modelo para Sue Jane Taylor, la artista que esculpió el monumento conmemorativo de la la Piper Alpha en Hazlehead Park. La escultura muestra tres figuras que miran hacia el este, el oeste y el norte, y representan respectivamente la juventud, lo físico y el petróleo. Estuve un día con Taylor. Me llevó a visitar el jardín del monumento y me enseñó las rosas escogidas por las familias de los fallecidos y las largas columnas de nombres tallados en el pedestal de la escultura.

Después fuimos a la tetería del parque y nos quedamos mirando la lluvia resbalando por el cristal de la ventana hasta que las líneas verdes del jardín se borraron por completo y solo quedaron las manchas rojas y rosas de los rosales. Me contó que había puesto todo su empeño en aquel monumento, sin saber, hasta el final, si habría dinero suficiente para terminarlo. El jardín y la escultura costaron cien mil libras. Los accionistas de la compañía aportaron once mil. Occidental no quería homenajes. En su opinión, las familias deberían conformarse con un libro de condolencias. El director de Recursos Humanos de Occidental fue a ver a Taylor poco después del accidente y trató de comprarle todos los dibujos, todas las fotos, todos los negativos que tenía de la plataforma. Le dijo que pusiera el precio que quisiera. Taylor se negó. Algunos artistas no se dejan comprar.

Occidental vendió sus activos en el mar del Norte y se preparó para la investigación. Finalmente tuvo que pagar cien millones de dólares. Pese a que el Informe Cullen denunció los protocolos de seguridad —y con esto transformó la cultura de las plataformas—, nadie fue declarado culpable. Y aunque las normas en el mar del Norte son hoy las más estrictas del mundo, sigue siendo imposible evitar los errores humanos. Si pides a la gente que haga turnos de doce horas, veintiún días seguidos, lo normal es que se canse y que cometa errores. Siguen ocurriendo

accidentes, pero muchos de ellos no se notifican. Existen en un mundo casi metafísico: *Si los medios de comunicación no se enteran, ¿ha ocurrido en realidad?*

Hace algunos años, los trabajadores de la Magnus detectaron un olor raro que venía de las duchas. Investigaciones posteriores revelaron que las reservas de agua se habían contaminado con diésel. BP publicó unas directrices. Los trabajadores tenían que beber y lavarse los dientes con agua embotellada, pero continuaron duchándose con normalidad. Si notaban el olor «inofensivo» del combustible tenían que ignorarlo. Es oportuno señalar aquí que BP también aseguró que Corexit, el dispersante utilizado en el golfo de México a raíz del accidente de Deepwater Horizon, era inofensivo, incluso cuando los trabajadores que intervinieron en las tareas de limpieza ya empezaban a sufrir pérdidas de memoria, espasmos musculares y afecciones en la piel, un conjunto de síntomas detectados por última vez entre los soldados de la guerra del Golfo.

Los procedimientos se diseñan con el objetivo de establecer una cadena de responsabilidades, de modo que si algo falla pueda seguirse el rastro hasta el responsable. En realidad, los accidentes rara vez son errores de una sola persona. En películas como *Deepwater Horizon*, los ejecutivos son los villanos, porque es difícil llevar al plano dramático la complacencia corporativa y los fallos sistémicos. El desastre de la Piper Alpha ocurrió poco después del de Chernóbil, el del *Challenger* y el del *Herald of Free Enterprise*, un ferry de nombre profético. El momento era distinto en ciertos aspectos; una época de desregulación y catastróficos errores de cálculo. Pero el epílogo de esta historia sugiere que las lecciones pueden olvidarse tan deprisa como se aprenden.

En el vigésimo quinto aniversario del desastre de la Piper Alpha, el descarrilamiento en Quebec —concretamente en Lac-Mégantic— de un tren cargado de crudo procedente del yacimiento de Bakken produjo un vertido de seis millones de litros de petróleo. Cuando el crudo se filtró por un desagüe, de los conductos y las tuberías salieron chorros de fuego que incendiaron el centro del municipio. Murieron cuarenta y siete personas, y cuarenta edificios quedaron destruidos. Intentaron

culpar a tres trabajadores ferroviarios. Las investigaciones de la Junta de Seguridad del Transporte Canadiense revelaron, sin embargo, que la compañía recortaba gastos y no ofrecía al personal la debida formación, a la vez que el gobierno hacía la vista gorda. Quedó demostrado que los antiguos vagones cisterna no eran aptos para el transporte. Y quienes habían visto brotar de la tierra el crudo de Bakken aseguraban que salían «burbujas». Esto significa que tiene un alto contenido en gas y es más inflamable que los hidrocarburos pesados. El transporte ferroviario puede agravar el peligro, al agitarse el petróleo de tal manera que los gases, más ligeros, suban a la superficie. Aun así, estos trenes cargados de crudo pasaban por pueblos de todo Canadá y Estados Unidos sin que nadie se tomara la molestia de comunicar a los vecinos qué sustancias transportaban.

Con frecuencia, da la sensación de que la seguridad es otro elemento más que se elimina de la lista de obligaciones de los accionistas y se traslada a la de los empleados. En las plataformas se anima a los trabajadores a notificar, mediante las conocidas como tarjetas STOP, cualquier error o fallo de seguridad que hayan presenciado. La idea es que la gente se atreva a denunciarlo. Sin embargo, lo habitual es que el procedimiento fomente mezquinas habladurías y quejas absurdas, informes sobre compañeros vagos o gente que se descuida y no le pone la tapa al vaso de café. Tan estrictas son las normas de seguridad en cuestiones aparentemente menores —como sujetarse al pasamanos al subir o bajar las escaleras— que los trabajadores las cumplen incluso en casa. Callum nos contó que a veces, en los centros comerciales, se sorprende, distraído, aferrado al pasamanos de la escalera mecánica.

Antes de llegar a la plataforma, los empleados tienen que superar un curso de supervivencia básica, el BOSIET. El certificado hay que renovarlo cada cuatro años, y lo normal es que los trabajadores se costeen el curso de su propio bolsillo. El principal objetivo del BOSIET es tranquilizar a las aseguradoras. Si el helicóptero tiene que hacer un aterrizaje de emergencia en el mar del Norte es poco probable que nadie salga con vida. Las posibilidades de supervivencia, ya escasas en verano, se reducen todavía más en invierno, y en caso de accidente, el BOSIET es tan

inútil como las instrucciones de seguridad que ofrece el asistente de vuelo. Es imposible reproducir las condiciones, pese a que antiguamente las pruebas al menos se hacían en el mar. Hoy se hacen en tierra firme, a instancias de las compañías de seguros.

Los participantes en el curso llevan el equipo de supervivencia —del mismo color naranja chillón que los monos de los presos— y van sujetos con cinturones de seguridad en un simulador colgado sobre una piscina. El simulador se sumerge y vuelca. Hasta que el aparato no deja de dar vueltas no pueden quitarse el cinturón y abandonar el asiento, soltar las abrazaderas de las ventanas de plástico y nadar hasta la superficie.

Parece fácil. Y *es* fácil, en teoría. En la práctica es difícil controlar el cuerpo en pleno vuelo y olvidarse de las sacudidas del pánico. Si el cinturón se desabrocha demasiado pronto, el cuerpo sale despedido hacia arriba, como un astronauta en gravedad cero. La máquina está pensada para hombres, por lo que las mujeres, que son el tres por ciento de la masa laboral de las plataformas, se enfrentan a mayores problemas. Una mujer de baja estatura tendrá dificultades para tensar bien el cinturón de seguridad, y un cinturón flojo puede darse la vuelta y dejar la hebilla mirando hacia dentro. En circunstancias normales no es complicado manejar un cinturón enredado. Pero ¿atado al asiento, cabeza abajo y dentro del agua? No es tan sencillo.

La supervivencia en el helicóptero es el gran acontecimiento del BOSIET, la prueba que todo el mundo teme, pero no es la única simulación del curso. Los aspirantes también participan en un simulacro de incendio. Antes se hacía con humo real, hasta que las aseguradoras decidieron que era demasiado peligroso. Ahora hay que recorrer un pasillo lleno de humo sintético, buscando el camino a tientas con el dorso de la mano. En caso de explosión, cuando revientan las mamparas y los cables quedan al descubierto, no se puede pasar la palma de la mano por una pared. Si rozas con el dorso de la mano un cable que está al aire, la descarga te tira al suelo. Si rozas el cable con la palma, la mano se cierra alrededor del cable y te quedas pegado, entre convulsiones, hasta que el voltaje te mata.

Callum nos dejó en la estación después de cenar. Estábamos en el andén, echando plumas de vaho al respirar, al lado del tren ya encendido. Hacía frío y la luz era pálida y clara como a la hora de comer en Londres.

—¿Cuándo vuelves? —dijo Tom.

—El viernes.

Las puertas del vagón se abrieron y cerraron con un suspiro neumático. Tom dejó la bolsa en el suelo y nos abrazamos.

—Nunca dejará a su mujer, y lo sabes. Nunca las dejan.

—En este libro —contesté—, la primera mujer del protagonista se muere. Derrapa con el coche sobre un montón de hojas mojadas cuando va a ver a su abogado. Es muy triste.

Según el mapa, mi hotel estaba a una distancia razonable de la ciudad, pero no había contado con el atasco y la desquiciante lentitud con que la hilera de coches cruzaba el río. Caden y yo habíamos vuelto a discutir por el alojamiento. Las parejas, vengan de donde vengan, crean sus propias costumbres y esta era una de las nuestras. Él propuso un hotel del aeropuerto, que pagaría su empresa. Yo quería algo mejor, con el argumento de que un hotel barato daba a nuestra aventura un toque sórdido. Ganaba quien tuviera la tarjeta de crédito.

Esta vez había ganado yo, pero en ese momento me sentía un poco como los accionistas que despilfarran en los gastos de viaje. Estábamos parados en el atasco y el taxista empezó a protestar. La primera pregunta que hace cualquier pasajero cuando sube al coche —¿Mucho trabajo?— desencadenó una avalancha de quejas. No, no mucho, desde que cayeron los precios del petróleo y las compañías redujeron los turnos de los trabajadores a solo tres semanas. El aeropuerto estaba vacío. Los que habían conseguido conservar el empleo ahora cogían el autobús. Los hoteles y los bares estaban desiertos y las *strippers* sufrían una escasez de trabajo crónica. La mayoría de las chicas se pasaban la noche en la puerta del bar, fumando y tratando de captar clientes.

Añadí mis propias observaciones a sus lamentos socioeconómicos.

—*Mi* novio cree que los turnos pronto serán de tres y tres. *Mi* novio dice que su empresa ha recortado todos los salarios el

diez por ciento. *Mi* novio dice que no les queda más remedio, pero él no está muy politizado. *Mi* novio dice que han despedido a mucha gente y su plataforma ahora está medio vacía.

—¿En qué plataforma trabaja tu chico? —preguntó cuando paramos delante del hotel.

—En Forties Echo —mentí.

—Yo trabajé allí una temporada. Creía que en Apache ya habían empezado los turnos de tres y tres.

—Bueno, sí. —Me quedé mirando los rincones oscuros del bolso como si buscara el monedero—. Pero eso fue para los fijos. Él no está en plantilla.

—¿A qué has dicho que se dedicaba?

Cuando levanté la vista me estaba observando por el retrovisor con el ceño fruncido. Contesté con una sonrisa ingenua, sin despegar los labios cerrados.

—Es fontanero —dije.

Me probé cuatro modelitos distintos antes de que llegara Caden. Con buena iluminación, mi vestido de furcia, rosa claro (lo bauticé así porque era muy ceñido, de tela fina y barata), tenía un aire deportivo y juvenil. A la luz de los fluorescentes del cuarto de baño era un desastre. Desde que cumplí los treinta he pasado casi con regularidad varias crisis de confianza, principalmente relacionadas con que mi cara ya no hace juego con mi cuerpo. El antecedente inmediato del vestido de furcia fue un vestido corto, de rayas, que le robé a mi hermana. Ella me lo había robado a su vez poco antes para ir a una fiesta prenatal, y lo había dado de sí tanto que lo dejó irreconocible. Me lo puse, y daba pena. Me quedaba muy suelto en la cintura. Las rayas blancas se habían vuelto grises. Me lo quité y lo tiré al suelo. Mi favorito era un mono de crepé negro, con el cuello alto, la cintura ancha y los pantalones de pierna estrecha. Normalmente me lo ponía con mis Converse. Recién salido de la lavadora y tan ajustado, compensaba el cuello recatado y las zapatillas planas. Tenía un aire sexi y natural. Pero me lo había puesto la última vez que nos vimos, muy poco antes, y la cercanía temporal le quitaba romanticismo. Caden pensaría que no tenía más ropa. Me puse otra vez los leggins de cuero que llevaba desde por la mañana. Habían sido caros, pero cada vez

que me los ponía me convencía de su valor. Después de llevarlos todo el día seguían teniendo mejor aspecto que cualquier otra prenda de la maleta. Los combiné con una camiseta gris jaspeada, más propia de alguien que vive en un contenedor de basura. La camiseta ya no era nueva cuando se la robé a una compañera de piso que me caía mal, hacía nueve años. Tenía las mangas deshilachadas y el cuello lleno de agujeros, pero se había vuelto suavísima con el uso y era lo más cómodo de mi armario.

Me cepillé el pelo, me lo recogí y me miré en el espejo. Cuantos más años cumplía, menos podía confiar en mi reflejo. Mis facciones experimentaban una serie de transformaciones furtivas a lo largo del día, por lo que nunca sabía quién iba a recibirme en el espejo. Como un personaje femenino de Rhys, yo dividía el mundo entre espejos en los que me veía guapa y espejos en los que no. Los segundos ganaban terreno continuamente. Pedí un whisky al servicio de habitaciones y abrí un libro. Después de leer varias veces el mismo párrafo lo dejé y me pinté los labios con las manos temblorosas. Me dibujé más pecas en la nariz. Me di una cuarta capa de rímel. Oí un golpe en la puerta. Se me escapó el cepillo sin querer y me manché los párpados de morado. Solté un taco y fui a abrir.

—Hola.

Siempre tardaba un minuto en procesar el milagro de su cara a dos centímetros de la mía. Me parecía imposible que fuese tan guapo. Al principio, cuando intentaba recordarlo era incapaz, y solo veía un óvalo pixelado debajo del pelo oscuro. No podía mirar su Instagram, porque su mujer le tenía prohibido cualquier tipo de red social, para evitar la tentación de ponerse en contacto con otras mujeres. Incluso entonces, tenía un recuerdo confuso de sus facciones. El Caden de mi memoria era de rasgos más toscos y menos delicados que el de verdad, por eso cuando lo veía experimentaba un primer momento de confusión, mientras las dos versiones gemelas flotaban delante de mí, hasta que las veía encajar con un chasquido. Cuando estaba lejos de él me permitía pensar que su atractivo era subjetivo y estrictamente personal, un descubrimiento mío, como el anticuario que detecta las líneas

originales de una pieza debajo de una capa de barniz. Después volvía a verlo y me acordaba. Era mejor de lo que yo creía.

—¿Te has subido esa cerveza del bar? —pregunté—. Te dije que lo cargaras a la habitación.

—No me atrevo.

Me puso las manos en los hombros y me hizo andar hacia atrás.

—Me ha traído el mismo taxista que a ti. Creo que era el mismo. Me preguntó si venía a ver a mi novia. Dijo que te había traído antes.

Puse cara de dolor al recordar las tonterías de enamorada que había dicho en el taxi.

—Tengo un regalo para ti —dije.

—¿Qué es?

—Un libro.

Le tendí un paquete. El ejemplar de *Mujeres*, envuelto con torpeza. Lo miró con decepción.

—He pensado que podías llevártelo a la plataforma. Pero…

Yo seguía sin soltar el libro. Como la mayoría de los hermanos mayores, me costaba compartir. En la república bananera de la guardería, con una mano daba y con la otra recuperaba y requisaba los juguetes y los libros ofrecidos apenas unos momentos antes. La ira de mi hermana era la ira de los desposeídos. Yo me lo tomaba con calma. ¿Qué esperaba mi hermana? Mis cosas volvían a parecerme nuevas cuando las regalaba.

—Quizá sea mejor que me lo quede de momento.

—¿Por qué?

—Si no eres muy lector y de repente empiezas a llevar novelas a casa, ella podría sospechar.

—¿Quién dice que no soy muy lector?

—Tú. Dijiste que llevabas dieciocho meses sin leer un libro.

Se encogió de hombros y aceptó el regalo como una obligación. Nos tumbamos en la cama a beber cerveza. Me habló del trabajo, de que por las tardes desconectaba automáticamente, como quien trabaja en una oficina. Su nuevo jefe se había quejado de su comunicación, mejor dicho, de su falta de comunicación. Podía entenderlo. Él mismo reconocía

que era poco hablador.

—El primo de Tom me ha contado que un hombre se llenó los bolsillos de herramientas y se tiró al agua desde una plataforma.

—En el campo Brent.

—¿Lo sabías?

—Sí. Todo el mundo lo sabe.

—¿Qué pasó?

Infló los carrillos como el fontanero que se enfrenta a una caldera a punto de explotar.

—Ni puta idea. Me dijeron que tenía deudas de la tarjeta de crédito.

Bebí un trago de cerveza y apreté los labios contra los suyos. Salió espuma y le resbaló por la barbilla. Tragó, se apartó y se secó la boca tímidamente con el dorso de la mano.

—Me encanta cuando haces eso. ¿Te parece raro?

—No más raro que mi impulso de hacerlo.

—Adivina quién apareció en nuestra plataforma el otro día.

—¿Quién?

—Ese chico que te insultó. Jason.

—Tendrías que haberlo tirado al mar.

—Se lo llevaron en el helicóptero. Por una otitis.

—Me alegro. Ojalá se quede sordo.

Tenía el pelo más corto de lo que recordaba, y afeitado por los lados como un recluta. Al subirse la sudadera descubrió los restos de bronceado en la espalda.

—¿Caden?

—¿Hmm? —El algodón grueso le amortiguaba la voz.

—¿Te acuerdas del otro día, cuando nos lo montamos por teléfono?

—Síííí.

—Estaba pensando en recrear las condiciones.

—¿Quieres que vaya a sentarme en el rellano y te llame?

Por fin reapareció, después de forcejar un rato con las mangas. Tenía en el pelo levantado en la sien como un remolino.

—Eres como la chica del poema. Había una niña pequeñita, con un rizo pequeñito, justo en el centro de la frente…

—Y cuando era buena, era muy muy buena. Y cuando era mala era terrible.

Me acerqué para alisarle el pelo.

—Seguro que cuando eres mala eres terrible. ¿A que sí?

No estaba mal. Habíamos mejorado. ¿O no? No lo sé. Yo lo quería, y ¿qué es el amor sino un cese temporal de la capacidad crítica? En ciertos aspectos Caden era bueno en la cama. Era generoso con el edredón. Apenas ocupaba espacio. Me gustaba quedarme dormida encima de su pecho. Su cuerpo encajaba tan bien con el mío como si lo hubieran diseñado siguiendo mis instrucciones al pie de la letra. *Hecho a mi medida*, pensaba, en esos momentos de deriva, antes de que todo se volviera negro. Y me gustaba su manera de mover las manos y recorrer mi piel con las puntas de los dedos. Era un truco demasiado sutil para su repertorio brusco en general. Seguramente se lo había enseñado una mujer.

—¿Por qué estás en tan buena forma? —susurré, entre beso y beso—. ¿Por qué tienes los brazos tan grandes?

—¿Por qué tienes tú los ojos tan grandes? —contestó, recorriéndome la clavícula con la lengua—. ¿Por qué tienes el coño tan pequeño? ¿Por qué tienes el culo tan gordo?

—No sé. —Le cogí un mechón de pelo con el puño, le eché la cabeza hacia atrás y noté el sabor de mi sudor en sus labios —. He salido así.

Dudas. Había cuestiones más apremiantes que sus brazos, que los porqués y los dóndes de su circunferencia. No quería entrometerme. Eso sería contravenir la primera regla de nuestro reducido club a dos. Aunque cuando la relación se prolonga lo suficiente en el tiempo, las posibilidades de ser descubierto aumentan de un modo muy emocionante. Cuando quería verme, ponía como pretexto para su mujer el estado del mar. Pero el invierno ya daba paso al deshielo primaveral y las brumas del verano no tardarían en instalarse. Caden tenía un lado temerario, y ese Caden quería que lo descubriesen.

—¿Dónde se supone que estás?

—En un curso.

—¿Qué curso?

—Acceso a espacios confinados.

—Vaya, vaya.

—Ella no va a comprobar nada. Ahora mismo tiene otras cosas en la cabeza.

—¿Qué cosas?

Naturalmente, yo no quería que su mujer lo comprobase, pero me molestó de todos modos que él descartara la posibilidad. Daba a entender que ella no sabía nada de mí, que orbitaba en un plano superior, divino, y tenía asuntos más urgentes y reales que atender. Podía ser. O podía ser que el esmalte de las uñas de los pies se le estuviera estropeando antes de lo que esperaba. Podía ser que el bolso de cuero que se había comprado recientemente fuera medio tono más oscuro de lo que parecía en las fotos.

—Me voy a Las Vegas a ver el combate. A ella no le hace gracia.

—¿Qué vas a hacer?

—No puedo hacer nada. Ya he comprado las entradas.

Se inclinó por encima de mí para coger su cerveza.

—¿Quién crees que ganará? Vi la rueda de prensa la otra noche y me quedé con dudas.

Me emocionó que me hablara de sus largas vigilias solitarias frente al televisor. Su mujer se acostaba a las ocho, como un vasallo medieval o un niño, y, aunque me parecía posible que él la animara a irse a la cama temprano, no podía dejar de imaginarlo solo, a la luz parpadeante de una pantalla plana, como un niño en la sesión matinal de un cine desierto. Una pareja casada debería ver la televisión junta. Para eso se casaba la gente, ¿no? Para tener a alguien con quien ver la televisión.

—Me gustaría que ganase Canelo.

Caden resopló.

—Ese pelirrojo es un tramposo.

—Mira quién fue a hablar.

—¿En qué asalto? Apostaré por lo que tú digas.

Cariñoso, supersticioso: algo así como el equivalente de pedirme que soplara los dados.

—En el noveno. En tiempo de descuento. Bésame el cuello.

Me besó el cuello y me acarició los pezones.

—Los mexicanos son unos tramposos. ¿Has visto a Margarito? Se metía peso en los guantes.

—Y lo destrozaron en la revancha. Los pecados siempre se acaban pagando.

En la penumbra apenas le veía los tatuajes del brazo. Era una manga complicada, cara, llena de detalles añadidos. Le cubría la mano derecha como un guante. Llevaba escritos en el bíceps, con delicada cursiva, los nombres de su mujer y de sus hijas. Debajo de los nombres, los instrumentos de la ruina masculina. Una copa de Martini llena de un líquido verde. Unos dados desperdigados. Una herradura. Acaricié el borde de la copa con un dedo.

—Necesitas una chica. En la copa, quiero decir.

—Hace tiempo compré un dibujo de una chica. Quería ponerla justo ahí. Pero mi mujer se habría vuelto loca.

—¿Por qué?

—La chica del dibujo era rubia. Ella es pelirroja.

—¿Tendría celos de un dibujo?

—No vale la pena probarlo.

Su mujer apareció a los pies de la cama. La vi perfectamente, con la misma claridad con que veía a los personajes de algunas novelas. Tenía el pelo del color rojo anémico de la salsa picante, recogido en un moño tan tenso que dolía mirarlo.

—La primera noche de nuestra luna de miel me pidió que nos fuéramos a la cama. Yo quise quedarme en el bar a tomar otra copa. Cuando volví a la habitación me había hecho la maleta y me había roto el abrigo en pedazos. Dejó los trozos del abrigo encima de la maleta.

—Parece Ava Gardner.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando perdía los nervios tardaba semanas en encontrarlos.

Empezaba a relacionar la presencia de Caden con la falta de sueño. Con el frescor artificial de las habitaciones de hotel. Con la tensión invencible del colchón. Con la práctica de unir las dos camas, poner una sábana encima y llamarlo cama doble. Quedaba una leve hendidura entre las dos, y yo siempre

acababa atascada en el hueco cuando buscaba a Caden, o hundida en la concavidad que dejaba su cuerpo en el colchón.

Volví a rozar la copa. La textura de su piel cambiaba en las zonas tatuadas. La tinta formaba un bulto granuloso, como el borde de una copa de margarita cubierto de sal gorda.

—Hay gente que es como un pozo sin fondo. Aunque se lo des todo, nunca les parece suficiente. Necesitas a una chica *pin-up* en esa copa. Es como un icono, solo que sin la Virgen.

—Me gustaría quitarme la manga entera, pero es demasiado grande.

Suspiró y cambió de postura. En la oscuridad, noté que se pasaba una mano por el brazo.

—A veces me gustaría volver al principio. Empezar de cero. Cuando me desperté, Caden estaba sentado en el borde de la cama. Tenía el pelo mojado y una toalla enrollada alrededor de la cintura.

—¿Qué hora es?

Separó una lama de la persiana con un dedo. El cielo estaba blanco, la gente atareada en los inocentes asuntos del día a día.

—Alrededor de las nueve. Calculo.

Me senté y le abracé el cuello. Le puse los labios en el hombro.

—Te voy a echar de menos.

—Qué mentiras decía Caden…

—No te miento.

—Te dejaba boquiabierta y perpleja…

—A ti nunca.

—A su mujer, que desde su más tierna juventud sentía un respeto sagrado por la verdad…

—No estoy mintiendo.

Nos tumbamos, y apoyó la cabeza en mi estómago. Le acaricié el pelo con la palma de la mano. Me parecía probable haber querido a otros hombres, pero esto no era lo mismo. Este instinto de aferrarme a él, de restringir sus movimientos con mis brazos. *Dime que me quieres*, lo atosigaba en mi cabeza. *Si tú lo dices primero yo también lo digo*.

—Necesito preguntarte una cosa.

Sentí un agradable cosquilleo en el estómago. Solo las cosas

importantes requerían una introducción.

—Adelante.

Examinó la colcha, buscando las palabras. Qué guapo era. Qué cariñoso. Y qué piel tan fina. Alerta a mis cambios de humor, enseguida detectaba cuándo necesitaba algo concreto. *Pregúntame si te quiero*, lo presioné en silencio. *Pregúntamelo y te diré que sí.*

—Cuando vaya a Las Vegas, ¿crees que seré el único blanco en esa movida de Jay-Z?

Me puse boca abajo y hundí la cara en la almohada.

—¿Qué? ¿Por qué te ríes?

Me di la vuelta y me aparté el pelo de la cara.

—Eres un racista.

—¡No lo soy! No lo soy. Es que no quiero ser el bicho raro. Como un punto del dominó.

Me apreté los ojos con las palmas de la mano.

—Hasta las imágenes que usas para decir que no eres racista son racistas.

Me estaba mirando, sin alterarse pero con interés.

—¿Por qué?

—Es como si dijeras que son… una *masa* negra indistinguible.

—Seguro que conozco a más negros que tú. ¿Sabes que en Stockton hay más solicitantes de asilo que en cualquier otra parte del país? Nos los traen porque las casas son baratas.

Se le borró la sonrisa de golpe y los surcos en su cara se hicieron más profundos.

—Y luego dicen que somos racistas.

Mientras bajábamos por las escaleras sonó su teléfono. Se alejó para contestar la llamada.

Di por hecho que era su mujer y me quedé atrás. Al subir al taxi me di cuenta de que hablaba con su sustituto. Los trabajos en la plataforma se cubren siempre con dos personas; cuando uno está en la plataforma el otro está en casa y al revés. En teoría, casi nunca ves a la otra persona, pero tienes que estar en estrecho contacto con ella. Hablaron un rato, de una fuga que había habido la noche anterior. Los harían responsables, a uno de los dos o a los dos. La plataforma no estaba envejeciendo

bien. Se estropeaban o se rompían piezas con una regularidad alarmante. Buscó mi mano mientras hablaba, disculpándose en silencio. Vi pasar peñascos y masas de vegetación empapadas por la lluvia. Terminó la llamada cuando llegamos a las afueras de Dyce y nos quedamos atrapados en el atasco. ¿Cómo sobrevivía la gente en un sitio tan desesperantemente anodino? Todo era gris. El mar, el cielo, los edificios, las cercas de piedra desnuda que dividían los prados del ganado en las laderas.

—Tienes las pupilas como alfileres —dije—. ¿Te has metido caballo?

Se llevó una mano a los labios.

—Algo así.

Era el día del cambio de turno. El aeropuerto estaba lleno de hombres con monos grises.

Se puso en la cola para sacar la tarjeta de embarque mientras yo lo esperaba cerca de la salida, fijándome en los que iban llegando. Daba la sensación de que buscaban algo; eran chicos de pueblo a la caza de fortuna, con las bolsas colgadas en bandolera como un petate. En la década de los ochenta los llamaban los hijos de Thatcher. En realidad eran sus prisioneros. Hombres de distritos olvidados y pueblos vacíos del norte. Zonas en decadencia programada donde la industria agonizaba. Teesside, Wearside, Tyneside, Durham. Doncaster, Oldham, Hartlepool, Hull. Los representantes sindicales los esperaban en la entrada del helipuerto para convencerlos de que se afiliaran, pero en las plataformas desconfiaban de los sindicatos. Aunque odiar a Thatcher y todo lo que ella representaba formaba parte del catecismo del nordeste, ese espíritu pionero que empujaba a los hombres a trasladar su vida laboral al mar tenía algo en común con la ética bucanera del thatcherismo.

Fuimos al control de pasaportes. Había cuatro hombres delante de nosotros. Caden los saludó sin cortarse. Me quedé atrás, como una mujer sumisa.

—¿Qué tal el Flamingo Land? —preguntó uno.

—Una mierda —dijo Caden con desgana—. Demasiado bajito para montarme en ninguna de las atracciones.

Me fijé en el que le había hecho la pregunta. Me miró. Vi en su mirada que conocía todos mis secretos y los encontraba poco

edificantes.

—¿Quién es esta chica? ¿Tu hija mayor?

Los demás se rieron.

—Me parece que eso no le ha gustado, ¿eh? —señaló otro.

Nos fuimos a un rincón, donde nadie nos viera. Notaba la fuerza maligna de aquellos hombres en mi espalda. Me arrepentí de estar allí.

—Qué desagradables —dije.

Caden miró por encima de mi hombro.

—Ya te dije que en la plataforma las reglas son distintas.

—Sabían muchas cosas de ti. Parecían unos cotillas.

—Son unos cotillas. Pero la cosa no saldrá de la plataforma.

—Irán por ahí diciendo que eres un bigardo.

—¿Qué es un bigardo?

Era una expresión porosa. Se me había pegado algo de la jerga del sur de Londres. ¿De dónde había sacado la palabra? Me acordé de un fragmento de una sesión de *garage* entre raperos: *Esta es para el bigardo, el que tiene más de una novia*. Significaba «vicioso». Un hombre versado en las artes oscuras del flirteo. Un experto en chochitos.

—¿Y si se entera tu mujer?

Busqué en su expresión alguna señal de temor. ¿Qué habría hecho yo de estar en su lugar? Ponerme en modo gestión de crisis, seguro. Adelantarme a los rumores con mi propia versión de los acontecimientos, elaborada con la materia prima de los hechos. Llamaría tranquilamente a mi marido después de pasar por el control de pasaportes para decirle que había dormido bien, que estaba en el aeropuerto y… «Ah, por cierto, al entrar me he encontrado con un conocido que casualmente va en mi mismo vuelo.»

—Tengo que irme —dije—. Da muy mala suerte ver marcharse a una persona.

—Te voy a echar de menos, preciosa.

Me tiró del cuello del abrigo, pero no sirvió de nada. La desesperación se había instalado en mí. Este era nuestro hábitat natural. Salas de aeropuerto, habitaciones de hotel. Zonas de tránsito y retrasos, donde la rúbrica de la vida real quedaba en suspenso.

—Eres un mentiroso. Eres peor que Owen en *Mujeres*.

Subió la mano para acariciarme el cuello. Me acercó a él lo suficiente para que pudiera tomar nota, una a una, de las pestañas oscuras y las pecas claras de las mejillas.

—Te digo la verdad —me aseguró.

No es tan malo como la cárcel. Quien te diga que es como la cárcel no ha estado en la cárcel. Pasé tres meses en Colchester. Estuve en la Marina y me machacaron. Tuve una bronca con mi superior. Le solté un puñetazo y le rompí la mandíbula. Era la tercera vez que acababa en el Tribunal Militar. Tengo problemas con la autoridad. ¿Tuve una mala relación con mi padre? No. Espera un momento. ¡Sí! Más o menos. Mis padres se separaron cuando yo tenía diez años. Estuve siete años sin dirigirle la palabra a mi padre.

3. Tiffany

—¿Sigue habiendo? —pregunté.

El agente inmobiliario me miró con sus ojos claros.

—No, no. De eso hace mucho tiempo. Esta zona se ha puesto muy de moda.

¡De moda! Como si alguna zona de Aberdeen pudiera presumir de estar de moda.

—Mi amigo me dijo que era el barrio de las prostitutas.

—Tu amigo está anticuado. Aquí lo único que no te dejará dormir son las gaviotas.

Ya me había decidido a alquilar el apartamento, por un motivo tan irracional como que me caía bien el agente. Tenía cincuenta y tantos años, los ojos azules, la barba cuidada y el atractivo urbano del presentador de un concurso de otra época. Me llevó por la ciudad en un BMW zafiro y me habló de una serie de novela negra que le gustaba. ¿Había leído alguna? Dije que no. Pues tienes que leerlas, insistió. Son *muy* buenas. Las leeré, prometí alegremente. Será lo primero que haga cuando vuelva a casa.

—No —añadió, acercándose a la ventana—. Es aquí, es aquí donde quieres estar. En el meollo.

Lo seguí. El apartamento daba a un aparcamiento por detrás y a un patio pequeño por delante. A la vuelta de la esquina, invisible pero inconfundible: el mar. Se notaba su cercanía salada, aunque no se viera. Una gaviota del tamaño de un perro faldero se posó en el alféizar de la ventana. Ojos fríos. De un amarillo cáustico, del color del peligro.

—Es una pena que no se vea el agua desde aquí —dije.

—Sí. Vistas al mar. Eso cuesta trescientas libras más.

Sonrió, divertido por la idea de ahorrar dinero. Aberdeen se había construido con avaricia de Luisiana y frugalidad protestante. Si la ciudad era rica —se había librado de los peores excesos de la recesión y era un enclave con muy poco paro y baja delincuencia—, su riqueza resultaba en gran parte invisible. Nadie sabía adónde habían ido a parar los miles de millones de dinero negro; desde luego, no habían llegado a sus infraestructuras. El centro era funcional y gris, y las carreteras estaban congestionadas a cualquier hora del día. El mar entraba

en la ciudad y allí se quedaba, sin llamar la atención. Los mercantes amarillos esperaban en fila al lado del muelle. Lo demás era agua desierta y cielo norteño, como una mancha tenue. Noruega. Aquí todo el mundo hablaba con entusiasmo del sector noruego. Un fondo de inversión soberano. El sueño de Statoil. Lo que les gustaba de Noruega no era el concepto de nacionalización, el modelo de calidad industrial y los generosos servicios públicos. Era la acumulación por la acumulación. Ese maravilloso montón de dinero. Un depósito de capital que se hinchaba voluptuosamente como el arroz con leche.

La gente comparaba Noruega con un traficante de drogas aprensivo que no prueba su mercancía. El país exportaba ingentes cantidades de crudo pero se abastecía de energía verde. En las plataformas lo llamaban *oljeeventyr* —el cuento de hadas del petróleo—, y efectivamente, lo era. Un millón de coronas en el banco para cada ciudadano, plataformas que parecían hoteles, campos petroleros con nombres como Troll, Valhall y Frigg.

Naturalmente, la buena suerte tenía un precio. En los cuentos de hadas siempre pasa. El petróleo convertía a los noruegos en gente mimada y perezosa. Tenían fines de semana de tres días y se endeudaban sin problemas. Salían de la oficina a las cuatro y se iban en barco a los bares de Suecia. Hasta habían inventado un verbo nuevo, *nav* —a partir de las siglas en inglés de Valor Neto Contable—, que significa «extraer beneficios del Estado». Su gobierno les daba libertad para ser perezosos. La homilía noruega siempre terminaba con las mismas palabras: «Abrieron ese fondo de inversión en los noventa y *hasta ahora no habían tenido que recurrir a él*». Pensemos en la historia de nuestro mar del Norte, una triste historia de despilfarro thatcheriano. No aho-rrábamos el dinero que nos caía del cielo. Lo ganábamos y lo quemábamos. ¿En qué? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Cincuenta años después de que se perforase el primer pozo no hemos hecho nada con nuestro petróleo. Y luego dicen que los socialistas no saben gestionar el dinero.

—No me interesan tanto las vistas del mar —dije—. ¿Cuánto cuesta?

—Ochocientas.

Pasé el dedo por el alféizar de la ventana. Había una leve capa de polvo en la pintura. La gente se iba de la ciudad, por la recesión. Probablemente debería negociar una rebaja —el alquiler de seis meses se llevaría la mayor parte de mis ahorros —, pero ese tipo de conversación me resultaba difícil. Mi actitud hacia el dinero era de no intervención, como la de la reina. De esos asuntos se encargaba Adam cuando vivíamos juntos, porque a él le interesaban más. El día que fui a llevarme mis cosas me enseñó las fotos de la casa que acababa de comprar. «Podría haber sido tuya —dijo majestuosamente, como si fueran las escrituras de la mansión de Pemberley en vez de un adosado esquinero muy normalito en Catford—. Todo lo que tengo podría haber sido tuyo.» «¿Y no te dice nada que, aun así, prefiera irme?», contesté, mientras envolvía en papel de seda mi único abrigo bueno.

Me volví hacia el agente inmobiliario.

—Me lo quedo —anuncié.

Sonrió. Le había dado la respuesta que esperaba.

—Ya lo sabía.

Me entregó unos papeles y esperó a mi lado mientras los firmaba. Me recordaba a mi amigo Ali Andrews, a quien me imaginaba de mayor igual de flaco y huesudo que este agente. Tenía la misma costumbre de Ali, un tanto desconcertante, de ponerse de puntillas y echarse hacia delante para recalcar algo. Ali fue la primera persona que conocí que trabajaba en las plataformas. También fue el origen de mi convicción (posiblemente errónea) de que los trabajadores de las plataformas estaban en plena forma, como los bomberos, cuando en realidad no lo estaban. Era una señal. Lo sabía.

Señales; presagios. Me notaba más receptiva de lo normal a estas cosas.

Por la mañana, cuando me duchaba, escribía las iniciales de Caden y luego las mías en el vaho del espejo. CD. TL. Después las rodeaba con un círculo, para unirlas.

Me perfumaba el pelo con nardo y ámbar. Esperaba cuatro minutos exactos antes de responder a sus mensajes.

Dormía con la camiseta del revés, porque daba buena suerte (y creía en otras supersticiones: cuando sueñas con una persona

significa que se ha ido a la cama pensando en ti; cuando un hombre es tranquilo pero habla deprisa quiere decir que sabe guardar un secreto).

Todos los días insistía a Caden en que se pusiera en lo peor. Borra los mensajes cada vez que hablemos. Deja el teléfono donde pueda verlo tu mujer. No vayas a la plataforma con ropa nueva ni te machaques en el gimnasio antes de salir. Y, si ella te pilla, por favor, no le digas *que era solo sexo*. Pero tampoco le digas que yo era especial. Te preguntará si soy más guapa que ella, si soy más joven, si te dejo que me hagas cosas que ella no te deja hacer (son preguntas capciosas, para las que no existen respuestas buenas). Querrá que le digas a qué sabe mi coño, si me lo he tragado, si me lo haces por detrás. No te extrañe que quiera follar después de que le cuentes estas cosas, ni si folla en plan más duro y más desesperado que nunca. No creas que con eso te vas a librar del castigo.

Caden no parecía preocupado por su mujer. O no se imaginaba que ella pudiera pillarlo. Así que fui yo quien la incluyó en mi lista de temores privados. Creía que si me preocupaba por los dos ella nunca nos descubriría.

Cuando avisé en el trabajo de que me iba, mi editora dijo que me echaría de menos y luego tuvo una larga conversación con otra editora, por encima de mi cabeza, sobre lo improbable que era encontrar a alguien decente para sustituirme, teniendo en cuenta que me pagaban un salario de simio. Hasta ese día creía que dejar un trabajo podía ser una de esas decisiones de las que me arrepentiría. Desde ese día dejé de preocuparme.

El último día, una de las directoras me invitó a comer. La esperé cerca de la puerta de su despacho mientras terminaba de hablar por teléfono. Detrás de ella, en la pared, había un cartel enmarcado que decía: *Al final todo saldrá bien. Si no sale bien es que no es el final*.

Fuimos a un bar de tapas en el Strand. Por dentro era como una cueva oscura y fresca. Comí morcilla y bacalao desalado mientras la directora me aleccionaba sobre mis planes.

—Tienes que escribir un *thriller*. Es lo que más se vende en este momento: los *thrillers* de escritoras jóvenes. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres.

—¿No hay ninguna posibilidad de que arregles las cosas con tu ex?

Dije que no. No me apetecía hablar de mi ex. Me apetecía hablar de mi nuevo novio, pero el decoro no me lo permitía.

Me observó, ladeando la cabeza.

—A partir de cierta edad tienes que reconsiderar tus expectativas. Conozco a varias chicas que acabaron casándose con hombres a los que habían dejado a los veintitantos. Tipos fiables, sólidos y majos. Sobre todo y ante todo necesitas a alguien que pueda ser tu amigo.

Miré por la ventana la lenta caravana de coches que convergían en Trafalgar Square a la hora de comer. Me había imaginado que nuestra comida sería distinta. Admiraba a aquella mujer desde hacía años. Quería estar a solas con ella, porque pensaba que podía enseñarme algo útil.

—Tengo que reconocer —añadió— que me pareces muy valiente. Salir con alguien a tu edad es muy difícil. Los hombres creen que estás desesperada por tener un hijo. La buena noticia es que a partir de los cuarenta vuelve a ser más fácil, porque entonces todos creen que ya no tienes ganas.

Bebí un buen trago de sangría.

—Todo tiene su lado bueno —observé.

En la oficina me regalaron una botella de champán y una falsa portada de revista, por tradición. En la portada aparecía mi cabeza con el cuerpo de una modelo, rodeada de titulares insinuantes. Me pareció reconocer el estilo sarcástico de Tom en unos cuantos. Por ejemplo: «Brocas de perforación en plataformas petrolíferas». A mi editora se le llenaron los ojos de lágrimas mientras daba un discurso breve y sobrio, que no sé por qué sonó como si nunca nos hubiéramos conocido, la gente congregada alrededor de mi mesa aplaudió.

Me llevé el ramo de rosas de despedida al pecho, incliné la cabeza y sonreí, magnífica como una *prima dona* que sale por enésima vez a recibir la ovación del público.

Cuando volví a casa de mi madre, mi hermana ya estaba allí instalada. Boo, su gatito del alma, también estaba *in situ*. Boo era un gato sobrealimentado y demasiado tonto para salir

de casa. Tenía las patas gordas y blancas y los pies azules y finos, como si llevara unos pantalones de gaucho metidos por debajo de unas botas azules. Su rasgo más característico era que se desmayaba cuando lo cogían, como si le inyectaran morfina, a pesar de que no tenía un carácter dócil. Se asustaba con facilidad y, al menor ruido, salía disparado con su andar vivazacho y paticorto. Yo sospechaba que esta era la primera fase de un plan a largo plazo para endilgarle a Boo a nuestra madre, y mis sospechas se vieron confirmadas cuando mi hermana me contó que el gato se quedaría allí hasta agosto. «Mi madre dice que ella lo cuidará. Hasta que me reformen la cocina.»

Cuando hablábamos de nuestra madre, mi hermana y yo decíamos «mi mamá» en vez de «mamá», una costumbre que nos hacía parecer a las dos algo posesivas y como si no fuéramos de la misma familia. Yo no llegaba a entender qué hacía mi hermana en casa de nuestra madre, aunque tampoco me interesaba demasiado, porque su presencia se imponía a la mía y en parte atenuaba mi sensación de solterona. Pero ella sí se interesaba por mis movimientos. Junto con otros síntomas más evidentes del embarazo, observaba en ella una actitud cada vez más vigilante. Esto tal vez tuviera una explicación evolutiva (los instintos agudizados de la futura madre; el deseo de controlar su entorno), pero en el espacio relativamente seguro de la casa materna, tanto interés por mis idas y venidas resultaba desmedido.

Mientras ojeaba muestras de tela de tonos discretos y repetía sin parar «el color Lomo de Ratón» o «Aliento de Elefante» hasta que los nombres perdían su significado por completo, mi hermana me hacía preguntas y ponía muecas al oír mis respuestas. Le gustaba mirar mi teléfono de reojo y entrar en mi cuarto sin llamar a la puerta. Si yo aceptaba una segunda copa de vino en la cena, me miraba, levantaba una ceja y decía: «¿Te estás aficionando?».

—¿Quién es Caden? —preguntó una noche—. Ese no es un nombre de verdad.

—¿Desde cuándo eres tan cotilla? —contesté, guardándome el teléfono en el bolsillo—. Yo creía que las embarazadas solo

pensaban en su embarazo.

—¿Nos vamos? —preguntó mi padre desde la cama.

Mi padre vivía en una residencia, a pocos kilómetros de casa de nuestra madre, y llevaba varios años postrado. Mi hermana se puso a juguetear con el mando de la cama. El colchón se inclinaba pulsando un botón, tanto en la cabecera como en los pies, con un movimiento que a mí siempre me recordaba a los botes que daban los Chevy Impala en los vídeos de rap antiguos. Mi padre no paraba de subir y bajar. Mi hermana por fin lo dejó en un ángulo obtuso que parecía incómodo, aunque supuestamente le permitía ver la tele. La pantalla estaba congelada en un antiguo episodio de *The Great British Bake Off*. El mando a distancia se perdía con frecuencia y las auxiliares habían tomado la costumbre de esconderlo en el armario. Acusaban de su desaparición a algunos residentes con movilidad, que a veces entraban en la habitación de mi padre y le robaban cosas.

—No me gusta Paul Hollywood —dije—. Tiene pinta de ser de los que te obligan a hacer cosas degradantes en la cama.

—No sé yo —contestó mi hermana.

Apretó los labios. El día anterior había entrado en mi habitación sin avisar justo cuando yo estaba abriendo un paquete de Myla. La ropa interior —azul clara, transparente, con cortes estratégicos— en realidad no era tanto ropa interior como lencería de la que una se pone para que se la quiten.

—¿Nos vamos? —repitió mi padre.

Apareció una mujer delante de la barrera de la puerta y se puso a forcejear con el cerrojo. Debía de ser muy nueva porque aún le brillaban los ojos y estaba sana y regordeta. Al cabo de unas semanas todos los residentes parecían iguales. Se les ponía la piel grisácea, se les apagaban los ojos y empezaban a andar como sonámbulos. La mayor parte de las subespecies de la ficción se inspiran en enfermedades reales. Los vampiros probablemente padecían porfiria; los hombres lobo, seguramente, rabia. ¿Vendrán de aquí los zombis?, pensé al verlos pasar por delante de la habitación de mi padre, gimiendo en voz baja, parándose a veces a toquetear la barrera. Había un cartel laminado en la puerta de incendios de acceso al

aparcamiento. Advertía de que se comprobara que las visitas eran efectivamente visitas antes de dejarlas salir, aunque no hacía falta.

—¡Hola! —saludó la mujer cuando nuestras miradas se cruzaron—. Hacía siglos que no te veía.

Mi hermana sonrió con satisfacción.

—No me habías dicho que tenías un familiar aquí.

Era evidente que me confundía con otra persona, con alguien de su pasado, pero me sentí culpable de todos modos. No iba a ver a mi padre tanto como debería. Cuando iba, procuraba que mi hermana también estuviera con nosotros. Cuando mi padre aún podía elegir, mi hermana era su hija favorita, por eso me parecía justo que ella cargara con el peso de las visitas. Era difícil tener una conversación con mi padre, porque ni hablaba bien ni pensaba con claridad. Su personalidad se había vaciado, y en su lugar ahora había una colección de síntomas y algunas necesidades imperiosas de las que solo se acordaba a veces. De joven le gustaba el aire libre: siempre nos arrastraba a rincones desiertos del campo, a pícnics y caminatas, con la única intención aparente de recordarnos lo bien que estábamos en casa. Una vez quiso que nos fuéramos a vivir a las Highlands, pero mi madre lo mandó a paseo. Nos esperaba en la puerta, con la cremallera del anorak subida, lleno de impaciencia, mientras buscábamos zapatos perdidos, pasadores del pelo, impermeables y guantes. Ahora, la enfermedad lo tenía eternamente encerrado en una habitación, condenado a esperar (con el abrigo puesto, impaciente por salir) a su lenta familia, que era incapaz de ponerse en marcha.

En realidad habíamos tenido tres padres. El inválido, el hombre lacónico que yo creía que era nuestro «verdadero» padre, y el padre de las anécdotas de nuestra madre, el que menos me gustaba de los tres. Este padre era una figura constante y empalagosa que siempre estaba listo para atravesar tormentas de nieve / disturbios callejeros / incendios forestales, para ofrecer a nuestra madre una taza de caldo / un anillo de compromiso de oro rosa / una carta de amor de cuatro páginas. A mi madre le gustaba sacar a colación estas anécdotas cuando alguno de mis novios titubeaba o daba muestras de egoísmo. No

estaba claro si lo hacía para darme envidia o animarme a elevar mis aspiraciones, aunque lo cierto es que no servía para ninguna de las dos cosas.

Yo no quería que un hombre cogiera el tren a Wrexham conmigo y luego se fuera directo a casa porque me consideraba demasiado valiosa para dejarme ir sola en un vagón. Además, no me creía esta versión de mi padre. No guardaba ningún parecido con el hombre tenso y contrariado que yo había conocido, que lo impregnaba todo con su mal humor, hasta el punto de que, por el ruido que hacía al meter la llave en la cerradura, yo sabía cómo le había ido el día. En la adolescencia muchas veces deseé que mi padre nos dejara. Me imaginaba nuestra familia sin su mal genio como una trinidad armoniosa. Ahora nos había dejado y vivíamos generalmente en armonía, aunque su ausencia acarreaba ciertas complicaciones.

Para empezar, nuestra madre había vuelto a acumular compulsivamente: guardaba bolis gastados, recetas, envases de plástico y botes de champú vacíos. La cocina parecía una representación pictórica de la vanidad de la vida, llena de fruta podrida y restos de comida, y en estas pequeñas viñetas yo creía detectar una lección, una lógica calvinista. Para mi madre era pecado deshacerse de un bote de champú antes de diluir los últimos restos con agua templada; o tirar una receta a la basura antes de copiarla en una libreta de rayas con el nombre de «cuentas». Mi hermana decía que era su manera de reaccionar al trauma de la enfermedad de mi padre. A mí me parecía igualmente posible que el hecho de vivir sola le hubiera dado libertad para entregarse a su verdadera pasión. Mi padre había sido un hombre presumido, a quien le gustaba gastar dinero.

A veces me preocupaba que mi madre estuviera hundiéndose en una especie de ausencia paralela. Nada dramático ni espectacular —un *petit mal*, comparado con la demencia irreversible de mi padre—, pero aun así, inquietante. Confundir la televisión con la vida real era cosa de mi padre, hasta que una noche mi madre me sugirió que saliera con Robert Peston. «No conoce a Robert Peston —contestó mi hermana—. ¿Cómo va a pedirle que salga con ella?» Mi madre dijo que Robert Peston se había quedado viudo y estaba libre. Le

había oído contarlo en Radio 4. Por lo visto no le gustaba Tinder. Quería conocer a su siguiente mujer en la vida real.

Yo escuché esta conversación en silencio. Desde el robo en mi casa, mi vida había cobrado un aire de espectáculo, de representación, que mi familia se veía obligada a ver y a comentar.

—¿Estamos bien? —dijo mi padre.

Lo interpretamos como la señal para irnos. Le di un beso y le dije que iba a estar seis meses fuera. No sé por qué especifiqué un período de tiempo, si el tiempo ya no significaba nada para él. Me miró con la boca caída y un mensaje en los ojos negros: Que él también estaba ausente, que pasaría una temporada fuera.

—Esperad —nos llamó—. Me voy con vosotras.

Cuando llegué a Aberdeen estuve dos días de compras. Dos edredones de invierno, ocho almohadas, sábanas con motivos discretos, azul claro. Cortinas de fieltro, del mismo azul tenue. Un chal de lana ligera; un cojín con la cara de un perro estampada, en vez de un perro de carne y hueso. Cuencos y platos blancos. Rosas rojas, muy aromáticas. Tazas pintadas con forma de pájaros panzudos. Compré una vajilla barata para poder gastar más en toallas. Aceite de baño de Rose Otto. Exfoliante de azúcar. Compré queso, paté, cerveza, vino, hierbas amargas y pan de centeno. Fui a Morrisons, en King Street, a por un cuchillo y una tabla de cortar, y de pronto me imaginé como me veían los demás clientes. Una chica de treinta y tantos años, pálida, que pasaba la noche del sábado sola, comprando utensilios de cocina a un precio vergonzoso incluso para una estudiante. Una mujer maltratada. Una solicitante de asilo. La testigo de un crimen violento protegida por un brazo silencioso del gobierno, con una nueva dirección asignada por un algoritmo.

Cuando terminé, me serví una copa de vino y examiné mi obra. El piso era alto, como el nido de un águila. La luz de la costa entraba a raudales y rebotaba en las paredes y en las sábanas blancas. Pese a mis esfuerzos, las habitaciones seguían teniendo el aire neutro y vacío de un hotel barato o la sala de espera de un médico. Entonces tuve la sensación de que había

fracasado. Una mujer como es debido, que aspira a casarse y formar una familia, sabría dejar su impronta en la casa. Sabría dejar su huella. Tal vez tendría que haber comprado un surtido de letras de madera decorativas, de las que se ponen en las ventanas y en las estanterías para proclamar que eso es un HOGAR.

Era abril y seguía haciendo frío. Algunos días, por la mañana había escarcha en los cristales. «La semana pasada nevó —me decía todo el mundo—. Te lo perdiste.» Lo decían con compasión, como si me hubiera perdido algo bonito. Estaban orgullosos del tiempo loco y atípico de su ciudad, de cómo pasaban del temporal al sol, a la lluvia, y otra vez al sol.

El ambiente de mi edificio también era variable —cálido o frío, oscuro o claro—, dependiendo de si en el puerto había un crucero o no. Los barcos eran enormes, sin proporción con el tamaño de las calles inclinadas de la zona del puerto. Sumían los alrededores en la oscuridad y convertían las calles en zanjas frescas, como las aceras a los pies de los rascacielos. Yo paseaba a la sombra de los cruceros con el anorak bien ceñido. Cuando zarpaban, el sol volvía a inundar las calles de luz.

Me llamaban los amigos desde Londres. «¿Qué haces todo el día?», me preguntaban. *Nada*, era la respuesta sincera, pero no podía decir eso. La disciplina es un músculo, y la mía empezaba a atrofiarse. Mis días eran largos y amorfos. Pensaba con pereza en mi libro y me iba de compras. Me hacía la manicura y me arreglaba el pelo, como una amante ociosa. Me ponía nombres nuevos. Cuando pedía café me llamaba Hadley (H-a-d-l-e-y, canturreaba, con claridad preventiva). Cuando pedía un taxi era para Saskia. En Tinder me llamaba Elodie.

Le dije a Caden que lo de Tinder era una investigación. Y lo cierto es que solo hablaba con hombres que trabajaban en las plataformas. Claro que la mayoría de las mujeres de la ciudad hacían lo mismo. El Síndrome de la Princesa de Aberdeen. Así lo llamaban allí. Una enfermedad congénita que pasaba de padres a hijas, como la mayoría de las mutaciones. Si papá había sido importante en el mundo del petróleo, los novios también tenían que serlo. Entre los síntomas de la última fase se encontraban los bolsos Longchamp, las coletas teñidas de colores pastel y una

delicada altivez al relacionarse con los hombres en los bares. Estas chicas no tenían reparo en aceptar una bandeja de cócteles y mandar después a paseo al gilipollas de turno. Yo lo había visto más de una vez.

Aberdeen era como un país del Golfo, un califato del desierto. Rara vez se veía a mujeres solas de noche. La ciudad estaba llena de trabajadores itinerantes, solitarios y a muchos kilómetros de casa. Mi teléfono se encendía cada pocos minutos con mensajes de hombres. Canadienses, polacos, franceses, nigerianos. Tímidos y engreídos. Hombres que preguntaban discretamente por mi trabajo. Hombres que mandaban fotos de su polla sin que nadie se las pidiera. Hombres que se enfadaban si tardaba demasiado en responder. Hombres con una pauta de comunicación errática que indicaba una novia al acecho. Hombres que intentaban diferenciarse con breves comentarios picantes. Hombres casi incapaces de hilar un *hola qué tal*.

Como una Ricitos de Oro morena, yo iba mirando sus perfiles y a casi todos les sacaba defectos. Este tiene las pecas mal repartidas; este, las pestañas demasiado finas. Este lleva unos chinos rojos, y este dice *fiestear* en vez de ir de fiesta. Este escribe *q* en vez de *que*: la insignia del imbécil; y este otro tiene una puntuación demasiado perfecta. Este posa al lado de su coche, y eso significa que será inaccesible y rácano. Y este será amanerado, porque lleva polo. Este habla de su hija en la primera línea de su perfil; demasiado paternal. Y este ha tachado la cara de su hijo con rotulador, y eso da mal rollo. *Me han dicho que tu nombre suena a francés. Y también pareces francesa. ¿Eres francesa?* Sí, contestaba. Soy francesa. Soy de Nîmes.

Todos querían saber cuánto tiempo llevaba soltera. Era un código para preguntar: ¿Qué te pasa? Demasiado tiempo en el mercado significaba dificultades para el compromiso, graves carencias personales o las dos cosas. Poco tiempo significaba inseguridad, incapacidad para estar sola y posible solapamiento de relaciones. En Londres, un hombre soltero de treinta y cuatro años podía ser normal. En provincias, la edad apuntaba a un defecto de carácter grave. Yo recelaba de los que estaban libres a esa edad, sobre todo si eran atractivos y tenían trabajo. *¿Por*

qué estás soltero?, pensaba, *¿Qué has hecho para que una mujer adulta haya querido librarse de ti?* Resolví el problema siguiendo el mismo método que emplean los solteros de cierta edad en todas partes: descartando a todos los que tuvieran más de veintinueve. Esto también tenía sus inconvenientes. Los jóvenes, en la vida real, se parecían más de lo que me esperaba a los jóvenes de la televisión. Compartían las mismas vanidades y preocupaciones. Contaban los hidratos de carbono, iban al gimnasio a diario, no usaban calcetines y se hacían muchas fotos. Querían pasarse horas chateando y enviaban tal cantidad de información, que conocerse en persona parecía superfluo.

Caden me acaparaba la mayor parte del tiempo. No paraba de llamar y me hacía las mismas preguntas que mis amigos. ¿Qué estaba haciendo *exactamente*? Y ¿dónde estaba? Y ¿con quién? Yo lo atribuía a un interés colateral, a un intento de huir de la monotonía de sus días.

No entendía que yo quisiera escribir sobre las plataformas. En su opinión era un tema aburrido. Tenía compañeros que habían sido militares y decían que era prácticamente lo mismo, solo que en la plataforma uno tenía más autonomía. La plataforma era como el Ejército pero sin la dimensión moral: nadie se preocupaba por tu carácter mientras hicieras tu trabajo. La cadena de mando era similar a la de la Armada, y el director de la plataforma (DP) hacía las veces de capitán.

El ambiente era una mezcla de colegio y prisión. En la cantina se formaban pandillas. Algunos arrastraban rencillas, rencores y mala sangre desde hacía años. El que trabajaba en la construcción podía zanjar los problemas con una pelea, pero como te pillaran peleándote en una plataforma te echaban, y las enemistades se perpetuaban sin resolverse nunca. La antigua camaradería se había perdido en buena parte. En los años ochenta, las tensiones que surgían a lo largo del día se diluían por la noche con una partida de dardos o billar. Si alguien tenía una discusión con su mujer se lo contaba a los colegas. Esto se llamaba cirugía de bar. Ahora nadie se separaba de sus dispositivos electrónicos; todo el mundo se encerraba en su camarote nada más terminar el turno. Estaban juntos pero atomizados. Veinte años antes, los accionistas habían puesto

televisores en los camarotes. Fue una astuta maniobra empresarial disfrazada de regalo.

La vida de la gente era algo más fácil en las plataformas de perforación. Tenían un solo trabajo y un solo objetivo: perforar. Una plataforma de producción era como un ecosistema. Y este ecosistema tenía que sostener a varios grupos independientes que competían por los mismos recursos. Había un continuo ir y venir de contratados y subcontratados con culturas incompatibles y agendas independientes. Había una norma para los trabajadores en plantilla y otra para todos los demás. Y los accionistas presionaban a los empleados, porque a las compañías petroleras solo les interesaba una cosa: la producción.

Pero era la monotonía, más que el estrés, lo que a Caden le molestaba. Todos los días eran iguales. Se levantaba a las seis para empezar su turno a las siete. La plataforma está en funcionamiento veinticuatro horas al día, y los días se dividen en dos turnos de doce horas, subdivididos a su vez en segmentos menores. Tenían una hora para comer, un descanso por la mañana y por la tarde, y varias pausas «breves». Como se lo daban todo hecho —la comida, el cambio de sábanas, la colada y la limpieza del camarote—, después del turno no tenían mucho que hacer. Caden normalmente iba al gimnasio y luego se retiraba a su camarote a ver series antes de dormirse, a las diez.

—¿Qué series? —le pregunté una noche, con la esperanza de pillarlo.

—*Breaking Bad* —dijo tranquilamente—. Aunque me está gustando *The Wire*.

—¿Por dónde vas?

—Acaban de matar al hermano Mouzone. ¿Me has comprado ya un teléfono prepago?

Se había llevado a la plataforma los cedés de varias temporadas de la serie y estaba obsesionado con comprar un teléfono prepago. *Teléfonos para chanchullos*. Así los llamaban en Liverpool. Un nombre que en este caso no venía a cuento porque el «chanchullo» era ella, no yo. Normalmente es la novia la relegada al teléfono prepago mientras la mujer se reserva el

derecho del número registrado, pero el viejo orden se estaba desmoronando.

—Lo tengo en la lista.

—¿Qué estás haciendo?

—Ver *Grandes diseños*. No sé por qué. Todo el que sale en este programa tiene demasiado dinero.

Kevin McCloud estaba congelado en la pantalla de mi portátil, riñendo a una pareja con Barbours a juego. El hombre y la mujer lo miraban descaradamente por encima del hombro, con la despreocupada soberbia de los ricos. Me recordaron a los padres de Adam. Les lancé un maleficio, a ellos, a su casa de ensueño y sus arrogantes planes de mudarse a mediados del invierno.

—Yo estoy viendo el fútbol. Estos cabrones también son ricos.

—Al menos sabes por qué. La gente de *Grandes Diseños* es rica por razones ocultas y misteriosas. Deberían obligarlos a enseñar la declaración de la renta.

—¿Me echas de menos?

Noté en su voz una nota quejosa que no era habitual. Yo también sonaba distinta. Hablaba con mi voz normal. Muchas veces ponía voz de niña mimosa para hablar con él; me inspiraba en el meloso contralto de Jennifer Lopez en los primeros segundos del vídeo *Love Don't Cost a Thing* («¿No vas a poder venir? ¿Otra vez?»)

—Claro.

—No soporto que salgas con otros tíos. Se me hace un nudo en el estómago.

—Es por la investigación.

—Yo también era por la investigación, y mira lo que ha pasado.

—Esto es diferente.

Su personalidad cambiaba por completo cuando estaba en la plataforma. Se volvía más dependiente y necesitado de contacto. Quería hablar conmigo en cuanto se despertaba por la mañana, y otra vez a mediodía y por la noche. Si no respondía a sus mensajes en una hora, se venía abajo.

—Mañana se lo voy a contar a mi madre. Que estoy

contigo.

—¿Para qué?

—Necesito hablar con alguien. Me va a estallar la cabeza.

—Me parece increíble ser yo quien te lo diga, pero no puedes contárselo a tu madre.

—¿A quién se lo cuento entonces?

—¡A nadie!

—Tú se lo has contado a algunos.

—Yo no estoy casada.

—Mi madre no es como la tuya. No te da su opinión.

—Entonces, ¿para qué se lo cuentas?

Me estaba poniendo de mal humor. Tenía ganas de poner a Caden en su sitio, sacudirlo hasta que dijera dos palabras sensatas y llevarlo delante de un comité de la verdad y la reconciliación, para que ellos se encargaran de la investigación preliminar. Se quedó callado unos momentos.

Yo empezaba a entender el idioma de sus silencios. Una de dos, o se había enfadado o no sabía qué decir. Oí el sistema de megafonía a lo lejos: una voz masculina como raída por el ruido estático.

—Estoy helada —dije—. Creo que estoy incubando algo.

—Ojalá estuviera ahí para cuidarte.

—Me voy a dar un baño.

—Mándame una foto.

Miré por la ventana. Caía una manta de agua en los cristales, en el aparcamiento, en los adoquines, en el tejado de chapa ondulada del almacén cerrado. *No voy a salir*, pensé. *Llueve demasiado*.

—No puedo.

—Por favor —suplicó—. Es una mierda estar aquí tres semanas. Me veía capaz de resistirlo, pero no puedo. Necesito algo que me empuje a seguir.

—No me das pena. Tendrías que haberte afiliado al sindicato.

Nunca me había imaginado que sería tan difícil hacer una foto decente de mis pechos. Cuando encontraba un ángulo en el que parecían firmes y juveniles, y conseguía meter la mitad de la cara en el plano, me salía papada y —vista desde abajo— se

me veía injustamente demacrada. Si me hacía la foto de perfil, cosa que venía bien para recortar la cabeza, no había forma de disimular la tripa. Con las persianas subidas, la luz gris me teñía la piel de un tono muy poco favorecedor. Con las persianas bajadas no se veía nada. Si hacía la foto de frente, apretando los codos para afinar la cintura, me colgaban los pechos como los de una simia lactante. Si la hacía desde arriba, tumbada en la cama, se desparramaban y parecían planos. Probé varias posturas. Me costaba pulsar el botón a la vez que sostenía el teléfono.

Solté un taco y me rendí varias veces. Hasta que de repente, en el intento número noventa y cuatro, lo conseguí. Los pechos altos y abundantes, separados por una raja profunda y oscura, y unas sombras redondeadas debajo que les daban un volumen sedoso que no tenían en realidad. Los pezones grandes y oscuros, como si estuviera embarazada. El brillo de la cruz de plata —la que Caden había tocado para recolocar en la cadena la primera vez que me besó— debajo de la clavícula. La foto tenía un tono ocre, como una pintura al óleo. El cuerpo (artísticamente cortado a la altura del cuello; yo había escrito demasiados artículos sobre la difusión de imágenes sexuales sin consentimiento y no estaba dispuesta a enseñar la cara) no parecía mío. Salía muy bien. Incluso vista a través de la malvada lente de la autoevaluación femenina. Tal vez este fuera el secreto de cualquier aprendizaje valioso. Perseguir el objetivo hasta el final; sin rendirse.

Esto se me ocurrió después, acostada en la cama. Seguía lloviendo y hacía frío. Por primera vez me sentí sola y me entraron ganas de irme a casa.

Estaba casi dormida cuando el teléfono se iluminó, dibujando un rectángulo azul tenue en la pared.

Qué te parece si estamos juntos de verdad???

Con triple signo de interrogación. Así señalaba Caden las preguntas cuando eran importantes. Noté un cosquilleo en el estómago: de placer, de pánico. Contesté: *Ok*. Y dejé el teléfono. No había terminado de dejarlo cuando volvió a iluminarse.

Estás segura??? Ten en cuenta que voy con equipaje.

No era el único. Tecleé deprisa, demasiado deprisa para

considerar las consecuencias.

Sí. Estoy segura.

Cuando vuelves a casa estás como una olla a presión. Las mujeres no suelen entenderlo. Bueno, no. No es que no lo entiendan. Es que no les gusta una mierda. De repente aparece un tío borracho y baboso que probablemente quiere follar y probablemente es incapaz de follar, y eso las cabrea mucho. Es como: «Ah, tenía muchas ganas de que vinieras a casa y esperaba que pasáramos una noche romántica». Pero tú solo quieres descomprimir.

—¿De dónde es?

Era la hora de desayunar en Las Vegas, y Caden ya tenía la voz pastosa.

—Pues… —Cogí las llaves y el monedero, las eché al bolso y noté que se me ponía el cerebro en blanco. ¿De dónde venía el mito de que a las mujeres se nos da bien hacer dos cosas a la vez?—. De aquí, creo.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Said.

—¿*Se-iiid*? No suena muy de allí.

—¿Por qué te interesa?

—Los hombres no van a Aberdeen a buscar novia. En el curro dicen que allí solo hay fulanas.

—¿Y qué? Tu plataforma no es precisamente la cuna de la igualdad de género. Tus colegas no son representativos de toda la población.

Lo dije con más convicción de la que tenía. A Caden le gustaba contar historias tristes de la plataforma, y yo en realidad temía que sus colegas fueran representativos de toda la población, que todos los hombres resultaran ser como ellos, siempre.

—Da igual, solo somos amigos.

—Los hombres no buscan amistad con las mujeres. En Aberdeen no. Eso es algo de Londres.

Como un extravagante Scott García, Caden catalogaba buena parte de lo que yo hacía como «cosas de Londres», y por tanto, fuera de lo normal. Tener amistades del sexo opuesto, beber vino blanco, comer pescado sin rebozar, pagar una cena o una ronda de copas, ejercer mi derecho al voto… Todo eran costumbres aberrantes que yo había adquirido en la capital. Él renegaba de cualquier cosa relacionada con la ciudad (el ruido, la gente, los inmigrantes, hasta el *smog*, cosa que viniendo de él tenía gracia). Si la ciudad salía en la conversación alguna vez, despachaba el asunto con un tajante: *No es para mí.*

—Es muy educado. Es un perforador.

—Entonces le pagarán mucho. No le invites a las copas.

—¿Lo estás pasando bien?

—No —dijo con indiferencia—. Hace demasiado calor. Hay que pagar mil pavos para sentarse. No nos dejaron entrar en lo de Jay-Z. Dijeron que iba demasiado borracho. Y ella no me habla. Llamé hace un rato. Me llamó hijo de puta y colgó.

—Has tardado cuatro días en llamar. Seguramente creería que estabas en el fondo del mar, entre un montón de escombros.

—A ella le daría igual. Me odia.

Me fastidiaba la costumbre de Caden de referirse a su mujer como «ella». Le daba un aire omnipotente y se prestaba a confusiones cuando había más de una mujer en la conversación.

—¿Qué llevas puesto?

—El vestido de furcia.

En realidad llevaba un mono azul marino con detalles militares, un modelito que habría podido ponerse Janet Jackson en su gira Rhythm Nation. Y zapatillas de deporte, para bailar bien. *Zapatillas de deporte para bailar bien*. ¡El título provisional del libro que me robaron! Quería recuperarlo y sabía que era imposible. El hurto es un hecho más de la vida, como los impuestos. Robamos y también somos víctimas de robo. Las personas adultas deberían ser capaces de aceptarlo.

—Mándame una foto.

—Llego tarde. No tengo tiempo para ponerme a probar filtros con mis tetas.

—¿Has estado bebiendo?

—No —dije, y era verdad.

—Vale, sexi. Sal de fiesta y diviértete.

—Te echo de menos.

—Y yo a *ti*. Tengo algo que decirte.

Tenía una forma peculiar de acentuar y arrastrar el «ti». Lo convertía en una suave exhalación, en un suspiro. Me fascinaba la cadencia que daba a las vocales. Me pasaba horas al teléfono pidiéndole que repitiera ciertas palabras. Vuelve a decir «coño». *Co-ña*. Vuelve a decir «curro». *Corrro*. Vuelve a decir «fuego». *Fue-ga*. Vuelve a decir «seguro». *Seguuro*.

—Dime.

—Anoche perdí novecientos pavos. En la ruleta.

Apoyé la frente contra la ventana. Pasaba una gaviota volando, suspendida en las corrientes térmicas. Mis ojos y los

suyos se encontraron un momento en el cristal. Di un grito y me aparté.

—Ah, qué bien —dije. *Se-iiid*. Era guapo y tenía la cara ancha, como esas chicas de raza indefinida de los vídeos. Solo que para mí no era de raza indefinida. Sabía cuál era su ascendencia (inglesa/malaya). Sabía cuántos hermanos tenía (era el menor de cuatro). Sabía cuál era el origen de la relación de sus padres (ilícito). Sabía dónde había nacido (en Orkney, donde su padre trabajó una temporada en un restaurante de comida rápida). Sabía dónde había pasado los fines de semana de la adolescencia (patinando en el Bradford Ice Arena). Sabía el nombre de la plataforma argelina en la que había trabajado antes de mudarse aquí (T-211, en un extremo de la zona de Reggane, en la provincia de Adrar). Sabía lo que había sentido sobrevolando el Sáhara en un avión diminuto, «como en el que iba Aaliyah cuando murió» (miedo). Sabía más cosas de él que de algunos de mis amigos, a pesar de que solo nos habíamos visto tres veces.

La primera reunión fue breve, por la tarde, tomando café, para asegurarnos de tener la cabeza despejada. A mí me faltaban todavía un par de utensilios de cocina, y le pedí que me acompañara a Marks and Spencer a comprar un abrelatas. Said eligió el primero que vio —caro, de acero inoxidable—, y me sentí obligada a comprarlo para no parecer cutre. El abrelatas estaba ahora en mi escurreplatos, con un brillo insolente, como si tuviera conciencia de su precio inflado y del proceso fraudulento que le confería inmunidad.

Said me esperaba en la esquina de mi calle. Iba a llevarme a un concierto en un parque de atracciones, para presentarme a su sustituto y a sus amigos. Me pareció un plan raro. Los conciertos se hacían en estadios, y conocer a los amigos era cosa de parejas. Pero ¿qué sabía yo? Seguía buscando mi camino a tientas en esta nueva era de desafíos y contacto acelerado.

No se parecía a la mayoría de los hombres a los que había entrevistado. Tenía estudios universitarios y un máster en *senior management*. De Aberdeen se iba a Brunei. Después, ¿quién sabe? Tal vez a Asia central. En la universidad tuvo compañeras de clase kazajas. Eran *increíbles*. Literalmente: chicas con planes

turbios y necesidades inconfesables. En su país, el peligro tenía un significado distinto. Le habían contado historias de gente que tenía lobos en vez de perros guardianes, y de plataformas en el Caspio, sin helicópteros y con redes a los lados. Llevaban a los trabajadores en barco hasta la base de la instalación, y desde ahí tenían que subir trepando a la cubierta. Las plataformas modernas *no* eran garantía de seguridad. Acuérdate del accidente de Macondo, dijo. Y añadió que yo seguramente lo conocería como Deepwater Horizon, pero ningún perforador lo llamaba así. Lo de poner al desastre el nombre de la plataforma de perforación fue una treta de BP para desviar el foco hacia Transocean.

En Kazajistán supuestamente había zonas bonitas, aunque no era esa la palabra que le vino a la cabeza cuando vio por primera vez las estepas desoladas de la costa. Más bien tuvo la sensación de que la naturaleza y la industria libraban una guerra de desgaste, con bajas en los dos bandos. Decían que el Caspio podía acabar convertido en un paisaje lunar, como el mar de Aral. Que estaba encogiendo y nadie sabía por qué. La profundidad ya era muy escasa en el extremo norte del mar, y en invierno se helaba. Para proteger las plataformas del hielo, construyeron un archipiélago justo en la ruta migratoria de los esturiones. Los caladeros de pesca empezaban a agotarse y las focas aparecían muertas en la costa. La naturaleza se cobró su venganza mezclando el petróleo con tal cantidad de azufre que los conductos se agrietaban y hubo que cerrar la instalación muy poco después de ponerla en funcionamiento.

Kashagan era un elefante —un campo que producía más de 500 millones de barriles—, pero sus reservas eran inaccesibles. Tardaron tanto en completar el proyecto que cuando por fin terminaron era un anacronismo, concebido en un momento en que el barril de petróleo estaba a cien dólares. Ahora costaba la mitad, y cuando un campo del tamaño de Kashagan empezaba a producir, el precio no hacía más que seguir cayendo. Pero ¿cuál era la alternativa? No podían dejar que se pudriera.

En la calle del puerto soplaba un viento gélido del mar que azotaba el agua grasienta, formando ondas y crestas con las puntas blancas. Me cerré el abrigo y le dije a Said que

seguramente llevaría mal el frío, viniendo de Argelia. Negó con la cabeza. En Argelia hacía más frío de lo que se creía. Había estado en diciembre y tenía que dormir con chándal, con la capucha puesta. Argelia le recordaba sobre todo a las películas postapocalípticas que había visto de pequeño: *Mad Max* y *Resident Evil*. Coches quemados, llamaradas a lo lejos y una llanura de arena que se perdía en el horizonte, tan plana y uniforme como el mar. Allí las tormentas que dejaban vuelos en tierra y cerraban operaciones eran tormentas de arena: acantilados de polvo que parecían una nebulosa de terciopelo, impresionantes como un pozo petrolífero en llamas. El cielo se ponía amarillo y el sol rojo. Como si hubiera llegado la hora de la verdad en los confines del mundo.

En algunos aspectos, el yacimiento T-211 estaba más aislado que la plataforma más remota de la cuenca de las Shetland. No había internet, ni cobertura de móvil. Tenía que ir andando entre las dunas con el teléfono en alto buscando la señal. La planta estaba construida para trabajar y dormir, nada más. Los trabajadores solo sabían decir unas cuantas frases en inglés y Said no hablaba mucho árabe.

En ese primer viaje, cuando esperaba encontrarse con algo parecido a los hoteles flotantes del mar del Norte, ni siquiera se había llevado un libro. La única distracción de la plataforma era una pista para correr que rodeaba la planta y se adentraba en el desierto. Algunas noches salía a correr y daba un par de vueltas sin demasiadas ganas, pero normalmente se quedaba en el camarote mirando la pared, hasta que el aburrimiento cuajaba y lo sumía en un estado de letargo que apenas le permitía moverse. Ahora mismo debería estar en Argelia, pero alguien informó a las autoridades de que tenía solo veinticinco años, y lo expulsaron del país, junto con su sustituto. Y ahí estaban los dos, esperando en un piso de Rose Street.

—Una amiga mía se casó con un argelino —dije—. Bueno, medio argelino. En realidad era de Lewisham. Un gilipollas. Mi amiga se está divorciando.

Me miró de reojo. Tenía unos ojos occidentales, entre verdes y castaños. *Es verdad*, estuve a punto de añadir. Como si tuviera que gritarle desde el otro lado de la brecha generacional.

Sus amigos ni siquiera habían empezado a casarse. Los míos ya se estaban divorciando. A veces, cuando pensaba en la cantidad de cosas que la gente de mi edad había hecho en los años que yo estuve con Adam, me daba un vuelco el corazón, como cuando de pronto te das cuenta de que te has olvidado de algo importante, de algo crucial. Y yo me había olvidado de algo crucial: que las mujeres no tienen un número infinito de oportunidades de rehacer su vida. Los divorcios de mis amigas me despertaban un interés malsano (eran la otra cara de la moneda de mi *ennui* conyugal). Antes creía que esto pasaba porque las parejas siempre se casaban por la misma razón, mientras que se divorciaban por razones muy diversas. Pero de un tiempo a esta parte he empezado a ver que las historias de mis amigas divorciadas eran muy similares una vez gastados los detalles.

—Nunca podré entenderlo —dijo Said—. ¿Por qué las mujeres se casan con gilipollas?

Me mordisqueé la uña del pulgar. Llevaba las uñas pintadas de un color claro, con puntitos rojos. Una expresión adulta de un gusto infantil. De pequeña me encantaban las cosas traslúcidas: las sandalias de plástico con brillantina; los bolsos de Perspex con lacitos pintados; los bolígrafos con el tubo lleno de líquido y paisajes submarinos a la deriva o una lluvia de corazones flotantes. Se me astilló el esmalte de uñas entre los dientes.

—¿Por pereza? ¿Por no querer volver al principio? Cuando llevas mucho tiempo con alguien necesitas demostrar que vale algo.

—¿La falacia del Concorde?

—¿Qué?

—La falacia del coste hundido. Lo dimos en economía. Si vas a una tienda y de pronto te acuerdas de que está cerrada, porque es domingo, no sigues andando, aunque hayas llegado a mitad de camino, ¿verdad? Pero la gente sigue tirando el dinero cuando va perdiendo aunque esté claro que el proyecto no dará ningún fruto.

—De haber sabido que eso tenía un nombre mi vida habría sido muy distinta.

Said era menos guapo cuando sonreía. La sonrisa alteraba la perfección de su óvalo facial.

—Ya ves. Nunca te acostarás sin saber una cosa más.

Entramos en el paseo marítimo. La marea estaba baja. El mar era una línea borrosa en la lejanía. La silueta espectral de un petrolero apenas se distinguía, medio tono más oscura que el cielo.

—Y tú ¿cómo lo llevas? —preguntó, de emigrante a emigrante—. ¿Echas de menos Londres?

—La verdad es que no.

Le ofrecí una versión abreviada de los acontecimientos. El robo; el libro. No dije nada de la devolución de impuestos ni de la doble revelación. Cruzamos la calle y seguimos hacia el parque de atracciones. La noria giraba contra un denso banco de nubes. Nos vimos rodeados de chavales que correteaban por una selva cutre de palmeras artificiales. De chavales que alimentaban con monedas las tragaperras cantarinas y se amontonaban alrededor de los mandos, con las palmas de las manos pegajosas apretadas contra el cristal, como reclusos en la cabina de visitas de la cárcel. Los aseos estaban detrás de la bolera, y una larga cola de adultos con la barbilla temblorosa y las pupilas dilatadas esperaba su turno al lado de las fiestas de cumpleaños para niños de nueve años y adolescentes que empezaban a coquetear.

—¿Por qué hay tantos niños? —pregunté.

—En verdad, somos nosotros los que estamos en su territorio. No al revés. —El latido taciturno de la música *house* apenas se oía entre los gritos de los que bailaban. Encontramos a los amigos de Said en una zona acordonada, detrás de la montaña rusa de agua. El compañero de Said, con cara de zorro astuto y pinta de no ser mucho mayor que los adolescentes del salón recreativo, nos contó que había estado charlando con una rubia en la barra, y que la chica lo interrumpió para decirle que se habían conocido la semana anterior en Tunnels, y que ese día ya le había soltado el mismo rollo. Aberdeen era pequeño; había pocas mujeres con las que salir.

En un rincón oscuro de la carpa, Said me puso en la mano un montoncito de cristales de color marrón. Me lamí la palma y

parpadeé. ¡Qué sabor! Nunca me acostumbraría. Le pedí su bebida por señas. Asintió, con cara de dolor y dijo:

—Tendría que haberla envuelto en un papelillo.

Eché un vistazo alrededor. Todo el mundo era muy joven. Todos llevaban Air Max y arrastraban los pies con ese movimiento tan curioso que hace la gente en la bolera. Bien hecho parece facilísimo, como si te desplazaras hacia atrás en una cinta transportadora. La música también parecía antigua. Escuché atentamente hasta que la melodía derivó hacia algo reconocible. Lennie De Ice: «We Are I.E.» Vudú. Una irresistible y oscura orden de bailar. Todavía recuerdo la primera vez que oí esa canción, en un cavernoso club de Birmingham que antes había sido una iglesia. Por aquel entonces íbamos disparados hacia el nuevo milenio, tan rápido que cuando una música había cumplido cuatro años ya se consideraba *old school*. Eran canciones tristes solapadas con latidos frenéticos. El apelativo de *happy* vino después. Las letras chapuceras se oían muy lejos, inalcanzables, como un desfile de carnaval que abandona la ciudad. O quizá era mi experiencia personal del *hardcore* lo que teñía mi percepción. Habíamos llegado tarde a la fiesta, muy tarde. Cuando aparecimos la mayoría de la gente ya se había largado.

—Mira —le dije a Said, tirándole del brazo y señalando hacia arriba.

Había un hueco entre las paredes y el techo de la carpa. Por el hueco se veía la montaña rusa. Mientras Said miraba, un coche lleno de niños apareció a trompicones por encima de la lona, como un capricho visto a través de un seto. Se quedaron un momento parados en l a proa de los raíles, pálidos y solemnes, mientras los engranajes crujían y giraban debajo del coche. Luego cayeron y los perdimos de vista.

—Eres muy zorruno, ¿no? —dije—. ¿Te lo dicen a todas horas?

—No me lo dicen, porque no trabajo con gente como tú que dice palabras cursis como zorruno.

El compañero de Said sonrió ácidamente. Le cogí las mejillas entre los dedos y se las estrujé como si comprobara la madurez de un melocotón.

—Eres muy zorruno y muy listo. Me recuerdas al señor Raposo del cuento. ¿Te cambias de casa cada vez que te da un arrebato?

—No creo que sea tan listo. Soy… de mentalidad abierta.

—¿Ah, sí? ¿Podrías participar en un grupo de terapia en California?

—No me refiero a eso. Lo que intento decir es que…

Se le arrugó la frente mientras pensaba. Se quedó mirando la brasa del cigarrillo con el ceño fruncido.

—Va, que le den. No sé lo que intento decir.

Le quité el cigarrillo de los labios. Si hay un placer mayor que fumar cuando has tomado pastillas (el tabaco sabe dulce, más dulce de lo normal, y cada calada produce un ligero subidón complementario) yo aún no lo he descubierto. Llegaba la música de la carpa, distorsionada por la distancia. Sentí una imperiosa necesidad de bailar, como el niño que tira de las faldas de su madre. Di unos pasos mínimos. El problema de la música de hoy era… ¿cuál era el problema? Mi cerebro empezaba a dar largos saltos sinápticos y perdía el hilo de mis pensamientos. Ah. Sí. El problema de la música de hoy era que había vuelto a ser buena. La música había vuelto a ser buena, las drogas habían vuelto a ser buenas, y la tentación de salir de fiesta y ponerse, para quien estuviera sin empleo o de permiso de su vida adulta, siempre estaba ahí.

Yo tenía una regla sobre el consumo de pastillas (una vez al año, en Ibiza), pero me había relajado desde que me mudé a Aberdeen. Estaba de sabático y podía hacer lo que quisiera. Había cierta laxitud que iba de la mano con parecer joven. O al menos más joven que la población indígena. ¿Cómo se dice en Escocia chica guapa? Turista. Este chiste, viejo, ya no hacía gracia en Aberdeen. Yo nunca había visto semejante concentración de gente fea en un mismo sitio. Los hombres que en Tinder «tenían» treinta años aparentaban cincuenta. Las *strippers* eran polacas y las prostitutas rumanas, lo que decía tanto de las limitaciones de su ciudad de acogida como de las estrecheces económicas de su país de origen.

Mi agente inmobiliario era un mentiroso, por cierto. Las chicas seguían ahí, ejerciendo su profesión de mala gana al final

de mi calle. A veces las veía en la calle del muelle, enzarzadas en tensas negociaciones con los hombres a la puerta de los bares. Aunque vestían en consonancia con el frío —anoraks y vaqueros—, se distinguían por el contraste de colores vivos. Tenían el pelo rubio platino, como las estrellas de la Metro Goldwyn Mayer, pero la piel morena y los ojos tan oscuros que costaba diferenciar el iris de la pupila.

—Es mi hermano —le dije al que estaba a nuestro lado, señalando al compañero de Said—. ¿Crees que nos parecemos?

—Veo cierto parecido —asintió—. Tenéis la misma nariz. Pero él es más guapo que tú.

—Nuestra madre dice lo mismo. —Eché la cabeza hacia atrás y solté el humo—. Él es su preferido. Todas las mujeres de la familia lo miman. Es el único chico y el niño bonito. ¿Verdad que fuiste un accidente feliz, mamón? Todo el mundo esperaba que naciera con tres cabezas.

Volví a estrujarle las mejillas. Retrocedió con un gesto de dolor.

—¡Mamá no me llama así!

—Mira la diferencia de edad. ¿No creerás que fuiste un hijo buscado? ¿Esperabas ser el listo?

Me volví hacia el otro chico.

—Le han pagado los estudios, ¿sabes? Mi hermana y yo tuvimos que conformarnos con el instituto del barrio, pero él fue a Glenalmond. Querían mandarlo a Gordonstoun, pero pensaron que las duchas frías le harían llorar.

El chico entrecerró los ojos, quizá para protegerse de la nube de humo que solté en su dirección.

—Si sois hermanos, ¿cómo es que tú tienes acento inglés y él no?

—Es una buena pregunta… Me fui de Glasgow para estudiar en la universidad y ya no volví. He vivido en Londres y en Johannesburgo, y allí tuve que pulir mi acento porque nadie me entendía. Además, a las mujeres se les pega el acento y lo pierden más deprisa que los hombres. Somos como esponjas. Es porque somos más adaptables y complacientes.

Mi mentira resultaba más convincente al incluir algunos datos. Me salió con tanta fluidez como si fuera verdad.

—Eso es una gilipollez —murmuró el compañero de Said.

—No es una gilipollez. Hay estudios. ¿Compartes la pastilla conmigo? Sé que te queda una.

—Y una mierda.

Sonrió, como un hermano de verdad, regodeándose en su rechazo. Estaba tonteando conmigo. Parpadeé dos veces para enfocar mejor. Tenía una cara increíble, con una estructura más armoniosa de lo habitual. Los dientes inclinados hacia dentro. Los ojos, de un negro impenetrable, como los de un tiburón toro.

—Por cierto, me encanta que respetes mi decisión —señaló.

—No la he respetado. Eres un tacaño. La verdad es que nunca has sabido compartir.

Me dirigí al otro chico.

—¿Verdad que tengo un hermano horrible? ¿Verdad que es un egoísta? Es lo que pasa por ser hijo único *de facto*.

El chico nos observó unos momentos.

—¿En serio que este chaval es tu hermano? Parece que tiene unos diez años.

—Ha pasado la mayor parte de su infancia guardado en una caja fuerte. Por eso tiene la piel tan bonita. No se la ha estropeado el sol.

—¿Tienes novio? —preguntó el chico de repente.

—Más o menos —contesté.

Seguía aturdida por los acontecimientos de la semana. Debería estar en la gloria, pero estaba más cerca del trance horrorizado de un niño que enciende una cerilla y prende fuego a las cortinas. Me asustaba que Caden pudiera hacer una cosa así a poco pie que se le diera. Tendría que haber sido más difícil; todo el mundo me decía que sería más difícil. Los hombres casados nunca dejan a su mujer. Pero yo supe desde el principio que la dejaría. Tenía la sensación de que, si daba ejemplo, si dejaba mi trabajo y la ciudad donde vivía, si le demostraba lo fácil que era dejar las cosas, él me seguiría. Me quedé de piedra y al mismo tiempo no me sorprendió.

Puede que lo que sentía se correspondiera con ese orden de emociones sin nombre que experimentamos antes de aprender a hablar y a establecer distinciones binarias. El lenguaje tiene

estos defectos. Lo *bueno*. La palabra que empleamos para describir una atracción química capaz de alterar la brújula moral, un mensaje encriptado en la sangre y liberado por el olor y la simetría facial, también significa «adecuado». A nadie más le parecería bueno. La ley la protegerá a ella, y llegado el momento sopesará su aportación al matrimonio y le dará dinero a cambio de amor, como si fueran cosas intercambiables. Y cuando vivamos juntos mentiremos al decir cómo y cuándo nos conocimos, y el engaño nos afectará; indicará que, en alguna parte, enterrada bajo nuestra nueva y flamante felicidad y nuestro amor legítimo, estaba la certeza de que lo que íbamos a hacer era algo muy malo.

—¿Y dónde está? —preguntó el chico—. ¿Tu más o menos novio?

—En el mar —dije—. Viene a casa la próxima semana.

El compañero de Said suspiró y lanzó el cigarrillo por encima de un muro bajo. El cilindro giró en el aire, soltando chispas, y aterrizó con un silbido al otro lado, en el húmedo hormigón. Siempre había envidiado a la gente que hacía estas cosas. Formaba parte del mismo grupo de habilidades que silbar con dos dedos y barajar; destrezas mundanas que yo consideraba masculinas sin saber por qué.

Me dio la mano para cruzar de nuevo el césped artificial. Me llevaba sin apretar, con naturalidad, y me sorprendió lo caliente que tenía la piel.

—¿Lo que llevas es un body?

—Es un mono.

—Prácticamente lo mismo.

—Casi siempre llevo monos —presumí sin que viniera a cuento—. Tengo un vestido, un vestido de furcia, y hoy pensaba ponérmelo, pero tengo las piernas llenas de heridas, porque no paro de chocar contra la cama. Me encantan los monos. Me hacen sentir que soy Betty Catroux en Studio 54. Ante la duda, ponte un mono. Es mi lema.

Se detuvo y se apoyó contra la carpa. Se le estaban cerrando los ojos. Tenía los párpados de ese color lila tan bonito típico de la piel clara. Se pasó una mano por la cara.

—Joder. Estoy pasadísimo —dijo—. ¿Qué estabas diciendo?

Aunque era él quien estaba apoyado en la carpa, no yo, notaba la lona en su cuello y la respiración del viento, que le levantaba el pelo. Reaccioné con un cosquilleo. Esto me pasaba a veces cuando era más joven: se me agudizaba la percepción como si tuviera poderes paranormales.

—Da igual —dije.

Buscamos a Said por todas partes. La carpa se había llenado en el tiempo que pasamos fuera y Said era bajito. Yo no paraba de tropezar y chocar con la gente.

—¿Dónde estabais? —preguntó, cuando por fin lo encontramos. Seguía más o menos donde lo habíamos dejado: era el eje en torno al que giraba la noche.

—No sé —le grité al oído—. Nos hemos entretenido fumando fuera con un tío que era idiota perdido.

—No, no —protestó el compañero de Said, acalorado—. No era idiota. Era listo. Ha dicho que soy más guapo que ella.

—Pues se ha equivocado —grité. Mi voz me sonó estridente y áspera—. Lo ha dicho solo porque sabía que eres muy abierto de mente.

—Vamos a bailar —dijo Said—. El otro día dijiste que nunca podías. Y ahora no lo aprovechas.

Era una coincidencia demasiado perfecta para la ficción, pensé mientras nos abríamos paso entre la gente, que los dos chicos fueran tan distintos. Parecían simbólicos: el ideal platónico de un perforador y su compañero. Dos amigos que operan en extremos opuestos de un *continuum*; dos mitades de un mismo mecanismo en constante oscilación. Said era moreno y el compañero rubio. Said era constante y el compañero voluble. Said tenía los rasgos suaves y el compañero angulosos. Said empleaba el lenguaje con frugalidad y el compañero era hablador; soltaba frases rápidas como una metralleta. Yo me sentía en un punto intermedio entre el compañero inquieto como el azogue y la presencia sólida y terrenal de Said.

Encontramos un hueco cerca del escenario y el compañero se alejó girando como una peonza. De vez en cuando lo veíamos delante, moviéndose, con la nariz fina apuntando al aire, como Mr. Apresurado, el triángulo. Más de una vez cogí a Said de la muñeca para mirar su reloj, pero los números se mezclaban y

cambiaban de posición. Notaba los latidos de Said en mis dedos. Estaban conectados con mi sangre y con los saltos que daba la gente a nuestro alrededor. Era de Bradford, de esa fragua incandescente y oscura que una vez conmocionó al país: pitidos y bajo; portentosas frecuencias subgraves. Pensé en esto y una sonrisa me saltó a los labios.

—Me alegro de haberte conocido —dije.

—¿Qué?

—He dicho que me alegro de haberte conocido.

Sonrió vagamente, aunque no me había oído. Luego me envolvió con los brazos y me achuchó. Fue un abrazo tan cálido y cariñoso que me llegó al alma. Ahí sigue, en algún rincón, creo.

—Yo también me alegro de haberte conocido.

Mi cerebro empezó a ejecutar entonces un lánguido bucle hacia atrás. Pensé en el hooliganismo, en que nuestro idioma había terminado plagado de metáforas brutales (nos machacábamos con coca, triturábamos las pastillas, nos reventábamos a drogas), en que esto venía del incómodo armisticio de finales de los ochenta. «World in Motion», la canción del Mundial. ¿No fue lo de la *entente*? Un instante breve y precioso en el que parecía que podíamos ganarlo todo. Pensé en cómo bailaba. Seguía bailando un poco como un chico, y esto era un legado de mi adolescencia, de cuando iba a las discotecas con mi novio y sus amigos y aprendí a bailar fijándome en ellos. Mi generación había sido la última hornada de chicas que bailaban con decoro, es decir, que iban en chándal y no pretendían ser sexis. Nunca se me ocurrió que hubiera un componente genético para el baile, hasta que un año me encontré con mi hermana en Ibiza y vi que las dos, bailando bajo el taciturno sol español, nos movíamos exactamente igual (con un caviloso movimiento de dos pasos que siempre me pareció «el baile del oso»).

Y Caden. Llevaba toda la noche nadando como un pez entre mis pensamientos, por más que intentaba apartarlo. Cada vez que me acordaba de la barbaridad que estaba a punto de hacer, de la parte de responsabilidad que me tocaría asumir, se me hacía un nudo en el estómago. Puros nervios; un ataque de

paranoia. Eso era. Estábamos juntos y así tendríamos que seguir, de por vida. No podría dejarlo nunca. No podía permitir que desmantelara su matrimonio, que abandonara a su familia, y dejarlo diez minutos después porque había conocido a alguien que me gustaba más; porque su mujer era un coñazo y sus hijas eran horribles; porque él seguía sin entender la diferencia entre «aun» y «aún», y cada vez que se confundía me daba dentera. Íbamos a hacer mucho daño. Estábamos contrayendo una deuda que nunca podríamos pagar.

Pero yo ya me resistía a imaginar un futuro sin él. Era mío, era mío. Me pertenecía. Sabía que Caden todavía estaba a tiempo de cambiar de opinión, de destrozarme a mí y salir él magullado. Y al pensar en eso, al pensar que me destrozaba, me asaltó un miedo mayor. Tenía que ayudarlo. Sin mi ayuda se ahogaría. Y si se ahogaba lo perdería para siempre.

La música cambió de marcha bruscamente. Se volvió más dura, más imperativa. De las texturas sin letra surgió una voz entre una oleada de aplausos:

Como sabéis, a veces no estamos preparados para la adversidad.

Estas palabras, tan contundentes, calaron en mi conciencia y me produjeron un cosquilleo en todo el cuerpo. El mensaje estaba incrustado en la música: Da el paso. Hazlo. El sonido falló un segundo, y la gente se apresuró a llenar el vacío con aullidos, palmadas y silbidos. Me gustaba que la gente aplaudiera en las discotecas. Era un comportamiento intrascendente y civilizado, como cuando los aficionados al fútbol se ponen en pie para ovacionar a los exjugadores que vuelven por primera vez a su antiguo estadio. Y era verdad lo que decían de las multitudes del norte. Incluso tan al norte como Aberdeen, una ciudad aburrida y sobornable donde el petróleo era lo único importante.

No sabía dónde se había metido el compañero de Said, y justo en ese momento apareció. Me acerqué y le di un abrazo. Era muy pequeño. Su cuerpo parecía un hilo de seda entre mis brazos. Se metió dos dedos en la boca y silbó. El silbido vibró como la alarma de un coche. Sonreí para mis adentros al ver que había ganado una apuesta conmigo misma.

—¿Sabías que la gente de Glasgow y de Liverpool tiene una afinidad natural? Es por su parte irlandesa. Por eso hablan deprisa y se meten muchas drogas. Ciudades grandes, pobres y lluviosas. El triplete de la costa oeste. Configura un determinado tipo de personalidad.

Estaba hablando con el compañero de Said, que seguía un rumbo errático delante de nosotros: bajaba de la acera, volvía a subir, volvía a bajar, y así sucesivamente. La camiseta le quedaba demasiado grande (al menos a mis ojos de treintañera) y se le caía continuamente por un hombro. Como un niño con ropa crecedera.

—Una cosa sí te reconozco —señaló—. Que aguantas las putas pastillas.

—Yo diría que sí —contesté, con un deje de aspereza de solterona—. Llevo veinte años tomando.

—Entonces te tomaste la primera cuando yo tenía dos años.

—No demos demasiada importancia a los números.

—Yo creo que podría seguirle el ritmo a cualquiera.

—¿Porque eres tan abierto de mente?

—Joder, cómo se nota que eres periodista. Pillas el ángulo y no te cansas de explotarlo. Eres la personificación de los medios británicos. Eres como el puto *Sun*.

—No soy periodista. Lo he dejado.

—Entonces ¿qué eres? —preguntó Said.

—No lo sé. Una escritora sin obra, supongo.

Sobre los muelles, el cielo estaba veteado de rosa. Pasar el verano en Aberdeen te enseña lo cerca que está el Círculo Polar Ártico. Las noches siempre son claras; el coro del amanecer empieza a las tres. Decían que en las plataformas del norte era peor. En Eider, Cormorant y Tern. A otros casi quinientos kilómetros más al norte, junio era un mes de noches blancas y de sol cegador. Una desquiciante subversión de los ritmos diurnos. Era incluso peor que el invierno, cuando el mar se levantaba y embestía contra la base de la plataforma como si estuviera enzarzado con ella en una *vendetta*. En el norte no temen a la oscuridad. Están acostumbrados a ella, hasta cierto punto.

Fuimos a un casino, en el extremo oeste de la ciudad. El

edificio tenía el techo de hormigón y un aire municipal, anodino. Un sitio al que uno iría a satisfacer la necesidad de jugar, no a darse un capricho. En este país no se nos dan bien los casinos; son contrarios a los principios que inspiraron la grandeza de nuestra nación. Normal que en Aberdeen, una ciudad que aborrece el despilfarro, una ciudad que ha engordado a base de ahorro, se les dieran especialmente mal. El ambiente se notaba cargado. Las paredes, sin relojes, estaban decoradas con papel de terciopelo.

Said se acercó a la barra. Su compañero fue a la mesa de la ruleta y entabló conversación con un hombre que llevaba un traje rosa de tela fina. Tenía la cara prematuramente enrojecida y llevaba las mangas de la chaqueta subidas, en plan *Corrupción en Miami*. Le pegaba estar en el casino, con ese traje de corredor de apuestas y esa pinta tan cutre. Se callaron cuando llegué a su lado.

—¿Qué le estás diciendo a mi hermano? —pregunté—. Todo lo que quieras decirle me lo tienes que decir a mí primero.

—Este chico no es tu hermano —protestó el del traje rosa —. Fuimos juntos al instituto.

En el curso de la noche le había tomado cariño a mi mentira. Supongo que estaba acostumbrada a ser la hermana mayor de alguien.

—No le gusta hablar de mí, porque soy mayor que él. No nos relacionamos con la misma gente.

—Le estaba preguntando si ha oído el álbum de George FitzGerald.

—¿Quién es George FitzGerald?

Parecía el nombre del líder de un grupo.

—¿Estás de coña?

—No.

—Pues vienes de verlo.

Me encogí de hombros. Prestar atención a los detalles era cosa de adolescentes. Yo no escogía una discoteca por la música, ni empapelaba mi dormitorio con carteles de Dreamscape y Pandemonium. La conversación se reanudó a nuestro alrededor.

—Ese álbum es sobre su chica —dijo alguien.

—¿Qué hora es? —preguntó otro.

—A mí me suena todo igual —dije—. Como el *garage* de los noventa, que seguramente no recordéis porque sois demasiado jóvenes. Los productores de hoy… lo copian todo. Lo copian todo… chavales. Su versión de esa canción dominicana, ¡es la canción original! Lo sé porque la tenía, en una cinta de Stu Allan de 1995. Es la misma.

Me había pasado la primera década del nuevo milenio quejándome de que la música ya no era tan buena como antes, y los últimos tres o cuatro años alarmada por la velocidad a la que saqueaban mi pasado. Cuando oía la música de ahora sentía una especie de vértigo, como si los veinte años transcurridos desde entonces se hubieran borrado. Como si no hubiera pasado el tiempo. La música *garage* absorbía todo lo bueno que se había hecho antes (la suave elegancia del *house*; la tristeza y el anhelo del primer *hardcore*) y en cierto modo lo mejoraba. Sonaba como un agujero en el corazón, como el dolor indescriptible de la vida que transcurre mirando siempre atrás. Nunca cuajó en el noroeste. Liverpool era demasiado blanco, estaba demasiado aferrado al compás de cuatro por cuatro.

—Me encanta el *garage* antiguo.

Said acababa de aparecer con las bebidas.

—Ya lo sé, cielo —dije—. Eso es porque tienes buen gusto.

Le pasé un brazo por los hombros y añadí:

—Por eso supe que seríamos amigos. Nada más conocernos supe que los dos seríais mis amigos. Tengo un pacto con mi mejor amiga: lo llamamos el cazamariposas de amistad, y cuando conocemos a alguien que nos gusta…

—Sí, sí —me interrumpió el compañero de Said—. Nos han contado muchas veces la historia del cazamariposas.

Me dolía la cara. Padecía de bruxismo, que es el lamento silencioso de la gente estresada. Rechinar los dientes y pasarme la noche diciendo chorradas no ayudaba a mi causa. Relajé la mandíbula. El compañero de Said se palpó los bolsillos y me dio un chicle.

—Tu amiguito parece un macarra —dije mientras masticaba.

—Es un macarra —asintió—. Exactamente.

—Creo que no deberías volver a hablar con él. Creo que no

deberías malgastar el dinero de la familia en algo tan tonto como la ruleta. ¿Por qué no juegas al Blackjack?

—¡Vete al carajo! No estoy en condiciones de contar las cartas. Casi no veo la mesa.

Empujó las fichas sobre el tapete de un barrido. El crupier nos avisó y todo el mundo dio un paso atrás y se quedó mirando la ruleta. La bola empezó a girar por el resalte. El efecto de la pastilla se había agotado y ahora sentía un cosquilleo de alegría, pero al dar el paso atrás noté un subidón, se me nubló la vista y vi que la mesa se me echaba encima, con sus arcanos números blancos codificados como las letras de la güija y su tapete de un verde irreal. Dicen que François Blanc hizo un pacto con el diablo para conocer los secretos del juego. ¿Qué secretos esconde? Todo el mundo sabe que la probabilidad de acertar es mínima.

Seguía con el brazo en los hombros de Said, y noté que se tensaba, como si fuera su dinero y no el de su amigo el que estaba en la mesa. La bola terminó su última vuelta y se detuvo en su casilla con un chasquido. El compañero de Said se volvió hacia nosotros con tal sonrisa de triunfo que tardé un momento en darme cuenta de que había perdido. Se cubrió la boca con la mano, como una chica de anuncio que finge susto, y nos la tendió a continuación. En la palma tenía una pastilla partida en tres.

Apostamos y jugamos. Nos imaginamos que tenemos lo que hay que tener para ganar a la banca.

Una noche estaba en el bar y una chica vino a sentarse a mi lado, así que retiré el abrigo de la silla. Se rio de mí porque el abrigo era rosa. «No es rosa, es ciruela claro». Una chorrada. Para romper el hielo. Follé con ella de una manera que con mi mujer no puedo. La lancé por la habitación. La estrangulé un poco. Es otro rollo, más animal. Solo la he visto un par de veces, pero cuando estoy en la plataforma hablo con ella más que con la parienta. No sé si la echo de menos, aunque echo de menos las cosas que me dice. Me dice que parezco fuerte. Mi mujer no me dice esas cosas. Y no quiero decirle: «Oye, necesito que me digas esto»; y que ella me suelte: «Sí, estás muy bien», en plan robótico y tal. Pero necesito oírlo. Muchísimo. Me duele cumplir los treinta. Se me ha empezado a caer el pelo.

5. Tern

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

—Esas cosas no se preguntan. No puedes sentarte y empezar a hacer esas preguntas. ¿Es que no te das cuenta? Es un poco privado.

No era el chico galés el que hablaba, sino el que estaba sentado enfrente de mí. Tenía la mirada fría y clara de un asesino múltiple, pero me riñó como un maestrillo. Delante de él me sentía igual que en el colegio: huraña y reticente a que me corrigieran.

—Lo estoy entrevistando —expliqué—. Tengo que hacer preguntas.

Tenía una cicatriz profunda y curva que le cortaba un lado de la cara desde el párpado hasta la comisura de los labios. La piel era de un tono morboso, entre amoratado y amarillento, como un cardenal cuando empieza a borrarse. Se pasó la mano por la mejilla mecánicamente. Deslizó la mirada por encima de mi hombro y enfocó hacia otra parte, hacia un punto interior.

—En la guerra.

—No me mientas.

Se rio.

—Me caí de un árbol cuando tenía seis años.

—¿Y aterrizaste encima de una daga?

—Aquí no hay de esas. El árbol estaba en el borde de una cantera. Fui rodando hasta el fondo.

Era un martes, a la una y media de la tarde, y ya estaba medio borracha. Llevaba varias horas circulando por el bar, pagando bebidas, propiciando confidencias, como la anfitriona de un cóctel aburrido y exclusivamente masculino que ha tomado una copa de más. A estos tres hombres, pensé, podía clasificarlos por orden de hostilidad. Para el primero mi presencia era una imposición y quería que me largase. A su amigo, que acababa de volver de la barra con cuatro Southern Comforts y limonada y que por lo visto se había tomado al pie de la letra lo que le dijo el galés: «Pide lo que quieras», le daba igual. Y el galés, que en mi opinión era la fuerza dominante de la mesa, quería que me quedase.

Gracias a la naturaleza de este trabajo empezaba a entender

cómo debían de sentirse los hombres. Acercarse a un grupo, identificar al más receptivo y engatusarlo, sin pensar en lo que quisiera la mayoría. A las chicas nos enseñan a responder a las señales sociales más sutiles, a batirnos en retirada al menor indicio de ceño fruncido o brazos cruzados; a los chicos les enseñan a desarrollar una leve ceguera a las mismas señales. Aprenden a tragarse la vergüenza y a seguir hablando, como un vendedor en la puerta, cuando detectan un no suave. Para trabajar así —abordar a un grupo de desconocidos y sonsacarles cosas— necesitaba convertirme en una especie de híbrido. Tener el aspecto inofensivo de una mujer y el núcleo impenetrable de un hombre.

—¿Cómo te llamas, guapa? —preguntó el galés. Tenía el acento melodioso de la zona de The Valleys, justo en el otro extremo de la escala cromática del acento cantarín de Teesside, que era el mayoritario en el bar.

—Dunyazad.

—¡Vamos, anda! ¡Nadie se llama así!

—Yo sí.

—No me jodas. Nunca he conocido a ninguna Dunyazad. En la vida había oído ese nombre.

—Pues ya lo has oído.

—¿Tienes un boli? Escribe tu nombre para que yo lo vea. Tu nombre completo. No quiero perderme tu libro cuando se publique.

—Anótalo en el teléfono.

Me miró como si le hubiera propuesto que se lo grabara en la frente.

—No puedo. Mi mujer me mira el teléfono.

—En Londres es intolerable mirar el teléfono de tu pareja.

—Pues en Port Talbot es lo normal. Hasta tengo que mantener en secreto mi Facebook.

—¿Tienes una cuenta secreta de Facebook?

—Me gusta cotillear las fotos de la gente. Aunque no soporto el dramatismo que le dan.

—He notado que los hombres que «no soportan el dramatismo» suelen ser expertos en provocar situaciones dramáticas.

—Entonces ¿en Londres a las tías no les molesta que las engañen?

—No es que no les moleste. Les molesta, pero lo disimulan, porque quieren parecer francesas. Es un poco vulgar controlar los movimientos de tu chico. Como… dar una fiesta después de un bautizo.

Saqué un bolígrafo sin tapa del basurero del fondo de mi bolso, rompí una página del cuaderno y escribí Dunyazad Jones, con letra clara y redonda. Me quitó el papel de la mano, lo puso a la luz y lo miró con los ojos entrecerrados, como el cajero que comprueba un billete de cincuenta.

—¿Sabes qué, Dunyazad? Molan tus botas.

La verdad es que eran unas botas preciosas. Azul marino, rematadas a mitad de la pantorrilla con una pieza de ante suave que se doblaba hacia los talones, como unas polainas. Eran una reliquia de mi antigua vida, de cuando la belleza estaba disponible y todo, absolutamente todo, se podía negociar.

—Las llamaba mis patas de caballo. Porque con ellas parecía un percherón.

—¡No, no es verdad! —Volvió a mirarlas—. En realidad son bonitas. Como unas Uggs falsas.

—Son Chloé.

—Parece que se doblan hacia dentro, ¿no?

—No sé por qué me tomo la molestia de ponerme cosas bonitas aquí.

—¿No se suponía que ibas a preguntarnos por la plataforma?

—Eso es. ¿Dónde trabajas?

—No te lo voy a decir.

—Creo que soy capaz de adivinarlo. A ver… Has venido directamente aquí en helicóptero, y todavía no vas por la sexta ronda. Yo diría que eso significa… —Me di con el boli en los labios y entorné los ojos—. ¿En alguna de las Brent?

El galés sonrió.

—Eso es información confidencial.

—Voy a decir que trabajas en Tern. La misma región, el mismo clima.

—Vuelve a decir Tern.

—Tern.

—*Tarn*. ¿No eres un poco pija?

—No especialmente.

—No pasa nada, me gusta. Me gustan las pijas.

—¿Cómo es el curro?

Me miró tranquilamente. Tenía los ojos de color miel. Pelo, ojos y piel eran del mismo tono, y costaba distinguir sus facciones o formarse una imagen ordenada de la cara.

—Está bien —contestó.

—Es una mierda —murmuró el primero.

—Depende de cómo te lo montes. Yo nunca llevo mis problemas al trabajo. Hay gente que hace eso. Son los que terminan contando los días que faltan para volver a casa. Si no desconectas se te va la pinza. Hace poco, uno se llenó los bolsillos de llaves inglesas y se tiró al mar.

—Creo que ya me lo han contado.

—Puede. El caso sigue siendo el mismo. Si trabajas en las plataformas no puedes vivir una sola vida. Tienes que vivir dos.

—¿No te molesta estar fuera de casa?

—Si te soy sincero, amor, no. Soy un poco frío para esas cosas.

—Yo no entro en Facebook; me saca de quicio. Cuando veo a la gente que está fuera, haciendo lo que le da la gana, pienso: «La parienta ha vuelto a salir, y ha hecho tal y cual, y yo estoy aquí encerrado».

Era el segundo el que hablaba, el que había ido a por las bebidas. Yo estaba distraída por la leve tensión que detectaba entre el galés y su amigo, y casi me había olvidado de este otro. Me fijé bien en él por primera vez. Era como un andamio —alto, de hombros anchos y redondeados— y tenía la cara colorada y un gesto nervioso. Llevaba tatuado en el brazo un escudo de fútbol grande, tapado en parte por la manga de la camiseta, y con una frase debajo: *Nada serio*, en letra inclinada y florida.

—Muchos chicos de la Boro se pasan el día colgados del teléfono, discutiendo con sus novias. Es un drama constante. Siempre drama.

—No sé quién me contó que uno de la Beatrice machacó el iPad porque su novia iba a salir y no podía impedírselo —

señalé.

—Es duro —asintió el segundo—. Yo tengo mujer e hijos. La pequeña acaba de cumplir un año. Tenía un poco de tos y últimamente llora mucho de noche. La otra noche, mi mujer me mandó tres audios del llanto de la niña. Le pregunté: «¿Por qué cojones me mandas esto?». Y contestó: «Porque yo tengo que aguantarlo todas las noches».

—Y ¿qué puedes hacer si no estás en casa?

—Es como un ciclo. Ella se queda en casa y tiene que hacerlo todo sola. Si la pillo de mal humor cuando llamo, nos pasamos varios días sin hablar o discutiendo. Y entonces te peleas con todo el mundo en el curro, porque tienes la cabeza en el culo. Luego pides perdón y haces las paces. Esto suele pasar unas dos o tres veces en cada turno.

Lo vi tan deprimido que pensé que era mejor cambiar de tema, pero en ese momento no se me ocurrió nada que no tuviera que ver con el matrimonio.

—Es muy normal que te pelees con tu mujer cuando trabajas fuera. Es tan normal que hasta le han puesto nombre: el Síndrome del Marido Intermitente.

—¿De verdad?

—Sí. A los soldados les pasa lo mismo.

Pensé que estos hombres eran como soldados. Tenían que desarrollar la capacidad de desconectar. Su trabajo consistía en sostener la civilización. Se iban a los rincones más duros del mundo, y esto paradójicamente los endurecía. Les gustaba hablar de destinos difíciles y comparar quién soportaba las peores condiciones. En Angola los trasladaban al helipuerto en un convoy de todoterrenos con las lunas tintadas y les hacían tirarse al suelo por el camino. En Nigeria las plataformas tenían búnkeres en forma de ataúdes verticales. Si los piratas se hacían con el control, los trabajadores supuestamente tenían que encerrarse en los búnkeres, mirando hacia La Meca. En África se podía ganar mucho dinero, pero era peligroso.

En cierto modo se podía decir que eran como mercenarios. Las plataformas se parecían mucho a los barracones: eran mundos exclusivamente masculinos en los que brotaba la paranoia antifemenina. Intercambiaban anécdotas de mujeres

codiciosas y novias manipuladoras, de mujeres que se quedaban embarazadas para «cazarlos», que secuestraban a los niños y se los llevaban a otro país, que se divorciaban y los dejaban en la miseria, que se la pegaban con sus amigos. *No te preocupes por la parienta*, se decían unos a otros. *Ella no se preocupa por ti. Está muy ocupada follando con Leroy*.

Leroy es para los trabajadores del petróleo lo mismo que Jody para los Marines. Un personaje de la cultura popular; el civil indolente que se queda en tierra y se aprovecha de la ausencia del soldado. La manifestación de una ansiedad general, la manera de blindarse ante lo que pueda pasar en casa. Curiosamente (o no), Leroy, como Jody, suele ser negro, a pesar de que la mayoría de los trabajadores del mar del Norte viene de ciudades posindustriales generalmente blancas. Leroy, dijo uno de ellos, era el nombre que se usaba en todo el mundo. Había trabajado en Brasil, en Groenlandia, en Estados Unidos y en las Malvinas. En todas partes, los hombres hacían chistes con Leroy. ¿Por qué es negro?, le pregunté. ¿Tú qué *crees*?, dijo.

—Tienes una cabeza para la plataforma y otra para casa —añadió el galés—. Tienes que comunicarte de maneras distintas. En la plataforma hablas con brusquedad. No puedes permitirte el más mínimo error. No puedes huir de los problemas. Cuando te vas de allí necesitas un período de descompresión. En casa, la gente no lo entiende. Su realidad cotidiana siempre es la misma. Nosotros pasamos una temporada fuera de la realidad.

El sol proyectaba un cuadrante tenue sobre el aparcamiento. Algo en la inclinación de la luz en la ventana hacía que el local pareciese cargado de humo, a pesar de que a los fumadores los acorralaban fuera, en el patio de hormigón. El ambiente parecía teñido, como visto a través de un cristal de color tabaco. Mi teléfono se iluminó en la mesa, delante de mí.

—*Estoy aquí. Dónde estás???*

—¿Ya te vas? —preguntó el galés cuando me levanté del asiento.

—Tengo que recoger a mi novio.

—Que espere.

El primero negó con la cabeza, como si estuviera muy pendiente de mí y de mis maniobras furtivas.

—*Novio*. Debes de tomarnos por idiotas. Llevas todo el día entrándoles a los tíos. Te he visto. Creo que eres una puta.

—Cállate —dije, cuando ya estaba cogiendo el bolso—. Lo que tú creas no le interesa a nadie.

Caden me esperaba más o menos en el mismo sitio donde lo vi por primera vez. Igual que entonces, estaba ladeado por el peso de la bolsa. Me quedé un momento al lado del cajero automático, observándolo. Había ensayado mentalmente la escena muchas veces. Me había visto esperando en la sala de llegadas, erguida y seria, con un vestido negro de tirantes (el modelito con el que pretendía parecerme a Kim Kardashian en una cancha con Kanye West, en los tiempos inocentes de su romance; con perfilador de labios gris topo, el pelo recogido con descuido y aire de amor cándido). Me lanzaría a su cuello y lo abrazaría con fuerza, en silencioso reconocimiento de su sacrificio. Estaría muy callada, como él. Sería indecoroso manifestar demasiada alegría. Daba por hecho que él tendría cierta ambivalencia y estaba preparada para distintas reacciones: culpa, tristeza y algo de mal humor. Pero no estaba preparada para lo que vi.

Levantó la vista mientras me acercaba y sonrió. Las marcas de sus comisuras desaparecieron y se le formaron las consabidas arrugas alrededor de los ojos. Parecía tan contento como siempre. Arqueó las cejas, como si no diera crédito a su valentía. Lo había hecho. Había orquestado un atraco a su propia vida y le había salido bien.

Me tendió las manos.

—¡Mira!

Las miré. Tenía las manos bonitas, curiosamente delgadas y pequeñas, con los dedos esbeltos y las uñas ovaladas. Las manos de un hombre más alto, con un trabajo más delicado.

—¿Qué estoy mirando?

—¡Mira!

Me quedé mirando como una mema. Le temblaban las manos. El cuerpo de Caden vibraba a una frecuencia ligeramente superior a la de la mayoría y no era fácil decir si los temblores eran fruto de los nervios o de un exceso de energía acumulada. Por un momento pensé que era eso lo que quería

enseñarme: que estaba en tal estado que le temblaban las manos. Y entonces me di cuenta. No llevaba la alianza.

—¿Te resulta raro?

Se encogió de hombros a la vez que sonreía.

—No. En el curro no puedo llevarla de todos modos. Simplemente no me molesté en volver a ponérmela.

Salimos a la cola de los taxis. Caden no paraba de estrujarme la mano y sonreír con su sonrisa sesgada. Me acordé del primer día, de cómo sonreía cada vez que lo miraba. ¿Qué quieres que te diga? Lo que tú quieras. *A ver, no quiero decir tacos*.

Nos cruzamos con un grupo de hombres que iba a entrar en el edificio. Nos miraron un momento, con un gesto de alerta e interés. Estoy segura de que notaron que Caden estaba casado pero no conmigo. El reflejo oscuro de mi cara en las lunas tintadas del taxi lo proclamaba inequívocamente. No era la mujer de nadie. Mi vida solo era cosa mía. De repente, Caden tiró de mí y me besó. Moví la cabeza, sus labios me rozaron los pómulos, y el beso inesperado acabó en mi oreja. Me zumbó y me silbó el oído unos segundos. En el cielo, el sol se filtraba entre la niebla fina y gris. Era como si estuviéramos dentro del radio de explosión de una bomba.

—Yo no me atrevería a comprar eso.

—Nadie te ha preguntado —dije, mientras daba la vuelta a las zapatillas. Eran lilas, como con remolinos de flores estampadas—. Las Air Max One son un clásico. Tuve unas como estas a los quince años. Me las puse la primera vez que fui a la bolera. Con un Wonderbra y unas bragas de tela vaquera. Entonces podías ir a la bolera en ropa interior sin que nadie se metiera contigo. Desde que pusieron un bar todo ha ido de mal en peor.

Caden me miró, impasible. No le interesaba lo que hiciera yo a los quince años, cuando en las boleras no había bar. Ya había visto fotos mías y me aseguraba que ahora estaba más guapa. A mí me interesaba muchísimo su pasado; a él le aburría el mío. Esta fue una de las pequeñas desigualdades que acepté sin darle importancia. Cogió un par de zapatillas idénticas a las que llevaba puestas. Pensaba tirar las viejas a la basura en

cuanto llegáramos a casa. Me quedé pasmada cuando lo dijo. Yo las veía tan limpias y blancas como el primer día.

—¿Tiras las zapatillas a la basura cuando se ensucian? ¿Cómo Floyd Mayweather?

—Tienen que estar blancas —explicó—. No soporto las manchas.

Le encantaba ir de compras, pasear por el cubículo climatizado de Union Square o por el túnel brutalista y fresco del Trinity Centre y comprar cosas que no necesitaba, o mirarlas y dejar la compra para otro día. Tenía la manía de acumular —la caja impoluta, el producto flamante, intacto—, pero también le hacía ilusión pensar en cosas que quizá compraría más adelante. Así llenaba sus días con Rachel cuando estaba en casa. Delimitando zonas de adquisición. Comprando, gastando, consumiendo sin parar.

En John Lewis, descartó los estantes de polos y cazadoras de sport (*Tienen que ser de Ralph Lauren o de Hugo Boss*), pero se paró delante de un televisor de pantalla plana de cincuenta pulgadas. Le había impresionado muchísimo que yo no tuviera televisor. Él tenía ocho en casa: uno en cada dormitorio, uno en la sala de estar, otro en el cuarto de juegos, uno en la terraza y otro en el baño. Cuando le pregunté por qué tenía un televisor en el baño me miró como si fuera tonta de remate. Porque a veces, explicó, le apetecía ver la tele cuando estaba en el baño.

En la tienda de Apple se paró delante de unos relojes caros, expuestos en una vitrina.

—Igual intento sobornar a las gemelas —murmuró.

Como lo dijo más para sí mismo que para mí, el comentario no requería respuesta. Yo ya había sacado mis propias conclusiones sobre las gemelas (mimadas hasta un punto desastroso y obsceno), la educación que les daba Caden (mala) y qué pasaría si yo tuviera que hacerme cargo de ellas (las metería en una calesa y las mandaría directamente al sur, como al joven Jonathan Harker, a la Escuela Militar de Harrogate). Era posible que Rachel, consumida de rabia, no me dejara conocerlas nunca. Crucé los dedos dentro del bolsillo y conté los relojes que había en la vitrina. Seis: un número de mal agüero. Sí, me permitiría conocerlas, y antes de que acabara el año.

—¿Qué te parece? —preguntó Caden, volviéndose hacia mí.

—Piénsatelo un poco mejor.

—Es que si me gasto todo el dinero ella no podrá quitarme nada.

Dibujé un arabesco en el suelo con la punta del pie (la línea recta del deber; la curva de la belleza). Aún me costaba creer que Caden hubiera firmado un acuerdo vinculante sin comprobar lo que podría costarle anularlo, aunque supongo que en esto no era distinto de la mayoría.

—El divorcio no funciona así —le recordé.

Salimos de la tienda y dimos un paseo por la ciudad, arrastrados por cierto instinto doméstico hacia Belmont Street. Caden se paró una sola vez, para señalar la esquina donde un día lo detuvo la policía con varios chicos de la Murchison.

—Estábamos haciendo peleas de juguete. Uno de los chicos me levantó en el aire y me dejó caer. Estuve varias semanas lleno de moratones.

Vorias. En sus labios, la palabra tenía el deje alegre de un saludo nórdico.

—¿Quieres decir jugando? Pelea de juguete suena como a batalla entre muñecos y piezas de mecano.

—Nosotros lo llamamos así.

Me acordé de otras rarezas suyas. Hablaba con un sesgo pueblerino, una sintaxis rústica que yo siempre había atribuido a que nació al otro lado de los Peninos: *Derecho a la cama que voy*, decía. *Se acabó lo que se daba*.

—Yo creía que esa costumbre de los hombres, lo de jugar a pelear, era una excusa para atacarse en serio.

—Mis colegas nunca harían eso.

—¿Cuál es la diferencia, si acabas magullado de todos modos?

Con esta conversación habíamos llegado hasta el bar donde estuvimos la primera noche, cuando la nieve se acumulaba en las ventanas y caía en remolinos densos y silenciosos. La diferencia estaba en que ahora hacía sol y el olor a resina que desprendían los listones de madera de la terraza se mezclaba con el humo de los tubos de escape de la circunvalación que pasaba por debajo. Nos sentamos en el anexo acristalado, con

vistas a las copas de los árboles. El sol se filtraba entre el ramaje, dando a la luz una tonalidad verdosa. En la terraza, un *rottweiler* grande jadeaba debajo de una mesa. Tenía los ojos tristes y le goteaba saliva de las encías, oscuras como moluscos. Vio que lo miraba y me miró también. Su expresión me indicó que me quería como amiga, que le gustaría que nos conociéramos.

—Podríamos adoptar un perro —propuse.

Caden negó con la cabeza. Llevaba unas gafas de sol con cristales de espejo —otro artículo noventero que había vuelto a ponerse de moda—, y cuando lo miraba solo me veía a mí, ligeramente deformada por la curva de la lente.

—Buscaremos un cachorro.

—Yo quiero adoptar un perro.

—No sabes de dónde viene. Podría haber tenido malas experiencias con sus dueños anteriores. Podrían haberlo usado para pelear.

Siguió enumerando contingencias con los dedos.

—No sabes qué edad tiene. Podría estar enfermo. O ser imposible de educar. Podría morder a las gemelas.

O las gemelas a él, pensé. Cada vez que nombraba a las gemelas me acordaba de la máxima de mi abuela protestante: *Del pelo rojo nunca sale nada bueno*. Veía bailar la frase delante de mí, muy cerca de los ojos, desplazando cualquier otra respuesta razonable. Intenté recordar alguna banalidad sobre la infancia, sacar a colación alguna anécdota esperanzadora de mi pasado (un delincuente juvenil convertido en cirujano; un mindundi de la Ford que ahora dirigiera un fondo de inversión), pero no se me ocurrió nada. *Del pelo rojo nunca sale nada bueno*, seguía cantando mentalmente. *Del pelo rojo nunca sale nada bueno*.

—Me gusta la idea de adoptar un perro que haya tenido un mal comienzo en la vida. Mimarlo y darle toneladas de cariño. Compensar todo lo malo que le haya pasado antes.

—No voy a discutir por eso. Buscaremos un cachorro.

—Tú no quieres adoptar un perro para no perderte la ocasión de gastar un montón de pasta.

—No vamos a tener un perro de segunda mano.

—¿Y si yo te dijera lo mismo de los maridos?

—Eso es distinto.

—¿Sabes que hoy hace exactamente cuatro meses que estuvimos aquí?

—El tiempo vuela.

Extendí la mano para acariciarle el puño del chándal gris.

—Me gusta esto. Te pareces a todas mis fantasías de reformatorio hechas realidad.

—Me lo he puesto adrede.

El anexo empezaba a llenarse. El sol daba en los cristales y el ambiente se iba caldeando. Estaba lleno de plantas, como un invernadero. La respiración selvática de las suculentas impregnaba el aire de densidad. La forma de vestir de las chicas me recordaba a mi adolescencia: tops por encima del ombligo, pantalones anchos y vestidos lenceros. Solo que ahora la sombra de ojos era de color visón —que a la luz verdosa cobraba una tonalidad turbia— y se teñían el pelo de colores chillones: lavanda, azul claro, rosa dorado, menta. Los colores resultaban preciosos una vez que la vista se acostumbraba al artificio. Se balanceaban sobre los tacones como flores de tallos delicados o lánguidas versiones modernas de los ponis de plástico barato que yo coleccionaba de pequeña. Tenía la sensación de estar en un invernadero abarrotado de rosas.

Caden me cogió de la mano y me la besó.

—¿Sabes lo que me encanta de estar contigo?

—¿Qué?

—Es como estar de vacaciones. Ni siquiera cuando voy de vacaciones…

No terminó la frase. ¿Acababa de darse cuenta de que probablemente no volvería a ir de vacaciones con sus hijas? ¿O se censuró, por delicadeza? Su aspecto no era el de un hombre que contemplaba la destrucción total de su vida familiar. Seguía sonriendo, tanto que daba la sensación de que debía de dolerle.

—No será siempre como ahora. Tenemos que encontrar un sitio donde vivir.

—Encontraré algo bonito para nosotros. Te lo prometo.

—Yo tendré que buscar trabajo.

—No quiero que te preocupes por eso. Yo gano suficiente

para los dos. Antes me ocupaba de Rachel. Ahora voy a ocuparme de ti.

—¿Te imaginaste alguna vez que pasaría esto?

—No. Pero mi madre sí. Sabía que no era feliz con Rachel. Me dijo que intentaba convencerse de que lo era, pero en el fondo sabía que no.

—¿Me odiará?

—Se va a enamorar de ti. Como todos los demás.

—¿Tienes una foto suya?

Cogió el teléfono de la mesa y me lo acercó para enseñármela.

—Mi madre. Mi abuela. Mi tía Tessa. Mi tía Karen. Mi tía Val. Nuestra Leanne. Nuestra Madison. Nuestra Courtney. Nuestra Jade.

Fue pasando las fotos de un harén familiar, de mujeres congeladas en cariñosa actitud de amistad femenina: posando con vestidos de sirena a la puerta de unos aseos pintados de rosa, o puestas en fila en un salón, con las copas de champán en alto y las puntas de los pies hacia fuera, como a punto de ejecutar un paso de baile a lo Bob Fosse. Su madre tenía la misma barbilla delicada y fina, y los mismos ojos de perro esquimal. Mejor dicho, él los de ella. Parecía ridículamente joven, como si la expresión *milf* se hubiera acuñado para ella. Siempre me había imaginado Stockton-on-Tees como un sitio estrictamente femenino, como el reverso de Aberdeen, con todos los hombres en edad de casarse trabajando en las plataformas. Viendo las fotos de Caden era fácil pensar que efectivamente era así.

—¿No hay hombres en tu familia?

—Solo mi padre. Están separados.

—¿Lo sigues viendo?

—Cuando vuelve por allí. Trabaja fuera.

Fuera. Caden rara vez especificaba lugares concretos. Hablaba de espacios de antimateria urbana, definidos únicamente en relación con Stockton-on-Tees: lo que no eran.

—¿Cómo es?

—Es majo. Ahora se le ha ido un poco la cabeza. No tiene quien lo lleve por el buen camino.

—¿Echa de menos a tu madre?

—Volvería con ella mañana mismo.

—¿Ella lo echa de menos?

Se rio. Tenía una risa que llamaba la atención, profunda y sonora. Era más profunda que su voz, que apenas traspasaba la esfera física de su espacio personal.

—¡No! Aguantó hasta que cumplí los dieciséis. Y luego…

—¿Superó su umbral de dolor?

—Dice que ojalá lo hubiera dejado la primera vez que lo pensó.

Dieciséis años era la edad en que nuestras respectivas trayectorias vitales se bifurcaban y alejaban en direcciones contrarias. Yo seguí estudiando; él dejó los estudios y se fue a vivir a la otra punta del país. Trabajó en fábricas, plantas eléctricas y refinerías de petróleo; se alojaba en pensiones baratas o habitaciones encima de un bar. Un día se desmayó en el trabajo. Lo llevaron al hospital y le encontraron un coágulo de sangre en el cerebro. Cuando se despertó después de la operación —con un cuarto del cráneo afeitado y dos incisiones en el cuero cabelludo sujetas con grapas—, era su casera, no su madre, quien estaba al lado de su cama. Escuché la historia con la boca entreabierta y caída en una «o» de compasión. Tal como él la describía, su vida era una larga serie de privaciones y dificultades, como la de un soldado confederado, solo que con menos tambores y más helicópteros.

—Qué ganas tengo de conocer a tu madre —dije.

Se pasó una mano por el brazo con aire distraído. Supe, sin necesidad de mirar, que se estaba tocando el tatuaje con el nombre de su mujer escrito en cursiva.

—Antes tengo que quitarme esto.

—Tu madre sabe que estás casado. Basta con que le digamos que ya te habías separado cuando nos conocimos.

Una chica con el pelo lila pasó por delante de nosotros, dejando una estela de perfume. Caden la siguió con la mirada.

—Estarías muy bien vestida así —observó—. Tenemos que ir al hipódromo. Me pondré traje y chaleco. Tú puedes llevar un vestido y tacones. Te compraré uno.

Fruncí el ceño. Mi parte insegura e infantil frunció el ceño.

—¿Qué tiene ahora de malo mi forma de vestir?

—Nada. Pero todo el mundo se viste bien para ir al hipódromo. Yo me pondría traje y chaleco. Tú un vestido y tacones. Estaríamos *elegantes*.

—Yo no uso tacones. Son una conspiración contra las mujeres. Con tacones no puedes correr para huir de los hombres.

Me atrajo hacia él. Desprendía un olor dulce. A loción para después del afeitado y a suavizante de la ropa. A cerveza con tequila en el aliento. Y, debajo, al azúcar absoluto de su piel.

—Y ¿por qué querrías huir de mí?

La noche creció poco a poco a nuestro alrededor hasta envolvernos. Resultó que la arrogante generalización que hice en el casino era cierta. La música que ponían en los bares se parecía efectivamente a la de la primera época de la música *garage*, tanto que se podía mezclar con ella. La diferencia estaba en que la de ahora tenía los pianos exultantes típicos del *house*, esas atronadoras repeticiones al estilo italiano que normalmente gustan a los jóvenes de las ciudades posindustriales y que yo siempre, sin saber por qué, había definido como sonido del noroeste. Estos acordes seguían produciéndome un vuelco de tristeza en el pecho, la sensación de que Londres me había convertido en una exiliada en mi propio país. En Aberdeen tenía la sensación de que la vida fuera de la capital era tan variada y continua como en ella. Más, en realidad. Y acababa de perder mi casa. Aunque esta pérdida convertía el amor de Caden en el principio rector de mi vida. Al menos en ese sentido, él era mi casa.

En el apartamento dejábamos las ventanas abiertas. El aspecto de Caden cobraba una cualidad mutable y genérica a medida que la luz declinaba. Sin el chándal y casi en la oscuridad podría ser cualquiera de mis novios de la adolescencia. Con él había vuelto definitivamente al mismo tipo de chicos, aunque era un tipo tan antiguo que casi me había olvidado de que era ese el que me gustaba. El sexo también tenía un sabor adolescente, por lo torpe y caótico, y yo no sabía decir en qué fallaba o cómo arreglarlo. Habían pasado veinte años desde que tiré la virginidad a la basura en un descampado, con la misma

ceremonia de quien vuelca una nevera vieja en un vertedero, y mis respuestas sexuales seguían siendo un misterio para mí.

No podía decir lo que quería, porque lo que quería estaba muy dentro de mí, más allá del lenguaje, en un registro que se perdía por completo al traducirlo. Me faltaban las palabras como nunca me habían faltado, y recurría a un críptico sistema de molestos silencios y gestos de disculpa que Caden intentaba descifrar, pero no podía. Cuando estaba lejos de él me volvía una masturbadora empedernida, una corresponsal obsesionada y viciosa. Cuando estábamos juntos me sorprendía maquinando, tratando de evitarlo. Pero no había forma de evitarlo. El sexo era parte del pacto que hicimos el día que se fue a casa, cuando llamó para darme el parte y, con la voz temblorosa, me dijo: *Más vale que me quieras después de todo esto*. Yo lo quería, y encontraba cierto placer en su placer, en contemplar su belleza blanca en el espejo del armario y estudiar detalles que después intentaba recordar. El pelo sudoroso y tieso. La doble textura de la piel. Los huecos entre los dientes, visibles cuando abría la boca.

En ese momento me tapó la boca con la mano, la señal, en parte establecida y acordada desde nuestra primera noche, de que estaba a punto de correrse. Mis primeras impresiones de él no habían cambiado; era evidente que se empalmaba más que otros hombres y que la erección le duraba más tiempo. Busqué con la lengua, entre sus dedos, la alianza que ya no llevaba. Aún notaba el sabor del metal, pero era el de mi propia marca ferrosa: estaba en los últimos días de la regla. Sus labios se movieron en el espejo. Me pareció que decía algo.

—¿Qué?

—Tu coño. ¡Qué tenso está!

Antes me gustaba que dijera esas cosas. Últimamente me deprimía. Me hacía pensar en lo imposible, en el arco del deseo masculino, como un grabado de Escher; en la obsolescencia programada del cuerpo femenino. Cuando un hombre amaba a una mujer quería que ella fuese la madre de su hijo. Y cuando ella le daba ese hijo, él se lo agradecía follándose a otra mujer más nueva, con la vagina poco usada y el cuello del útero todavía intacto. En mi expresión se veía algo de esto. Lo sabía,

porque me veía en el espejo. A él le gustaba mirarnos. A mí no tanto. Había en la superficie del espejo algo que distorsionaba nuestro reflejo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada.

—¿Estás preocupada?

—Puede.

—¿Por qué?

—Cosas.

Se movió para salir de mí. Seguía empalmado, pero di por hecho que había terminado. Noté en el muslo un hilillo de semen que se enfriaba deprisa.

—No tienes que preocuparte por nosotros. Quiero estar contigo para siempre.

—Seguro que a Rachel le dijiste lo mismo alguna vez.

—No se lo dije.

—Estoy segura de que está en los votos matrimoniales.

Me abrazó de la cintura y me apretó contra él. Desprendía tanto calor que era muy incómodo compartir la cama con él en verano. Tocarle una pierna o la franja de piel de debajo de las costillas era como rozar un radiador.

—Deberíamos tener un hijo.

Tenía los labios cerca de mi oído, y más que oír las palabras las sentí. Me despertaron un cosquilleo en la piel.

—¿Eso lo dices porque casarte y tener hijas te salió tan bien la última vez?

—Contigo sería distinto.

—Sí. Sería una madre horrible.

—*Cuidadito*. Serías una madre genial.

Parte de mi fascinación por Caden radicaba en que yo había sido capaz de eludir las responsabilidades a lo largo de toda mi vida adulta. En su pueblo, las mujeres a los veinticinco años ya habían formado una familia.

—Sería incoherente y tendría muy poca paciencia. Y no podría ayudarle con los deberes de mates.

—Las mates eran lo que mejor se me daba en el colegio.

Me volví a mirarlo. Tenía las pupilas grandes y brillantes. Solo se veía un aro azul finísimo alrededor del negro. Parecía

drogado. A lo mejor lo estaba. En toda relación hay secretos. Zonas de omisiones y engaños, como las manchas borrosas de un escáner.

—Tendría un pelo horrible. Fino y ondulado. La peor combinación.

—Sería una pijita, como su mamá. Bajita, como su papá. Despeinada, como los dos.

Nos quedamos un rato en silencio, atentos a los graznidos de las gaviotas. Pensé que así era más o menos como me imaginaba con él cuando mi ambición de poseerlo era irresistible y mi único sostén, la fe en lo que él me decía y la sospecha de que estaba más solo de lo que dejaba ver. La despedida. El abandono. Lo veía desaparecer detrás de la esquina del control de pasaportes y mi desesperación crecía hasta el punto de amenazar con desbordarse y arrasarlo todo.

Entonces iba a sentarme a los lavabos, donde el único testigo de mis lágrimas era un cartel de reclutamiento, con un juego de palabras, pegado en la puerta del cubículo: (¿No te animas a descargar?) y me atormentaba pensando en lo que podía pasar. ¿Y si tenía un accidente de helicóptero, o si inhalaba una nube de gases tóxicos, o si resbalaba en una pasarela y se caía al mar? ¿Y si su mujer nos descubría, o él perdía el interés por mí, o decidía que el riesgo era demasiado alto o la recompensa demasiado escasa? ¿Y si, y si?

Llorar por un hombre casado cuando ya te has liado con él es como pillarse los dedos con la puerta de un coche y quejarse después de que duele. Pero dolía, cada vez más. El dolor era una parte inseparable de nuestro plan, hasta el punto de que a veces me preguntaba qué sería de nosotros sin él. Y ahora no había dolor. Aunque esta clase de dolor nunca llega a erradicarse del todo. Es como un virus que no para de transmitirse.

—¿Te alegras de que nos hayamos conocido?

—Sí. Me alegro de que me desvalijaran. Me alegro de haber perdido mi libro. Me alegro de haber venido aquí. Si no, nunca te habría conocido.

Este era nuestro catecismo, nuestro himno a las fuerzas del destino: lo recitábamos antes de acostarnos y antes de despedirnos, por teléfono o en mensajes de texto. Cada cual se

sabía su papel y recitaba su parte.

—¿Tú te alegras de que nos hayamos conocido?

—Sí. Me alegro de haberme quedado tirado ese día. Me alegro de que tú te acercaras a hablar conmigo. Me alegro de que ese chico te insultara, porque gracias a eso pudimos pasar la noche juntos.

Yo creía que nunca iba a acostumbrarme a tenerlo en mi cama. Me parecía un milagro que estuviera allí en ese momento y que siguiera allí no solo al día siguiente, sino un número ilimitado de días que se perdían en el futuro.

Yo había dejado de perfumarme el pelo con ámbar y nardo.

Había dejado de escribir nuestras iniciales en el vaho de la mampara de la ducha y de rodearlas con un círculo.

Dormía desnuda y respondía a sus mensajes al instante.

Estaba en racha, y los que van ganando no tienen necesidad de ocultar nada. Había conseguido lo que quería, lo que esperaba en secreto desde el día en que nos conocimos. Y lo único que tenía que hacer era no perder la calma.

A mí nadie me ata en corto. Llevo toda la vida currando fuera. Llevo ocho años en este trabajo. Empecé nada más cumplir los dieciocho. Fue mi primer trabajo. No sé hacer otra cosa. Cuando empezamos a salir fue ella quien tuvo que adaptarse a mi modo de vida, no al revés. Voy de país en país; puedo estar nueve o diez semanas fuera de casa. Cuando vuelvo, me paso los primeros cuatro días con el teléfono apagado, sin verla. La llamo para saludar, claro, pero nos peleamos. Me cuesta mucho acostumbrarme a estar en casa.

6. Campo Brent

—¿Por qué te tienes que ir?

—Si no voy ahora no tendré otra oportunidad de hablar con él.

Caden estaba planchando un polo, con cara de pena. Si le había impresionado que yo no tuviera televisión, le escandalizó enterarse de que tampoco tenía plancha, y esa misma mañana salió a poner remedio a la situación. Planchar era un *leitmotiv* recurrente en sus historias. Seguía dolido con Rachel, porque cogió toda su ropa, hizo una bola y la metió en bolsas de basura.

—No habría venido de saber que no estarías.

Se había presentado en la puerta el día anterior, sin avisar. Nadie de la ciudad sabía mi dirección, por eso cuando sonó el telefonillo me asomé a la ventana. Vi un Range Rover blanco aparcado delante de la casa, con el motor en marcha. Al lado de la puerta estaba Caden, con la bolsa de viaje en el suelo. Bajé las escaleras corriendo, como si lleváramos separados meses en vez de días.

—No lo sabía, no lo sabía —empecé a decir, como una niña, cubriéndole de besos un lado de la cara—. No sabía que venías.

—Ya lo sé —dijo mientras me hacía retroceder, con la mano en mi garganta. Me di en la cabeza contra la pared, y sonó un poco—. Esa era la idea.

Le gustaban este tipo de situaciones, cuando él sabía algo y yo no, y podía aparecer como por arte de magia y cambiar el rumbo de mi día. Le gustaban las sorpresas, las muestras de grandeza y las decisiones espontáneas; era caprichoso. Como el Señor Sapo de *El viento en los sauces*. A mí también me gustaban las sorpresas, pero me costaba entretenerlo. Tenía la sensación de haberme llevado a casa a un animal salvaje: me emocionaba verlo fuera de contexto y a la vez me sentía culpable por no tener los medios para que se sintiera cómodo.

Nunca había conocido a nadie que se aburriera tan fácilmente o que tuviera tanta dificultad para entretenerse. No tenía ningún interés aparte del gimnasio. Conocía a un par de tipos en Aberdeen (a veces, cuando íbamos por la calle, saludaba escuetamente a alguien con la cabeza), pero de

ninguno podía decirse que fuera su amigo. Los únicos libros que leía eran biografías de barones de la droga y capos de la mafia (y en mi casa había poco de eso); las únicas películas que veía eran documentales sobre la vida de *hooligans* famosos. Fuimos al cine una vez, a ver la nueva de *Mad Max*, pero se levantó un montón de veces a por cerveza, palomitas y caramelos, y se perdió la mitad de la película. En los restaurantes se encontraba visiblemente incómodo, se ponía colorado y se quedaba mudo mirando la carta, recorriendo la página con un dedo como si estuviera escrita en braille. Estaba en buena forma, pero era urbanita hasta la médula, y puso mala cara cuando le propuse ir de excursión al campo. Me hizo gracia descubrir, en esa misma conversación, que casi no sabía nadar. Se quedó desconcertado cuando le pregunté si no se había equivocado de trabajo. «Mi trabajo no consiste en nadar», contestó.

Llegamos al acuerdo de alquilar un coche para ir a las Highlands. Paramos en Cairn Gorm y subimos a la cumbre en el funicular. Una cortina de niebla congelada se desprendía de la montaña y caía por la cascada como una masa de hielo seco. El cielo tenía el color amarillento que normalmente presagia nieve. En aquellas alturas el año no tenía estaciones.

El vagón empinado empezó a moverse hacia atrás y se adentró poco a poco en la niebla por la estrecha ladera. Por la ventanilla desfilaban paredes de sílex y líquenes. Caden iba a mi lado, irradiando la muda satisfacción de quien demuestra que tenía razón. Él quería ir de compras otra vez, y yo me empeñé en que ir de excursión sería más divertido. A lo mejor veíamos una liebre o una perdiz de las nieves, le dije, para engatusarlo. El funicular se detuvo y las puertas se abrieron con un silbido. Salimos y nos quedamos en la plataforma del mirador. Me asomé a la barandilla, mareada por la altura. No había liebres ni perdices de las nieves. Solo había una ladera pedregosa, con parches de musgo y de vegetación doblada por el viento. La montaña proyectaba una sombra profunda, y los campos, a sus pies, parecían malditos, como sumidos en un invierno perpetuo. Hacía mucho frío.

—¿Nos vamos a casa? —propuse.

Caden tenía una expresión inescrutable tras las gafas de

espejo.

—Por mí no te preocupes. Lo que tú quieras.

Cuanto más tiempo pasaba con él, más notaba esta maleabilidad suya. Era como el agua. Adoptaba la forma de la persona con la que estuviera en cada momento. Al cabo de unos días conmigo, repetía mis opiniones como un loro. Al cabo de unos días en su casa, volvía lleno de ideas nuevas, supuestamente copiadas de su familia. Empezaba a darme cuenta de que, en buena parte, lo que yo había tomado por su personalidad eran en realidad cosas que yo soñaba en sus largas ausencias. Del mismo modo que rellenaba su óvalo facial, como un papel en blanco, con rasgos parecidos a los suyos pero no suyos, había creado un personaje a partir de él, sutilmente distinto. No era fácil conocer su verdadera personalidad. No tenía principios ni ideología política. No había nada por lo que estuviera dispuesto a dar la vida en una trinchera, ni bando al que valiese la pena defender, aparte de sí mismo. Cosa atípica en un hijo único, no solo no le gustaba su propia compañía sino que al parecer la temía, y la perspectiva de pasar tiempo solo le daba pánico. Aunque en teoría apoyaba mis proyectos, en la práctica me impedía trabajar.

Se puso la camisa y se acercó a la ventana. El aire centelleaba. Los edificios del otro lado de la calle parecían de plata. La piedra tenía una pátina, una veta metálica que únicamente se manifestaba cuando la luz del sol era muy fuerte.

—La calle tiene pinta de ser un horno.

—Sí, hoy va a hacer calor.

Lo abracé por la cintura y le apoyé la barbilla en el hombro. Él me apretó el brazo un momento y aflojó la mano.

—No tardes —dijo—. Te voy a echar de menos. El hombre con el que había quedado trabajaba en el campo Brent. Se parecía un poco a Mary la Tifosa, la cocinera famosa por propagar el tifus, en que había salido ileso de varios accidentes en las plantas en las que había trabajado. Se alojaba en un hotel grande y anónimo, detrás del cruce de Holburn. El vestíbulo era un salón de columnas, con varios pisos de altura. Las ventanas estaban cubiertas por una especie de malla que tamizaba la luz y daba a todo una tonalidad neutra y fresca. Me senté a

esperarlo en una mesa con asiento corrido, tapizado del mismo color indefinido y neutro. En las paredes había un par de obras de arte abstracto, como si hubieran salpicado el lienzo, y el mostrador de recepción, largo y semicircular, se encontraba al fondo. Veía pasar a la gente por el hueco en sombra, detrás del mostrador, como tramoyistas entre bastidores. Nadie parecía dispuesto a salir a la calle.

Habíamos quedado a través de un conocido común, y esta conexión, sumada al aire ligeramente empresarial del hotel, me hizo sentir como si fuera yo la entrevistada. Al cabo de un rato, un hombre salió del ascensor. Era bajito y de constitución muy fuerte, pelirrojo y con barba. Tenía las mejillas redondas y sonrosadas, y los dientes desplazados hacia el labio superior le impedían cerrar la boca del todo, lo que le daba un aire intrigante. Se sentó enfrente de mí y se frotó las manos, no sé si denotando expectación o por sus ganas de entrar en calor. El aire acondicionado estaba muy fuerte.

—Así que tú eres la escritora.

Asentí tímidamente.

—A veces he pensado que debería escribir un libro.

—Deberías —dije—. ¿Por qué no?

Era mi respuesta por defecto a una afirmación que oía como mínimo una vez al día, a veces más, y lo contrario de lo que pensaba. Lo que pensaba en realidad era que si la gente supiera lo difícil que es, nadie lo intentaría, que debía de haber una conspiración de silencio entre los autores, viendo lo extendida que estaba la creencia de que todo el mundo llevaba dentro un libro que escribir. Normalmente, en este punto de la conversación, quien hablaba de escribir un libro decía que en realidad no tenía tiempo, yo coincidía en que requería mucho tiempo y cambiábamos de tema. Pero este hombre me sorprendió cuando puso tres fundas de plástico encima de la mesa. Eran tres relatos de su vida; podía utilizarlos o no, como quisiera. Había tardado varios días en escribirlos y el proceso le había resultado curiosamente terapéutico, o sea, que en cierto modo ya habían servido para algo.

—Aunque solo sea eso, a lo mejor te ríes un poco —añadió.

Le di las gracias y guardé las fundas en el bolso. Le

pregunté adónde iba esa tarde. A Brent Charlie, contestó, con una mueca. Dos horas y media en el helicóptero. Tres, si el viento venía de cara. Si tenía la mala suerte de sentarse al lado de un grandullón —y por alguna razón había muchos en el campo Brent—, se pasaba el vuelo en el filo del asiento. De la Charlie iba a la Alpha. Era fontanero y tenía un trabajo itinerante, es decir, que en un turno recorría las cuatro plataformas.

—¿Cuál es tu favorita? —pregunté, distraída. Estaba pensando en voz alta, como hacía aquellos días cada vez más a menudo, pero me sorprendió por segunda vez, respondiendo a mi pregunta con más seriedad de la que merecía.

—Probablemente la Alpha. Es pequeña, no hay tantos tíos, y la acaban de remodelar. Antes me gustaba la Delta. Ahora mismo la están desmantelando, y dentro de seis meses le habrán cortado las patas. Y se acabó la Delta.

—¿Cuál es la peor?

—La Charlie es donde hay más gente y tiene un gimnasio muy pequeño. La Bravo es mal sitio para los gilipollas.

Hablaba con voz adormilada y baja, como si se arrullara con sus susurros. Algunas frases se diluían hasta quedar en nada. Otras veces hacía una pausa antes de retomar el hilo donde lo había dejado.

—La mejor plataforma en la que he trabajado nunca era la Lomond. Siempre había buen ambiente. Puede que la Tartan fuese la peor. En la Tartan los camarotes eran de cuatro literas y una cama nido, para una quinta persona. Había tres tíos de día, dos de noche, y un baño para dos camarotes. Diez personas y un solo baño. Llovía sin parar. También he trabajado en la Claymore. Esa plataforma es un desastre.

No sabía si elegía las palabras deliberadamente.

—James me contó que estuviste en la Piper Alpha.

—Sí. Solo una vez. Tenía veinte años y estaba entusiasmado con la idea de ganar ciento ochenta libras por hora. Era una plataforma inmensa, un trasto viejo y oxidado ya entonces. Es como bajar de un bus y verlo despeñarse por un acantilado. Piensas: «He estado ahí, y ahora está en el fondo del mar». Te has salvado porque Dios lo ha querido. Y leía los nombres, para

ver si encontraba el de algún conocido. Mi antiguo jefe, Jim McCulloch… estaba en la lista.

Suspiró y miró a lo lejos. Una camarera había salido del fondo del vestíbulo. Llevaba una túnica holgada y oscura, y unos pantalones que le cubrían los zapatos, lo que le daba un aire como de ir deslizándose sobre ruedas. Tomó nota del pedido y volvió hacia el mostrador. Cuando la perdimos de vista, mi entrevistado retomó la palabra.

—Ahora hay una apariencia de seguridad, pero la visión que tiene una multinacional de la seguridad en África Occidental es distinta de la que tiene en el mar del Norte. Ves fotos de tíos soldando con los ojos envueltos en film transparente. Si alguien tiene un accidente en África no sale en las noticias ni afecta al precio de las acciones. ¿Te parece demasiado cínico?

—Le preguntas a la persona equivocada.

Sonrió, enseñando unos dientes grandes y redondeados. Muchos de los hombres a los que había entrevistado parecían envejecidos por la dureza del trabajo, pero este irradiaba salud. Si había trabajado en la Piper Alpha, debía de andar cerca de los cincuenta, como mínimo, aunque en la penumbra del hotel parecía casi atemporal.

—Hemos visto muchos muertos en las Brent a lo largo de los años. Tuvimos el desastre de Chinook… cuarenta y cinco personas que habían salido de la Brent Delta. Dos hombres perdieron la vida entre las patas de la Brent Bravo... En la última recesión.

Explicó que las petroleras tenían la obligación de aportar a la red unas cantidades determinadas de petróleo y gas. Si no cumplían incurrían en sanciones. Pero hay una tensión constante entre la producción y el cumplimiento. Las plataformas se fatigan con el paso del tiempo. Castigadas por la acción de los elementos, sus estructuras requieren un mantenimiento constante. El mantenimiento rutinario normalmente obliga a interrumpir ciertas operaciones, por eso las compañías aprovechan los momentos de recesión para hacer reparaciones rápidas. Se supone que en 1999 Shell tenía un protocolo conocido como Touch Fucks All (Tocar lo jode todo).

Por lo visto los permisos llevaban garabateadas las siglas TFA, para indicar a los trabajadores que dejasen en paz la maquinaria antes que arriesgarse a apagarla (aunque Shell lo negaba). Shell encargó una auditoría interna, que corroboró las alegaciones y recomendó una intervención inmediata. Pero al responsable de la auditoría lo trasladaron, y el informe no volvió a salir a la luz hasta el año 2006, poco antes de la investigación por el accidente que causó varios muertos en la Brent Bravo.

Un día, dijo, enviaron a dos trabajadores hasta el fondo de una de las patas de la Brent Bravo para examinar una fuga en una tubería. En ese momento había muchas tuberías con fugas en la plataforma. Muchos agujeros y muchos materiales en mal estado. El fondo de la pata era un hueco apestoso y horrible. Lleno de humedad y con escasa iluminación. Tenían que trabajar de pie, sobre la rejilla que cubría el depósito de las aguas residuales, y parchear la fuga con un trozo de neopreno y una abrazadera. Lo que no sabían era que la sustancia inodora y de color claro que se escapaba de la tubería era hidrocarburo líquido. Al llegar al depósito empezó a evaporarse y los envolvió en una nube de gases.

Las alarmas se activaron y las válvulas diseñadas para expulsar los gases de la planta y empujarlos hacia arriba, hacia la antorcha, entraron en funcionamiento. Todas menos una, que falló. El sistema no se revisaba desde hacía algún tiempo. Para revisar hay que tocar. Los dos trabajadores intentaron subir por las escaleras, pero estaban a demasiada profundidad. Se asfixiaron en cuestión de minutos.

Se declaró a Shell culpable de fallos en la seguridad y se le impuso una multa de novecientas mil libras, algo menos de lo que la compañía ganaba en una hora. No se presentaron en los tribunales pruebas concluyentes del protocolo TFA, pero la compañía reconoció: «Queda mucho por hacer».

El fontanero se quedó callado y miró hacia la calle. Pasaba gente: pálidas siluetas al otro lado de la malla. Se oía el leve zumbido del tráfico en el cruce de Holburn.

—Hubo otro —continuó—. Hace unos años. En la Delta. Un hombre se llenó los bolsillos de herramientas y se tiró al mar.

Me quedé mirándolo, con la boca entreabierta como él, por

simpatía.

—Me han contado esa historia muchas veces. Creía que era una leyenda urbana.

—Pues no. Es verdad. Yo lo vi media hora antes. Me crucé con él en el pasillo y lo saludé: «Hola, Jimmy, ¿cómo vas?». Ni siquiera me miró. Pasó de largo. No le di importancia. Al cabo de un rato empezaron a dar avisos por megafonía. Lo llamaban para que pasara por la oficina de administración de helicópteros. Y yo dije: «A lo mejor se ha tirado al agua». En broma, claro. ¿Te imaginas cómo me quedé después? Cuando sonaron las alarmas: *Hombre desaparecido*. Luego salió todo a la luz. Estaba obsesionado con el dinero. Hacía muchas horas extras. Bueno, esto lo sé de oídas. Pero era lo más tacaño del mundo. El dinero lo era todo para él. Creo que eso influyó. Su mujer lo había dejado y ella se iba a quedar con la casa. Esto lo volvió loco. Tal vez pensó que si se mataba, ella se quedaría sin nada. El seguro no paga en caso de suicidio.

—El divorcio afecta a la gente de formas extrañas.

—Sí. —Se recostó en el asiento, para dejar espacio a la camarera mientras nos servía las bebidas—. Es cierto.

Caden había estado activo mientras estuve fuera. Había cambiado y lavado las sábanas, que ahora estaban secándose colgadas en las puertas y daban al ambiente una humedad ligeramente pegajosa.

Había guardado los platos en los armarios y había pasado el aspirador. Su ropa estaba encima de la cama de la habitación libre, como si la hubiera colocado con una escuadra. Su bolsa de viaje y sus zapatos (unas zapatillas rígidas de cuero azul y rojo que parecían los zapatos de un niño para jugar a los bolos) estaban al lado de la puerta. Era el hombre más limpio y ordenado que había conocido, incapaz de descansar hasta que lo veía todo en su sitio. Le dije que podía dejar algo de ropa allí, que el armario de la habitación libre era suyo si quería. Curiosamente se resistió a la idea y trajo solo cuatro camisas y unos pantalones cortos. Dijo que prefería viajar ligero de equipaje. Una vez, mientras se duchaba, estuve fisgando en su bolsa. No sé lo que buscaba; solo sé que obedecí a un poderoso instinto y que me pareció más excusable que espiar su teléfono

móvil. Estaba vacía. Encontré únicamente una botella de agua y su tarjeta de crédito Vantage. Sentada sobre los talones, me quedé examinando la tarjeta como si llevara información encriptada.

Al principio lo atribuí a que la mitad de su vida transcurría en un espacio reducido. A medida que pasaba el verano me fue quedando claro que este afán de imponer orden en su entorno era el modo de compensar que empezaba a perder el control de su vida. Para sorpresa de Caden, y de nadie más, Rachel no aceptó las razones que le daba para dejarla (que no eran razones, sino la vaga convicción de que había en su matrimonio «algo» que no funcionaba). Lo que sí nos sorprendió a los dos fue lo poco que ella tardó en encontrarme.

Esa noche estábamos en la cama, abrazados, con las sábanas por encima de la cabeza. Esto es absurdo, pensé. Estamos literalmente escondidos debajo del edredón. Nosotros éramos dos y ella una, pero la fuerza de su ira nos daba sensación de inferioridad numérica. Todo lo que hacíamos estaba amenizado por el insistente zumbido insectil de los teléfonos. El de Caden. El mío. Luego el suyo otra vez. Luego el mío. Como en casa yo tenía el teléfono sincronizado con el portátil, los dos dispositivos sonaban a la vez y me hacían sentir doblemente acosada.

Cada vez que encendía cualquiera de los dos, una ráfaga de insultos golpeaba la pantalla. *Escoria. Zorra. Puta. Furcia. Te has bajado las bragas. Te has abierto de piernas. Perra asquerosa. Coño sucio*. Yo era una golfa que había hecho daño a unas niñas inocentes. Una loca que rompía familias felices. Un súcubo que practicaba la magia negra para que la hierba de mi prado pareciese más verde. A veces llamaba sin parar, o enviaba siete mensajes de texto seguidos. Otras veces guardaba un misterioso silencio, y solo podíamos seguirle el rastro por la actividad de su tarjeta de crédito. Caden repasaba los extractos con una sonrisa amarga. Él era el único con permiso para gastar tanto. En su casa funcionaban con el estilo de los años cincuenta: Caden le daba a ella una asignación mensual, como si fuera una empleada o una niña. Y los comentarios de ella siempre tenían algo de transacción, como el ruido de una caja registradora

eternamente audible entre sus amenazas y sus insultos.

Yo era una puta barata. Nuestra relación era una aventura barata. Ella valía diez veces más que yo. ¡Él ni siquiera había conseguido un ascenso! Y la había cambiado por una zorra vieja y fofa.

Para Rachel había dos tipos de mujeres, las buenas esposas y las putas. Las putas se subdividían en putillas (jovencitas monas con vestidos cortos que salían de copas con el objetivo de quedarse embarazadas) y putas hechas y derechas. Las buenas esposas eran todas iguales: perfectas. «Dile a tu mujer que está volviendo a demostrar cómo ha interiorizado la misoginia», le decía yo a Caden tranquilamente, enseñándole mi teléfono.

Por dentro me sentía a punto de estallar. Intenté bloquear su número pero no sirvió de nada. Me llamaba con número oculto o con un teléfono prepago, como si tuviera un arsenal inagotable. Ya empezaba a sentir nostalgia de esas semanas paradisíacas, cuando ella aún no sabía mi nombre. A las pocas horas de que me descu-briera todo había cambiado. No paraba de llamar a Caden para darle información, como si yo fuera un examen para el que se estaba preparando con el empeño de sacar sobresaliente. Buscaba en internet las fotos en las que yo salía menos favorecida y se las enviaba a Caden, con subtítulos hirientes. Leyó todos mis artículos. No sé cómo consiguió mi dirección, una dirección que nadie tenía, ni siquiera mi madre.

Llegó a asustarme, aunque yo no quisiera reconocerlo. Era el miedo antiguo del colegio: a las pandillas de chicas, a la tirria femenina concentrada. En las fotos, delgada y fibrosa, ella tenía el aire amenazante y la confianza soberbia de un peso mosca. Más que su cuerpo era su actitud la que insinuaba que podía darme una paliza. Miraba a la cámara con frialdad, como retando al observador a aguantarle la mirada. Yo era incapaz de echar un vistazo a su Instagram sin la sensación de que ella lo *sabía*. Espiarla me daba escalofríos. Su cuenta era pública, como cabe esperar de quien quiere convencer a su ex de que *vale demasiado para estresarse*, y constaba, previsiblemente, de dos partes de *selfies* desenfadados y una parte de memes ácidos. El karma era uno de sus temas favoritos: a todo cerdo le llega su San Martín. Los ma-chos alfa no tardarían en ser pasto de los

gusanos. El tiempo era la única moneda con valor en el mundo real.

Era evidente que Caden engañaba por una insaciable necesidad de variedad, la misma que en su día a mí me hizo codiciar una Barbie morena para mi colección de Barbies rubias. Su mujer y yo éramos polos opuestos. Ella tenía los ojos grandes y claros, una melena pelirroja y reluciente —de un rojo más oscuro y más bonito de lo que me imaginaba—, y se recogía el pelo para realzar el cuello largo y esbelto. Tenía la cara en forma de corazón, la frente alta y prominente, y la barbilla pequeña. Las uñas acrílicas y cuadradas. Tacones de aguja. El acabado perfecto de una mujer que no necesitaba trabajar. La cabeza era demasiado grande para el cuerpo, y con un vestido en particular —una especie de funda estrecha y azul que le estrangulaba el cuello—tenía el aire envarado de un personaje del Cluedo.

En todas las fotos salía con la misma pinta hiperrealista; los ojos infinitesimalmente más grandes que los naturales, la piel con una tonalidad suave, como ligeramente desenfocada. Rachel en otoño, con unas Uggs de ante y chaqueta de lana gruesa, paseando por el bosque con una gemela a cada lado. Rachel en pilates, con pantalones de yoga grises, unas Nike rosas a juego con las uñas y un tonificante té de burbujas en la mano. Rachel en las carreras, con un discreto vestido estampado y unas plataformas altas como zancos. Rachel de novia, con un delirante derroche de encajes, gasas, volantes, pliegues aleatorios y asimetrías sin sentido. La novia no sonreía: asomaba con gesto severo del rígido corpiño de tul como el mascarón de proa de una nave vikinga enfrentada a un mar tempestuoso. A lo mejor presentía que su maridito no iba a darle muchos motivos para sonreír.

Yo cotilleaba en secreto. Caden se ponía nervioso cada vez que yo insinuaba la posibilidad de hablar con ella. No me permitía responder a sus llamadas ni a sus mensajes de texto, por muy provocadores que fueran. Insistía en que era por mi bien. Tratar con ella era un trabajo de hombres, sucio, comparable a cambiar el aceite del coche o sacar la basura, un trabajo que no estaba a mi altura. Rachel es una *pesadilla*, decía,

y se echaba a temblar como un niño que recuerda una pesadilla real. *Es mejor que no lo sepas*. Pero yo quería saber. Sí. Me intrigaba qué podía decir esa mujer en la séptima, octava o novena llamada del día. Caden respondía a estas llamadas con la misma fidelidad que cuando estaban juntos, levantándose de un salto y saliendo de la habitación.

Una vez lo seguí, aunque lo que presencié no me reveló nada. Estaba apoyado en la encimera de la cocina (con cara de aburrimiento y las cejas levantadas) mientras el teléfono escupía una sarta de invectivas metálicas. Cuando salí y cerré la puerta, le oí decir: *fuera*. La mayor parte del tiempo tenía la sensación de que ella estaba en casa con nosotros. Se había propuesto convertirse en nuestra principal preocupación y lo había conseguido.

Caden —que normalmente me miraba con cara de bobo cuando yo la nombraba, como si no conociera a nadie que se llamara Rachel— ahora no hablaba de otra cosa. A mí esas conversaciones me aburrían y me estresaban al mismo tiempo, como las matemáticas, y quería que terminasen de una vez. Cada día pasaba algo: una nueva oferta, una retirada o una amistad reclutada para la causa de Rachel. Como un barco que se hunde, su divorcio arrastraba consigo a la gente; quien estuviera a la distancia suficiente para leer el nombre escrito en el casco terminaba succionado por la corriente.

—Rachel acaba de escribir —anunció cuando entré por la puerta—. Para decir que nos odia.

Tiré las llaves encima de la mesa y recogí el correo. Había puesto la carrera en la tele y había una lista de corredores garabateada en el dorso de un sobre marrón.

—¿A los dos? ¿O solo a ti?

—Dice que lo de llamarla desde la plataforma fue una cabronada. Que debería haber tenido la decencia de decírselo a la cara.

Yo, que en eso estaba de acuerdo con Rachel, no dije nada. Entré en el dormitorio, me quité el vestido y me recogí el pelo. Hacía demasiado calor en casa. Nuestra relación era nueva, y salir del dormitorio en ropa interior en circunstancias normales podría interpretarse como una insinuación, pero Caden estaba

tan preocupado que ni se fijó.

—Dice que soy un pobre hombre, en todos los sentidos.

Saqué dos cervezas de la nevera. Estaba vacía, aparte de unos cuantos dientes de ajo y un poco de tomillo podrido. Mis intentos de convencer a Caden de que podía ser tan buena ama de casa como Rachel ya habían caducado, y mi casa volvía a estar tan desordenada como de costumbre. Se me quitaron para siempre las ganas de cocinar al ver lo exigente que era Caden. La lista de cosas que no le gustaban era tan larga como exhaustiva (incluía, entre otras muchas cosas, el pescado —salvo el rebozado—, el marisco, el queso, el paté, las yemas de huevo, el tofu, la morcilla, el chorizo, el humus, el pepino, los guisantes, la nata, las salsas con nata, las gachas, los pepinillos, las aceitunas, el yogur, el aguacate, el café y el vino), y yo no estaba dispuesta a pasarme horas en la cocina para verlo apartar la comida en el plato. Nos alimentábamos como los niños en una fiesta: a base de salchichas, patatas fritas, muslitos de pollo y chocolate, y esto añadía a la sensación de interinidad de nuestra relación la de que solo estábamos jugando a las casitas.

—No eres un pobre hombre —dije, pasándole la cerveza—. Eres una buena persona que ha tomado una decisión impopular.

—Las niñas no quieren verme.

—Te odiarán una temporada. Y luego se les pasará.

Saqué los papeles del bolso y me senté a su lado. Noté su aliento dulce y con olor a alcohol. Me pregunté cuánto tiempo llevaría bebiendo.

—¿Qué es eso?

—Un relato de desavenencias conyugales.

—¿De quién?

—Del hombre al que he entrevistado.

El texto estaba lleno de elipsis, guiones innecesarios y espacios arbitrarios que evocaban las pausas y omisiones de su conversación.

—Su mujer era una zorra.

—Solo conoces una parte de la historia.

—Cierto. Pero me ha parecido un hombre agradable.

—Te habrá mentido, para ganarse tu simpatía.

—No todo el mundo miente.

—En las plataformas sí.

—Estaba en la Delta cuando ese tipo se tiró al mar.

—Sí, claro.

—¿Por qué iba a mentir?

—Para impresionarte.

—¿Qué tiene eso de impresionante?

En vez de contestar, Caden señaló la televisión con un autoritario movimiento de la cabeza. La carrera había terminado y en las noticias estaban emitiendo un corte en el que se veía a varios hombres con ropa de faena y pasamontañas, ondeando una bandera negra.

—Seguro que estos tíos te encantan —dijo.

—¿Qué te hace pensar que me gusta el Isis?

—Dirás que la culpa es de sus padres.

—En realidad soy más de derechas de lo que te imaginas.

—Querrás que vengan aquí y se empadronen.

—Soy defensora de la ley y el orden.

—Que les den una casa bonita, de seis dormitorios, para todos sus hijos.

Se estiró a mi lado. Le aparté el pelo de la frente. Tenía la cara firme y expresiva. Aunque el tiempo le había curtido la piel, la estructura seguía intacta. Se le reconocía al instante en fotos de pequeño, siempre y cuando no fuera uno de esos murales de cartulina llenos de fotos de niños misteriosos.

—De las dos mujeres de tu vida, solo una actúa como si la hubieran educado en la cultura mediterránea de la vergüenza. Y no soy yo.

Mi teléfono vibró, como si respondiera a lo que yo acababa de decir.

Sé dónde curras. Te puedo crear muchos problemas.

—Me parece que a ella le iría muy bien con la *sharia*.

El atardecer violeta se acentuaba. Pasó un coche con música, esparciendo fragmentos cristalinos de una canción country. Las prostitutas de la esquina habían guardado las parkas y los vaqueros, y por una vez vestían como las prostitutas del imaginario popular. El barrio era normalmente tranquilo por las noches, pero en verano la gente salía hasta muy tarde y el calor aplazaba el toque de queda.

Caden empezó a zapear desconsoladamente entre dos canales. Le dolía saber que en el mundo había gente que lo consideraba imperfecto. Yo lo había tomado por un adulto, porque ganaba mucho dinero, pero en realidad era como yo. La crítica le daba ardor de estómago: estudios crediticios, declaraciones de impuestos, visitas médicas o cualquier tipo de valoración. Dando esquinazo a los adultos habíamos creado un vacío de poder. Por las tardes volvíamos a la cama, como si viviéramos en un país latino y no en un puerto presbiteriano y frío. Y por las mañanas yo me despertaba con sensación de culpa. Consumíamos grandes cantidades de telebasura, sobre todo *realities* de lo más bajo, donde hombres de color teca con pantalones de pinzas acorralaban a mujeres intercambiables y tenían «conversaciones» forzadas. La ITV2 era como una cinta de Moebius de contenidos absurdos. Primos de los participantes del programa *TOWIE*; gente relacionada con las Kardashian; secuelas y más secuelas.

—Déjalo —le dije cuando aterrizó en *La isla del amor*.

Said y yo estábamos un poco obsesionados con este programa. La premisa era una estupidez, pero en algún momento dejamos de verlo sin ironía y nos enganchamos de verdad. Yo había iniciado a Said en los misterios del «Ese eres tú», un juego que nos inventamos mi hermana y yo. Aunque pilló la idea general, seguía sin dominar los matices.

Esas primeras semanas en Aberdeen —la época de Said y su compañero— ya habían cobrado una pátina histórica. Los echaba de menos. Echaba de menos su casa. Había sensación de vida en la textura del sofá ligeramente hundido y en la madera rojiza de las molduras de las ventanas. Me recordaba a la casa de mis primos, por los colores anticuados de la tapicería, verde y coral, y el leve olor a humo de leña en las habitaciones. Intentaba conmemorar nuestra amistad viendo *La isla del amor* con Caden, aunque el tono de sus comentarios era distinto, y eso solo me hacía lamentar todavía más la pérdida de los chicos.

Caden no era capaz de interponer la distancia necesaria. Los hombres del programa se parecían a él: bíceps grandes, oblicuos bien marcados y tatuajes en los brazos. Las mujeres se parecían a Rachel: pestañas frondosas, cejas nacaradas y el pelo

por la cintura. También se parecían entre sí y a las modelos de las pausas publicitarias. Su similitud estética anulaba cualquier tipo de diferencia racial, hasta el punto de que daba la sensación de que eran de la misma familia, de un linaje de amazonas de labios carnosos, nariz respingona y piel morena. Todas tenían las mismas formas y adoptaban las mismas poses curvilíneas —espalda arqueada y culo en pompa—, y cuando se sentaban parecían caballos de ajedrez o caballitos de mar. Eran gente de procedencia humilde, y como pasaba con la gente humilde de épocas pasadas, nunca se liberaban del todo de sus orígenes. Aunque llegaran a desarrollar algo parecido a una carrera profesional, siempre seguiría existiendo una brecha entre las estrellas de los *realities* y las demás.

En la pantalla, llevaban a un chico al pueblo en un *jeep* descapotable. Tenía un perfil tenso y liso, como tallado en cera. A lo largo del viaje fue narrando sus logros con voz monótona.

—Yo tengo mi propio estilo. Voy a enseñar a las chicas un tipo de hombre nuevo. La gente me admira. Les gusta mi estilo. Les gusta cómo voy por la vida. Una noche típica para mí se resume en el mejor local, las mejores copas y las mejores chicas. Hace años que no necesito perseguir a las mujeres. Con la imagen que tengo, son ellas las que se acercan a mí…

Volvió a vibrar mi teléfono. Era un mensaje de Said.

Eres tú, decía.

El último sueño que tuve antes de despertarme, y el más vívido de la última fase del sueño, fue que Rusia invadía Aberdeen; al menos una raza rusófona. Caía la nieve reluciente, blanca y esponjosa de las tarjetas navideñas, no la húmeda y resbaladiza que se vuelve gris al contacto con el pavimento. La gente pasaba corriendo, con gorros de chinchilla y abrigos de lana hasta los pies. Los letreros estaban escritos en cirílico. Yo era la única persona de la ciudad que no sabía una sola palabra de ruso, y Said me traducía. Me llevaba del brazo como si fuera ciega. Porque lo cierto es que me sentía incapacitada. Había perdido la facultad de comunicarme. A mi alrededor, todo el mundo estaba en posesión de unos conocimientos que yo necesitaba y no tenía. Nos encontrábamos con su compañero en un salón de techos altos y gruesas cortinas de brocado rojo que era una

mercería o la *suite* de un hotel. En los últimos momentos del sueño, Said me decía que la forma de pronunciar correctamente en ruso una palabra acentuada era sonreír.

Cuando una persona aparece en tus sueños es porque se ha quedado dormida pensando en ti.

El sueño parecía tan real que cuando me desperté casi esperaba ver nieve en la calle. Caden ya estaba levantado, dando vueltas con el teléfono pegado a la oreja. Ese día tenía previsto ir a casa a recoger su ropa y llevarla a casa de su madre. Renunciaba a todo lo demás (los ocho televisores, las cinco series, las biografías de delincuentes profesionales y el cuadro de la sílfide de pelo blanco en la puesta de sol). «No vamos a hacer eso —dijo, cuando le pregunté cómo pensaban repartirlo—. Tengo solo treinta años y tiempo de sobra para empezar de nuevo.»

Lo seguí a la cocina. Quería contarle mi sueño, consolidar su esencia antes de que se desvaneciera. Entonces le vi la cara. Si normalmente estaba pálido, en ese momento se había puesto blanco como el papel: horrorizado. Se llevó el teléfono al pecho y me informó con los labios blanquecinos. Era su madre. Había llegado una carta del abogado de Rachel. La decisión de quedarse una década en casa ahora la convertía en un tercero dependiente. Reclamaba una pensión para los próximos quince años, quizá para siempre. Al margen de cuáles fueran sus ambiciones antes de casarse, en el divorcio había que tratarla como a una profesional que ha renunciado a su carrera y compensarla en consecuencia. Pedía cuatro mil libras mensuales. Dije lo segundo que se me ocurrió (lo primero —*Creí que habías dicho que ella no sabía nada de tu otra cuenta*— pensé que no ayudaría).

—Es solo una oferta. Su abogado le habrá dicho que vaya a por todas mientras tú sigas sintiéndote culpable.

Me miró con cara de ofendido.

—Lo va a joder todo. Voy a trasladar la nómina a un fondo paraguas. En el curro todo el mundo lo hace. ¿Por qué voy a pagarle para que se pase el día tocándose las narices? Si quiere dinero que busque trabajo.

Íbamos camino del aeropuerto, callados, cada uno absorto

en sus pensamientos. Cuando estábamos llegando a Dyce, Caden me dio la mano. Se subió las mangas de la sudadera, como anticipando la desagradable faena que lo esperaba. Me sonrió, pero no sirvió de nada. El trayecto seguramente había activado en mí un reflejo que me dejó noqueada y me llevó a un punto de abnegación irracional. Llevábamos toda la mañana en un estado de ánimo variable, intentando compensar alternativamente el mal humor del otro, como en un balancín.

—Voy a volver. Lo sabes.

—No. Sé que no volverás. Te hará sentir culpable para que te quedes. Y eres débil con ella.

—Voy a volver y te voy a dejar embarazada. Luego, cuando ganes un montón de pasta con tu libro, puedo dejar de trabajar y cuidar de esa niña de pelo revuelto.

Una franja de cultivos discurría en paralelo a la carretera. Contemplé las hileras de arbustos, los túneles de plástico, pegados unos a otros. ¿Por qué seguía con el libro, dale que te pego? Si le parecía una idea tan brillante, que escribiera un libro él.

Traté de rebajar sus expectativas con deprimentes estadísticas de las ganancias de los escritores y le recordé que, en el mejor de los casos, en mi mejor semana ni me acercaba a lo que él ganaba en un día, pero seguía profundamente impresionado por el hecho de que yo trabajara.

—Ya no puedo escribir. No he escrito ni una frase decente desde que me mudé aquí.

Nunca había dado forma a este pensamiento, y al decirlo en voz alta caí en la cuenta de que era verdad. Me escocieron los ojos, y un reguero de lágrimas calientes se deslizó por mis mejillas meticulosamente maquilladas. Caden escupió en la yema del dedo pulgar y me las secó.

—Volverás a escribir.

—¿De verdad vas a llevarte el dinero a un paraíso fiscal?

—Sí, si sigue así.

—Y ¿qué pasa con las niñas?

—A ellas no les faltará nada.

—Caden, no se pueden comer los iPads.

Mi teléfono vibró dentro del bolso.

Lo perderás igual que lo encontraste!!!

Caden me estrujó la mano.

—Pronto te dejará en paz. Te lo prometo.

—Estoy harta de ella.

—Yo también.

—Voy a denunciarla. Esto es acoso.

—Si la denuncias lo empeorarás diez veces más. Nos hemos enrollado. Se va a cabrear.

Me solté de su mano.

—¡No me puedo creer que la defiendas!

—No es eso. Ponte en su lugar. Le has robado a su marido.

—Yo no he robado nada. ¿Por qué hablas como ella?

El taxi se detuvo delante de la terminal. Habíamos desperdiciado los últimos momentos discutiendo por Rachel. Al pensar cuánto se alegraría ella, hice un esfuerzo por tranquilizarme. Le di la mano y entramos en el aeropuerto. La sala de llegadas tenía el aire triste de una fiesta poco concurrida. Me acordé del invierno pasado, de los días de confianza altiva y peleona. *Para finales de marzo todo habrá vuelto a la normalidad*. Pero las cosas no habían vuelto a la normalidad. Y llevaban camino de empeorar antes de ir a mejor. El mar del Norte se había acabado. Eso dice ahora la gente. El comercio sigue la trayectoria traicionera de un tiburón: desecha lo viejo, lo obsoleto, lo pasado de moda. Habíamos vivido buenos momentos. Pero nada dura para siempre.

—No te olvides de mí —le dije en el control de pasaportes.

Me tiró del cuello del abrigo, como tenía por costumbre, y me besó en la sien.

—¿Cómo voy a olvidarme? —murmuró entre mi pelo.

Y se fue. Volvió la cabeza una vez y me dijo adiós con la mano. Fue la última vez que lo vi. ¿Qué esperaba? ¡Da malísima suerte ver marcharse a una persona!

La mayoría de la plantilla será de Teesside. De la mafia de Teesside. Todo el mundo conoce a todo el mundo. Saben quién está dispuesto a trabajar. Saben quién se escaqueará. Cuando yo empecé, había chicos que no habían hecho el servicio militar, no tenían ninguna formación. Pero te inventabas un CV *para ellos, ponías tu nombre y el de otro amigo común como referencia, y ya tenían trabajo en las*

plataformas, de técnicos o perforadores cualificados. Conozco a chicos que no tienen experiencia —ninguna— y trabajan en las plataformas a tiempo completo con un CV y referencias inventadas. Hace años, si eras honesto con los compañeros, si llegabas y decías: «Oye, nunca he hecho este trabajo», te contestaban: «No te preocupes, nosotros te cuidamos». Te enseñaban. Y acababas siendo del gremio.

7. Piper Bravo

—¿Adónde vas?

—A ningún sitio —dije—. A casa.

—No te vayas todavía —dijo él—. Ven a tomar algo.

Lo miré, tratando de interpretar sus intenciones. Era grande, no solo alto, sino también ancho, con un buen manojo de músculos en los hombros que le daba un aire cheposo. Llevaba un anorak grande y acolchado con un borde de piel en la capucha, y debajo, una gorra de plato. En el tren me contó que había sido boxeador profesional en la categoría de peso superligero, pero costaba creer que alguna vez hubiera sido tan ligero.

Subió al tren en Darlington y me saludó con la cabeza como si ya nos conociéramos. El vagón estaba vacío, co mo el aeropuerto, como la ciudad ese otoño, y cuando empezó a hablar, un poco después de que pasáramos Berwick, me trató con la misma naturalidad. Tenía algo que me resultaba familiar. Era como si ya hubiéramos hablado antes y retomáramos la conversación donde la habíamos dejado. La frontera de Escocia pasó volando al otro lado de la ventanilla y las luces se encendieron con un parpadeo, como activadas por la penumbra del exterior. Aquí anochecía temprano y las noches eran largas.

Cuando llegamos a Aberdeen casi había oscurecido. Yo había perdido la noción del tiempo a lo largo del verano. Las cosas dejaron de seguir un orden cronológico. Repasaba los recuerdos recientes y muchas veces me parecían más reales, más sustantivos que el presente, que tenía algo de alucinación. Los días eran largos y el resplandor de la luz, implacable, y yo había pasado el verano como sonámbula, sin fijarme apenas en lo que ocurría a mi alrededor. La fiesta prenatal de mi hermana; el cumpleaños de mi prima; una semana en Ibiza. *No se lo estropees*, me advirtió mi madre, en voz baja y firme, el día de la fiesta. Me molestó la advertencia, aunque en parte ya tenía la sensación de estar estropeándolo, infectándolo de yuyu tóxico, como el hada malévola a la que no invitan a la fiesta. Mi hermana y yo llevábamos meses picadas. Ahora jugábamos en equipos rivales. La casa se llenó de amigas suyas, embarazadas, majestuosas con sus vestidos largos y esas caras redondas, y

noté que me miraban con compasión cuando me preguntaron por mi libro.

En estos círculos no eras nada si no tenías pareja, y cualquier asunto que no guardara relación con la casa y el marido era simple ruido estático. Se sentaron en el jardín, jugaron a juegos de mesa de temática infantil y arrullaron a mi hermana mientras abría una montaña de regalos envueltos en papel de patitos. Como el hada maléfica, yo estaba encerrada en una habitación, bebiendo Campari y mirando el teléfono compulsivamente.

Esto fue justo después de la última vez que vi a Caden, cuando creía saber qué iba a pasar. Pensé que la conmoción ejercería un efecto analgésico sobre él. Cuando sintiera el golpe de la realidad de la vida sin mí, volvería. Me sorprendí esperando ese día con la misma ilusión con que una niña espera la Navidad. Y me imaginé la avalancha de mensajes de tristeza que recibiría entonces, como mira una niña un calcetín (sin saber lo que hay dentro, sospechando que le gustará).

Pero ese día nunca llegó. Cuando pasó un turno completo de tres semanas en casa y tres de trabajo sin que Caden me llamara una sola vez, dejé de esperar. Él no estaba sufriendo como yo, que era demasiado orgullosa y estaba demasiado dolida para levantar el teléfono. Me había tachado de su vida, de su historia.

Su mujer se manifestaba con más constancia. Llamaba todos los sábados por la noche, envalentonada después de un cóctel, o dos, con «las chicas». Debía de tomarme por idiota, pensaba, cada vez que veía en la pantalla una llamada de un número privado. No sabe cómo soy: antinúmeros privados por excelencia. Aunque en realidad lo sabía todo de mí y no tenía ningún motivo para atribuirme un solo gramo de inteligencia. Al cabo de un tiempo, también ella dejó de llamar. Y entonces mi último vínculo con esa pareja se cortó para siempre.

Puede que en esa época yo estuviera un poco loca. Me obsesioné con los archivos del pasado, como una investigadora desquiciada, y repasaba mentalmente los acontecimientos tratando de desandar mis pasos hasta el momento exacto en que me había equivocado. Tenía fijación con las fechas —en recibos

y billetes de tren olvidados, en mensajes de texto, en números atrasados de revistas que veía en la sala de espera del médico— y quería recuperarme y rectificar mi comportamiento, abandonar a tiempo todos mis malos hábitos. Lloraba tanto que siempre tenía las mejillas manchadas de rímel berenjena, como esas estatuas de la Virgen que lloran sangre.

Y había algo raro, algo curioso, en esta extravagante desesperación de lágrimas rojas. La gente empezó a hablar de mí como si no estuviera presente. Mi madre preguntaba en voz alta si sería un ataque de nervios. Los amigos se quedaban de piedra al verme, y me decían que tenía que comer.

No lo entendían. No tenía tiempo para comer. Estaba demasiado ocupada llorando y escribiendo largos correos electrónicos exculpatorios que nunca llegaba a enviar, espiando online, tratando de aclarar si Caden me enviaba mensajes cifrados. Cuando subí a Instagram una foto con mi amiga en el DC10, él subió una foto parecida en cuestión de horas. Mira la composición, le señalé a mi amiga. Es idéntica. Los dos estábamos de vacaciones, abrazando a un amigo, y los dos sonreíamos. ¿Qué puede significar? Mi amiga miró por encima de mi hombro, bizqueando. Lleva un chaleco, observó. ¿Cómo puedes estar enamorada de un tío que lleva chaleco?

¿Seguía estando loca? Lo pensé cuando el boxeador cogió mi bolsa, se la echó al hombro y me guio por el vestíbulo. Estaba sinceramente desesperada por tener compañía. El efecto acumulado de tantos días y semanas sola empezaba a pesarme. Podía pasar fines de semana enteros sin hablar con nadie, aparte de dar las gracias a los cajeros por el cambio o a los camareros por el café. La soledad no era un concepto abstracto sino una amenaza real de la que me libraba continuamente por los pelos, como el Correcaminos que levanta un remolino de polvo justo un momento antes de que el Coyote cierre la mandíbula. Así que lo seguí, sin pensar demasiado, por el puente de la estación, por un tramo de escaleras de piedra y una serie de pasajes estrechos. Como habíamos llegado al hotel por detrás, hasta que vi los barrotes de hierro de la entrada no me di cuenta de dónde estábamos.

—Ya he estado aquí —dije.

Ya ha estado aquí. Era lo que decía todo el mundo cuando veía a la hija de mi hermana. Tenía los ojos grandes y oscuros, y una marca de nacimiento diminuta en la mejilla. La noche en que la conocí, cuando todos se habían ido a casa, se puso a llorar. Mi hermana y yo nos miramos sin disimular el pánico; ninguna de las dos tenía la menor idea de qué hacer. La niña estaba acostada en mis rodillas, caliente y rígida como un atizador, y no paraba de gritar. Mi hermana, a nuestro lado, no paraba de dar vueltas, insegura, balanceando un osito de una cuerda como el hechicero que agita un fetiche. Normalmente la niña se quedaba tranquila en la cuna, con expresión sombría. *Un alma vieja*, decía todo el mundo. *Ya ha estado aquí*.

Pero yo había estado allí antes. Era el bar del sótano donde quedé la primera vez con Caden y Tyler, el día que nevó. La ciudad era tan pequeña que ya había estado dos veces en todas partes. El pasado no era un país extraño para mí, sino un principado cercano con un idioma común y un escaso control de las fronteras.

—¿Sí?

Me miró por encima del hombro, como si no me creyera.

—Hace tiempo —expliqué—. El invierno pasado.

Eché un vistazo al bar, atenta a los detalles. Era más limpio, más pequeño y menos destartalado de lo que recordaba. Varios televisores grandes de pantalla plana, puestos a intervalos a lo largo de las paredes, ofrecían en silencio una selección de los mejores momentos de un partido de fútbol. Solo había otros dos clientes, bebedores solitarios, sentados en la barra por separado. La impresión que me dio al entrar, el intento de encajar el espacio en el recuerdo que guardaba de él, me recordó la leve confusión que me asaltaba cada vez que veía a Caden, al reconciliar al hombre real con la imagen que vivía en mi cabeza.

Decían que aquí habían violado a una mujer. El verano del año anterior, no de este que acababa de pasar. Fue un fin de semana de julio largo y caluroso. La niebla no levantaba, y cuando las cuadrillas llegaron a la ciudad la encontraron bloqueada. Se cancelaron los vuelos y los hoteles estaban llenos. Nadie se lo esperaba. En las tiendas se quedaron sin pantalones

cortos, camisetas y gafas baratas. Los bares estaban abarrotados todo el día. Había un ambiente festivo en las calles: calor, multitudes y alteración de la rutina. La mujer salió del bar con un hombre al que había conocido esa misma noche, y la encontraron unas horas después tirada en la acera. El rumor corrió por toda la ciudad y la historia fue incorporando nuevos detalles a medida que circulaba por la red de rumores y comentarios. Pero como me había llegado por varias vías y los detalles siempre eran los mismos, di por hecho que tenía que ser cierto.

—Voy a subir mi bolsa a la habitación —dijo—. ¿Quieres que lleve también la tuya?

No sabía cómo responder. Pensé que podía ofenderme por sus pretensiones, pero me preocupaba sobre todo no ofender yo.

—No —contesté—. Gracias.

Cuando volvió le pregunté adónde iba.

—A la Bruce. No es mi favorita. La última vez estuvimos dos días bloqueados en Sumburgh. Allí no hay nada más que vacas y gente rara. Todos tienen el pelo rizado y llevan zapatos feos. Zuecos, más bien. No es que yo sea un amante de la moda.

Sonreí. Me pareció una expresión copiada del vocabulario de otra persona. Aunque era evidente que a su abrigo le tenía cariño: no se lo había quitado. La piel de la capucha era gruesa y lustrosa, y el abrigo —saltaba a la vista que era caro— destacaba en aquel ambiente. Pensé si sospechaba que yo quería robárselo, que lo de la entrevista era una especie de timo lento y que solo esperaba la oportunidad de coger el abrigo, escabullirme del bar y desaparecer en la noche.

—Antes de la Bruce estuve en la Piper Bravo. Antes de eso estuve en las Malvinas.

—¿Qué tal por allí?

—Fue horrible. ¡Horrible! He trabajado en algunos de los sitios más duros del mundo. Arabia Saudí es un asco. Hace un calor que no es nada agradable. Pero las Malvinas fue el peor. La plataforma estaba a mitad de camino entre las islas y el Polo Sur. En medio de la nada. La temperatura podía pasar de quince a menos diez grados en media hora. Mirabas y el cielo estaba despejado. Volvías a mirar y —zas— se acercaba una ventisca.

Como de la nada. No es un sitio nada bueno. La gente es gilipollas. Siguen teniendo fotos de Maggie Thatcher por todas partes. Oscuro y frío. No hay adónde ir. Hacía turnos de cinco semanas, y luego tenía tres de permiso. Tardaba tres días en llegar aquí y otros tres en volver. Y los días de viaje no se descontaban del permiso. En mi opinión, no era seguro. Por eso lo dejé. Si no puedes hacer bien el trabajo es mejor dejarlo. No me preocupa la tensión física; eso sé manejarlo. Pero me destrozaba mentalmente. Estaba deprimido. Después de un trabajo como aquel necesitaba diez semanas de permiso.

—¿Viste algún pingüino?

Una sonrisa elevó el grueso trapecio de su rostro.

—Sí, montones. Hay como cinco millones en la isla.

—A mí me daría más miedo trabajar en la Piper Bravo —dije—. Parece una plataforma maldita.

Asintió someramente.

—Pasas miedo. De noche, cuando cargan los contenedores a bordo se oyen los golpes: ¡bum! Trabajas sobre una bomba flotante. Una bomba flotante a la espera de una fuente de ignición.

Una plataforma, añadió, es como una olla a presión. Hay ingentes cantidades de petróleo y gas a bordo, un arsenal del que es imposible olvidarse, porque la plataforma siempre está envuelta en una nube de humo que se filtra en el sistema de ventilación y llega a los camarotes; el humo hace que te despiertes con dolor de garganta y el estómago revuelto. Lo peor son los días de calma chicha, porque la brisa no se lleva el humo.

Más que el humo, era el elemento humano lo que parecía explosivo. Cien hombres de temperamento voluble atrapados en un cajón de acero, a muchos kilómetros de tierra firme y sin indicios de civilización a la vista. Los camarotes eran pequeños. Las literas eran estrechas. La sala recreativa medía dos metros. La calidad de vida dependía de que todo el mundo respetara unas mínimas normas de cortesía: limpiar la saliva de los grifos después de lavarse los dientes; limpiar el pis del asiento del váter; limpiar los pelos después de afeitarse y no dejar un cerco de mugre en el lavabo; acordar con los compañeros de celda

quién quería el primer turno de ducha o el último, y después dejarlos una hora solos (las «ratas de camarote» —gente que se atrincheraba allí toda la noche y se negaba a dejar al compañero siquiera cinco minutos de intimidad— daban más asco que las ratas de verdad). Las rencillas que se cocían a fuego lento durante dos semanas rompían a hervir a la tercera.

—Era un ambiente masculino. Si tenías un problema con alguien lo resolvías como hacen los hombres. Te sentabas con el que fuera y le preguntabas: «¿Qué problema tienes?». Ahora hay gente de muchas nacionalidades distintas y no puedes afrontar las cosas cara a cara. La mitad de la plantilla no sabe decir una puta palabra en inglés. He visto peleas en las Malvinas. Ahora se lían a puñetazos. La gente está enfadada por las sustituciones.

—¿Qué sustituciones?

—Si la gente se está quedando sin trabajo, ¿dónde están las plataformas que han cerrado? En los puertos no se ven plataformas desmanteladas. No hay plataformas en ninguna parte. Porque siguen funcionando. Están sustituyendo a la plantilla. Lo estoy viendo desde hace años. Los primeros fueron los limpiadores. Después los del turno de noche. Luego empezaron a decir: «Vamos a cambiar a los operadores de grúa». ¿Por qué van a pagarte doscientas libras al día si pueden pagar ochenta a un rumano por el mismo trabajo?

Miraba la mesa, enfadado, como un *bulldog* delante de un cubo de Rubik. Había en sus palabras toda una lección de historia. Ignorarla era una negligencia imperdonable. Lo de la Piper Alpha vino después del cierre patronal del 86, cuando se deshicieron de los profesionales y se quedaron con los más baratos y los que no cumplían las normas. Naturalmente, no podían seguir con los despidos arbitrarios. Tenían que llevar un registro de la actividad, ceñirse a una sibilina cuadrícula cifrada en la que puntuaban a los trabajadores en categorías tan escurridizas como *flexibilidad* o *actitud*. De todos modos, a la gente exigente, la gente de nivel, la que se atrevía a discutir con la dirección, la despedían. Se habían propuesto aniquilar la discrepancia. Oponerse se convirtió en una costumbre extraña y anticuada que solo cultivaban los mayores, como quitarse el sombrero al paso de un cortejo fúnebre o levantarse cuando

entra una mujer en la sala. Los hombres con hipoteca y familia que alimentar no abrían la boca. El «Not Required Back» —la práctica de incluir a los trabajadores en una lista negra y escribir al lado de su nombre: «Que no vuelva»— era evidente, aunque los accionistas intentaban que pareciese una leyenda.

—La S de seguridad es el signo del dólar —dijo—. No significa otra cosa. Si tienen que elegir entre perder millones y perderte a ti, ya sabes lo que van a elegir. Para ellos no eres más que un número.

—¿Estás en algún sindicato?

—Sí. En el Unite. Voté en contra de los turnos de tres y tres semanas. Al parecer casi nadie votó.

Se oyó ruido en la calle. El viento que empezaba a entrar del mar levantaba remolinos de basura y hojas, y los arrastraba por las calles vacías. Detrás de la barra habían puesto música muy suave. Casi no se oía la letra entre el murmullo de las pantallas: *Sé que te parece falso. / Puede que me guste lo falso*.*
De repente me invadió una nostalgia tan fuerte que casi me dobla por la mitad. A veces pensaba que Caden había sido únicamente eso: la expresión de una nostalgia brutal. Pocas veces pensaba en mi casa sin pensar en él, o en él sin pensar en mi casa, a pesar de que él se había criado a más de ciento cincuenta kilómetros de mí.

—La gente rara vez defiende sus intereses —dije—. No sé por qué.

—Yo lo veía venir. Estaban pagando fortunas por no hacer nada. A los limpiadores, trescientas libras al día. La industria petrolera tiene poca memoria. En los años del *boom* pagaban a lo loco. Ahora tienen que indemnizar a todos los que han despedido.

Vi que bebía muy deprisa. Antes me había fijado en que fumaba con la misma ansiedad, protegiendo la brasa con la mano y aspirando con mucha fuerza, y el cigarrillo se consumía en segundos y formaba un cilindro de ceniza a punto de desmoronarse. Cuando me levanté para ir a la barra me puso una mano en el brazo.

—Yo pago esto.

—No te preocupes.

—Eres una chica. No puedo dejar que pagues las copas.

—Me lo deduzco de los impuestos. Esto es trabajo para mí.

—¿Estás segura?

Seguura. Sus vocales tenían el mismo deje melódico. Al oírlo sentí en el pecho una sacudida familiar. Los restos de un amor absurdo y viejo.

—Sí. Estoy segura.

Cuando volví a la mesa, se había quitado la gorra. Sin ella parecía mayor, menos atractivo. Lo más sorprendente era que tenía un hoyo grande en la frente. La zona central estaba hundida de tal modo que, de perfil, parecía como si le hubieran rebanado la cara. No tenía pinta de ser una secuela del boxeo. Daba la sensación de que le habían golpeado varias veces con algo romo. Un palo de golf o una llave de cambiar ruedas.

—Otros países no nos entienden —dijo mientras le pasaba la bebida—. Somos gente tranquila, nos reímos. Cuando nos burlamos de algo, se ofenden. Y hablamos tan deprisa que tenemos acentos únicos. Teesside es lo peor para que te entiendan.

—¿De qué parte de Teesside eres?

—De Billingham. A unos ocho kilómetros de Middlesbrough. Buena parte de la economía sumergida está en el nordeste. Muchos montadores de andamios son de Teesside. Entras en cualquier parte en Aberdeen y piensas: «A ese lo conozco del colegio, o de mi barrio». Quizá por eso terminé en las plataformas. Tuve compañeros de clase que siempre tenían lo mejor de lo mejor. Las mejores zapatillas, los mejores vaqueros. Porque sus padres trabajaban en las Shetland o en las plataformas.

—¿Cuál es tu oficio?

—Soy instalador mecánico. Trabajé una temporada para la Organización Internacional de Certificación e Inspección. Luego pasé a operaciones: a sacar el petróleo de la tierra y a limpiarlo.

Sonó la campana de la última ronda.

—Es muy fácil hablar contigo —dijo.

—Me han preparado para eso.

—Tengo la sensación de que podría contarte cualquier cosa.

Lo miré con sorpresa mientras me esforzaba por conservar

el tono furtivo de la periodista de investigación.

—Puedes. Puedes contarme todo.

—Seguro que te sientes sola. Aquí, sin nadie.

Asentí, como si acabara de caer en la cuenta.

—A veces.

—Un consejo. Cuidado con lo que haces. Los chicos se ponen... un poco eufóricos cuando tienen su primer permiso. Son solo unos cuantos, pero nos dejan en mal lugar a todos.

—Siempre tengo cuidado.

—¿Tienes novio?

—No.

En la pantalla, un jugador estaba rodando por el campo, sujetándose la espinilla, con la cara encogida de dolor. Había algo histriónico en la manera de rodar y de contraer la cara que me convenció de que fingía. El dolor verdadero es íntimo y en gran medida inexpresable.

—Mira —dije—. ¡Qué interpretación!

—No me creo que una chica tan guapa como tú esté soltera.

—No soy una chica.

Me observó como si fuera de su propiedad. Tomé conciencia del instinto de coger el bolso y largarme, pero resistí.

—Lo pareces.

—Tengo treinta y cuatro.

—No pareces mucho mayor que mi hija.

—Eso quiere decir que tu hija parece mayor —observé con cautela.

Luego me arrepentí de haber dicho la verdad. Me arrepentí y me dio rabia. Si había un período de carencia durante el cual una mujer podía definirse como la amante abandonada de un mentiroso yo lo estaba agotando muy deprisa, pero me veía cada vez más a menudo atrapada en conversaciones similares, y la forma más rápida de salir del apuro era invocar la propiedad de otro hombre.

—Tenía novio. Hemos roto.

—¿No lo has superado?

—La verdad es que no.

—¿Era de aquí?

—Era de Stockton.

—Probablemente lo conozco. ¿Cómo se llama?

Sonreí y negué con la cabeza.

—¿Sigues guardando sus secretos?

—Por pura costumbre.

Paseó la mirada por mis facciones. Si en el tren me había parecido agudo y observador, ahora tardaba visiblemente en responder mientras procesaba mis palabras entre los efluvios del alcohol.

—¿Se te da bien guardar secretos?

—A veces.

Tenía la gorra entre las manos. Se le habían puesto las mejillas coloradas a pesar de que en el bar hacía frío. Yo seguía con la cazadora cerrada. Señaló mi teléfono.

—¿Eso está apagado?

Lo apagué y lo guardé en el bolso.

—Ahora sí.

—Maté a una persona. Hará unos diez años.

—¿A propósito?

—Sí.

Le miré la cicatriz. Tenía en la frente unas arrugas tan profundas como si se las hubieran grabado con una navaja. Cruzaban la concavidad en diagonal antes de reanudar su trayectoria hacia el otro lado.

—¿Qué pasó?

—Me juzgaron. Me absolvieron por falta de pruebas.

—No, te preguntaba… ¿Por qué lo hiciste?

—Tuve que hacerlo.

—Pero ¿*por qué*?

—Porque tuve que hacerlo. Uno hace lo que tiene que hacer.

Su actitud, suplicante unos momentos antes, se había vuelto aburrida, casi desdeñosa. El famoso noqueaba a la cronista de sociedad que hurgaba en la basura buscando cotilleos. Eché otro vistazo al bar. Estaba vacío. Los dos hombres de la barra se habían marchado. Pensé que quizá se lo estaba inventando. Sería una mentira extraña. Aunque aún más extraño era reconocer la verdad. Si estaba dispuesto a contárselo a una mujer a la que conocía solo desde hacía un par horas, ¿a quién

más se lo habría contado? A lo mejor necesitaba desahogarse, como hace la gente con un sacerdote. Por otro lado, la facilidad con la que hizo la confesión insinuaba que no le resultaba demasiado gravosa. Tal vez se lo contaba a todo el mundo. O tal vez lo reservaba para las mujeres, para las que tenían pinta de excitarse ante la posibilidad de violencia.

—Esa información deberías guardártela —le aconsejé—. A menos que quieras ir a la cárcel.

Cuando nos levantamos me di cuenta de que estaba borracha. Le veía la cara en movimiento, enfocada y desenfocada. Se ofreció a acompañarme a casa. Así, dijo, no tendría que preocuparse por mí. Pensé rechazar el ofrecimiento, pero me eché a un lado para que él se pusiera delante. ¿Qué era lo peor que podía ocurrir? Lo peor ya había ocurrido. Y yo estaba ahí, abandonada.

Subió las escaleras y se equivocó varias veces en el camino, deambulando por los pasillos alfombrados del hotel, entrando y saliendo varias veces por la misma salida de incendios. Cuando llegamos a la calle, el aire era fresco. La brisa tenía el olor fuerte del estuario. Seguí sus pasos por la ciudad, sirviéndome de su cuerpo como cortavientos. Había unos adolescentes pasando el rato al lado de una estatua de Eduardo VII, con un perro suelto, sin correa. Me paré para acariciarlo y mi compañero me dijo bruscamente que lo dejara en paz. Lo dejé en paz y apreté el paso para alcanzarlo.

Al llegar a mi calle, me detuve en la esquina. Nunca me había gustado el barrio de noche. La calle del puerto era una línea de almacenes viejos, unidos por callejones húmedos y estrechos pasajes abovedados, y, de noche, la quietud envolvía las calles, las sumía en un silencio tan total que crispaba los nervios. Me acordé de una ocasión en que me asusté tanto que cambié de camino. Poco después de mudarme, cuando volvía a casa, vi a un hombre parado en la entrada de uno de los callejones. Al ver que me observaba, calculé mentalmente las opciones de la mujer sola: ¿A qué distancia estoy de mi puerta? ¿Cuánto puedo correr con estos zapatos?

Cuando ya estaba cerca de él, dio un paso atrás, hacia el hueco del pasaje, y las sombras le borraron la cara. Hasta ese

momento estaba decidida a seguir adelante, pero detecté en su movimiento algo tan deliberado, tan medido, que supe que no auguraba nada bueno. Di media vuelta y volví a la estación.

—Es aquí —dije, parándome varias puertas antes de la mía.

Se volvió y extendió la mano. Por espacio de un segundo largo y espeluznante creí que iba a agarrarme del cuello, pero se limitó a cogerme de la cazadora y acariciar el Gore-Tex con aire distraído.

—Con esta chupa pareces una raterilla.

Pensé en contestarle —y deseché la idea— que «piensa el ladrón que todos son de su condición».

—Gracias por acompañarme.

—Me has mentido. Está más lejos de lo que habías dicho. Tendré que coger un taxi para volver.

A unas calles se oyó el golpe de la puerta de un coche. Una gaviota solitaria pasó graznando por encima de nosotros. Apreté las llaves con los dedos dentro del bolsillo.

—Oye, lo que me preguntaste antes…

Me miró, desconcertado. Me llegaban ráfagas de su olor a alcohol. *Efluvios*. Esa era la palabra.

—Se llamaba Tyler. Tyler Accord.

Pensé que quizá se habría olvidado de la conversación, aunque solo hubiera pasado una hora, en cuyo caso mi confesión no tendría sentido. Pero se agachó y acercó la cara a la mía. Tenía el aliento caliente y cargado, y su voz retumbó en mis oídos.

—¿Quieres que lo mate por ti? —dijo.

Eran dos montadores de andamios, y no fue exactamente una pelea. El primero —vamos a llamarlo Jim— ya trabajaba en la plataforma y era un tipo tranquilo, que caía bien a todo el mundo. Al otro vamos a llamarlo Tom. Se guardaban rencor de una época anterior en la que habían trabajado juntos. Tom llevaba poco tiempo en la plataforma, en el mismo turno que Jim. Cuando se enteró de que Jim trabajaba en la misma plataforma empezó a ponerlo a parir entre los compañeros y a decir que cuando lo pillara le iba a «machacar la cabeza». Una cosa es lo que se dice y otra lo que se hace, pero el asunto se fue de madre una mañana, cuando Jim entró en el cuarto de las taquillas y vio que Tom lo estaba poniendo a parir otra vez. Jim se enfrentó a Tom. Tom intentó pegarle. Jim no es precisamente lento, y antes de que el otro lo alcanzara le soltó un puñetazo en la nariz. Tom empezó a sangrar y se le llenó la camiseta de sangre. Y ya está. Acabó con los ojos morados y estuvo un tiempo escondido de los demás. Cuando le preguntaban qué le había pasado, contestaba que se había dado contra una barandilla.

8. Ninian Central

—Entonces ¿normalmente te pasas el día bebiendo en los bares y por la noche vas a clubs de *strippers*?

—Más o menos —dije.

—No me jodas. En plan: «Esto se merece una Carlsberg».

—En realidad no es tan divertido como parece — expliqué —. ¿Veis esto?

Me froté la mejilla izquierda. Los dos miraron, obedientemente. Me salió un cerco de manchas debajo del maquillaje, de un color fuerte y brillante que contrastaba con el resto de la piel seca, pálida y deslucida.

—La mala alimentación. Las consecuencias de vivir como un vampiro. Cuando vuelva a casa voy a hacer una buena cura de desintoxicación. No pienso beber en un mes.

—No podrás. Y menos teniendo en cuenta que se acercan las Navidades.

—Faltan siglos para las Navidades —dije—. Os parece que están más cerca porque no contáis las semanas que pasáis en la plataforma.

Era la última semana de octubre y el aire estaba cargado de fantasmas. Una niebla densa envolvía la ciudad y todos los vuelos se habían cancelado. Los bares estaban llenos de hombres nerviosos, a la espera de que el cielo se despejara. A estos dos los había conocido en el bar que estaba cerca de la entrada de la estación. Uno era rubio y delgado, con la cara aquilina y algo desaliñado. El otro era bajito, moreno y fuerte, con la cabeza afeitada y cubierta de pecas como un huevo de gallina.

En mi adolescencia, octubre era el mes en el que mi mejor amiga y yo planeábamos «un cambio de look». Estos planes coincidían con el comienzo del curso escolar y el trimestre de otoño-invierno, aunque estaban más influidos por la música que por la moda. Era la época del vídeo como acontecimiento, el momento de Hype Williams, de las grandes ambiciones y el presupuesto ilimitado, cuando los artistas se cambiaban de ropa cinco o seis veces en tres minutos y hacían cameos en los vídeos de otros (a veces me preguntaba si los raperos ya no eran tan colegas entre ellos): Busta Rhymes montado en un elefante por un callejón de una ciudadela subsa-hariana; Janet Jackson con

lentillas plateadas y un severo flequillo; Missy Elliott, con los ojos saltones y traviesos, con un traje negro hinchable; grupos de chicas con tipazo en chubasquero y Timberlands. Cogíamos un taco de folios y hacíamos listas de looks, con notas como: *ondas sueltas* y *uñas de fresa*; *sudadera de pescador, verde y corta*; o *máscara capilar de Dior (¿¿¿roja???)*. Les poníamos nombres como «Ama de casa rapera» o «Princesa inuit». Nos pasábamos dos días diseccionando los looks, les jurábamos lealtad, discutíamos qué rasgos de carácter podíamos cultivar a juego con ellos. Y luego nos olvidábamos por completo hasta el año siguiente.

Ahora, por primera vez en la vida, iba a entrar en el otoño con un nuevo look, aunque como ocurría con tantas otras adquisiciones de la vida adulta, el proceso que había vivido para conseguirlo era menos divertido de lo que me imaginaba en mi adolescencia. Estaba más flaca que nunca, mi metabolismo parecía en quiebra irremediable, o en permanente estado de aceleración, según se mirara. A veces me olvidaba por completo de comer. Por la noche, cuando estaba despierta en la cama, oía ronronear el mecanismo, con el cerebro tan activo y fresco como si acabara de esnifar una raya de coca. Dejé de masturbarme y de afeitarme el pubis (una manifestación externa de una decisión interna, como un hábito). Compré un perfume nuevo, una fragancia oriental pasada de moda, y me maquillaba más que antes. Una buena base, corrector, sombra de ojos y kohl. Un color de labios más oscuro: un rosa casi ciruela. Tres capas de rímel resistente al agua. Un antiojeras mate. Parecía una azafata de vuelo, o una de esas comerciales que se pasean por los grandes almacenes ofreciendo a los clientes muestras de perfume. Parecía mayor.

Una mañana, pocas semanas antes, me despertó el telefonillo. No tenía ni idea de quién podía ser. En la ciudad nadie sabía mi dirección. Había un Range Rover blanco aparcado delante del portal, con el motor en marcha. Se me secó la boca; me dio un vuelco el corazón. Oí pasos rápidos en las escaleras —las pisadas ligeras de un hombre bajito— y abrí la puerta con las manos sudorosas.

Era un encargado de mantenimiento. Dijo que lo mandaba

el agente inmobiliario a hacer una revisión. Se me llenaron los ojos de lágrimas y estuve a punto de echarme a llorar. Le pedí que me enseñara su identificación y me contestó que tenía las llaves del piso y que había llamado al timbre por pura cortesía. Le dije, con sinceridad, que me pillaba en un mal momento. Seguía en pijama y medio dormida. Me llamó zorra y se marchó.

El incidente fue como un castigo para mí. Ese día di carpetazo a mis fantasías y decidí aceptar unas cuantas verdades. Caden no volvería nunca. Mi cabeza lo sabía desde hacía tiempo. Mis tripas acababan de enterarse. Llevaba tanto tiempo organizando mi vida alrededor de sus turnos que no podía dejar de calcular cuándo entraba en la plataforma y cuándo salía, aunque ya no esperaba, en las semanas que él pasaba en casa, despertarme y encontrar un confuso mensaje de texto o una nota de voz balbuceante. No iba a aparecer en mi puerta para reconocer que él también estaba sufriendo y esperando mi llamada. Y aunque lo veía a todas horas (merodeando en las esquinas en la penumbra crepuscular; en la puerta de la estación, hablando por teléfono; andando deprisa por Union Street, encogido de hombros por el frío, o cruzando la calle justo delante de mí, con su perfil pálido) y siempre sentía un calambrazo, sabía que era improbable que me tropezara con él. No vivía aquí. Solo pasaba por los márgenes de la ciudad a la ida o a la vuelta del trabajo.

Sabía que no conocería a nadie para engañarme mientras me recuperaba poco a poco. Salí con un par de hombres, pero era como tratar una adicción a la heroína con paracetamol pediátrico. Después volvía a casa y lloraba hasta que me ardía la garganta y me estallaba la cabeza, y al día siguiente me daba vergüenza encontrarme con los vecinos en la escalera. Acepté que estaba enferma. Estaba enferma y únicamente Caden tenía el remedio para curarme, pero no iba a dármelo, porque no creía que yo lo mereciera. Me tocaba afrontar la situación sola. Sin analgésicos.

Trabajaba, porque era lo único que podía hacer. Llevaba una vida tétrica. Me levantaba a las doce y me iba a la estación, a tomar la primera copa del día. Una persona mejor y más valiente que yo habría sido capaz de abordar a los hombres

sobria, pero yo era tímida y necesitaba beber. Hice un trato con el portero del club de *striptease* que había cerca de la estación: me mandaría un mensaje cuando el bar se llenara. Volvía a casa después de pasarme el día haciendo entrevistas, comía algo, me daba una ducha, me cambiaba de ropa y salía otra vez. Siempre estaba cansada. Mi tolerancia al alcohol llegó a niveles insospechados. Cambié la cerveza por el whisky, diciéndome que era la bebida más limpia. Tuve que hacer un esfuerzo para desaprender mi formación más temprana. Y en las caras de los hombres también veía lo mismo: el forcejeo de la mente tripartita.

A la mayoría les habían dicho que no hablaran con periodistas, como se advierte a los niños que no hablen con desconocidos, pero yo era una mujer, una mujer de carne y hueso, la primera a la que veían desde hacía tres semanas, y les ofrecía un par de bebidas a cambio de diez minutos de conversación. Rara vez les preguntaba el nombre. Nunca decía que era periodista. «Escritora» sonaba más neutro, menos dado a despellejar. Las entrevistas en grupo normalmente no funcionaban; se lo tomaban a broma y no entraban a fondo en ningún tema. El balance entre el tiempo invertido y los beneficios obtenidos no salía rentable. Pero de vez en cuando alguien me lo contaba todo. Lo pillaba por banda en el bar del aeropuerto, o en el vestíbulo de la estación, y me revelaba todos sus secretos.

Estos hombres hablaban de casa con la nostalgia del exiliado, con la perspectiva distorsionada por la distancia. El hogar que echaban de menos eran casas de muñecas, con las mujeres y los niños dentro colocados como en un retablo. Me impresionó curiosamente que muchos confesaran sus aventuras, la variedad de matices de relación que tenían en la cabeza los hombres casados. La cantidad de especies incluidas en el género «extraconyugal» que competían por el territorio. Amigas. Rollos secundarios. Polvos. Putas. Amantes de una calidad y una potencia capaz de romper matrimonios. Gente que te acaricia el ego. Donantes de atención. Otras mujeres, de cualquier clase.

Las llamaban desde el trabajo con teléfonos desechables o apps que no dejaban rastro. Cuando llegaban a tierra cambiaban

la tarjeta SIM, escondían el teléfono de prepago y borraban las apps. En un sentido muy real, estas mujeres existían solo cuando ellos estaban en la plataforma. Al llegar a casa daban un portazo, y las amigas desaparecían. Yo tenía que combatir el impulso de empatizar, de contar una anécdota graciosa, de confesar que una vez hice tal o cual… Y no solo porque fuera un ejemplo de mala práctica profesional.

Era consciente de que buscaba la oportunidad de subir al estrado y explicarme ante un público parcial. No me bastaba con contarles a mis amigos lo que había hecho Caden. Quería contárselo a los suyos, a sus colegas, avergonzarlo en su círculo. Soñaba con la ocasión de conocer a gente que lo conociera bien, gente cuya opinión fuese importante para él. Entonces podría dar mi versión de los hechos, conseguir que se pusieran de mi parte al ver la claridad de mis argumentos. Mi escenario favorito —improbable aunque no imposible, porque el mar del Norte es un sitio pequeño y de nuevo empezaba a hacer mal tiempo— era encontrarme con el grupo de mi primera entrevista reunido alrededor de una mesa, sin él. Les contaría con todo lujo de detalles lo que había ocurrido desde aquella noche, y criticaríamos juntos a Caden. Todos competirían para dar pruebas de lo malo que era, me dirían lo guapa que estaba, y después quizá le pasarían esta información.

La tentación de hablar más de la cuenta siempre estaba presente. Y a veces, después de beberme cuatro botellas de cerveza, con mi imparcialidad perjudicada, me iba de la lengua. Entonces, el tipo con el que estuviera hablando me soltaba: «Bueno, espero que hayas aprendido la lección».

Lo normal era que el tipo intentara enseñarme una lección distinta. Acostarme con él sería curativo. Me animaba a no hacer caso de los significantes y los significados de su vida familiar (la alianza de casado, el teléfono en modo vibración, los niños rubicundos, las nubes de blancura nupcial en su perfil de WhatsApp; en una ocasión memorable, la ecografía arrugada de un embarazo de cinco meses, que apenas unos minutos antes me había enseñado con tímido orgullo) y a dejarme cuidar. Basta con una vez, decía. Solo una. Si no lo probamos nunca lo sabremos. Y todo el mundo tiene derecho a cometer un desliz.

Yo lo hago todo por ella, y ella no lo aprecia. No soporta que haga nada que a mí me guste. Es celosa, es controladora. No tiene ni idea de lo mucho que trabajo.

Para entonces yo tenía unos conocimientos rudimentarios de su idioma, como el expatriado que aprende unas cuantas frases al cabo de seis meses en su nuevo país. *Mi ex está loca*: No trato bien a las mujeres. *Mi ex es una controladora*: Soy un mentiroso. *Mi ex está amargada*: Soy incapaz de relacionar las causas con los efectos. *Mi ex me quitó todo lo que tenía*: Ha recibido una cantidad proporcional a su contribución a nuestro matrimonio. *Mi ex no me deja ver a los niños a pesar del pastón que le paso*: Creo que el pago de la pensión de alimentos debería ser una especie de pase VIP para un concierto, con acceso incluido al camerino del artista (al margen de mis deficiencias como padre). *Tú no eres como otras*: Creo que las mujeres son más o menos intercambiables. Y me quedaba pensando que las madres que les decían a sus hijas que eran especiales las arrojaban al mundo con un flanco vulnerable. De vez en cuando preguntaba a estos hombres por qué se habían casado. Siempre me daban la misma respuesta. *Ningún hombre quiere casarse. Se casan siempre por ellas*.

—¿Quién va a hablar más? —pregunté, acercando el teléfono hacia el moreno. Por alguna razón estaba dirigiéndole a él mis preguntas. Tenía una especie de magnetismo taciturno, la autoridad que da el no pretender nada—. ¿Tú o él?

—Él tendrá más que decir que yo —contestó el moreno—. Siempre es así.

Me volví hacia el rubio. Empezó a hablar, como impaciente por estar a la altura del comentario de su amigo. Su plataforma, la Ninian Central, era famosa por lo difícil que resultaba salir de allí. (Cada vez que yo decía que quería hablar con alguien de la Ninian, me contestaban con la misma broma: *No encontrarás a nadie, guapa. Están todos allí atrapados*.) Se encontraba muy al norte del mar del Norte, y su diseño tenía muchos defectos. Cuando el viento soplaba en una determinada dirección, el aire caliente de los conductos de ventilación de las turbinas bajaba al helipuerto y entraba en los motores de los S-92, y los helicópteros se quedaban varados. Pero los vientos del sur eran

la menor de sus preocupaciones. El vuelo a casa podía cancelarse por los motivos más absurdos: una desbandada de gansos en Scatsta, hielo en Scatsta (por lo visto, el hielo era un fenómeno impredecible en las Shetland en el mes de noviembre), un piloto que no sabía volar de noche, o una bombilla que faltaba en el equipo de inmersión de supervivencia. Los trabajadores a veces se quedaban atrapados siete u ocho días de su tiempo de permiso; esto hacía que su agotadora rotación de tres y tres semanas pasara a ser de cuatro y dos, y era peligroso. Aunque normalmente, explicó el rubio, él se quedaba atascado en casa. Su vida siempre había sido así. Había nacido con suerte.

—Tengo un espía en tu plataforma —anuncié cuando terminó—. Me envía sus quejas por correo electrónico. Me he enterado de que la otra semana hubo una pelea.

Se miraron. El moreno se sorprendió y soltó una carcajada.

—No hubo ninguna pelea —me aseguró, negando con la cabeza.

—Pues no es lo que me han contado. Me han contado que a alguien le dieron un puñetazo.

—¿Tu espía te ha dicho eso?

—Me lo han contado dos personas.

Pareció que la noticia les encantaba. El rubio se retorció en el asiento. Tenía una risa encantadora, como un gorjeo, como un niño pequeño cuando le hacen cosquillas.

—¿Estabais en la pelea? —pregunté—. Sí que estabais, ¿verdad?

—¡Qué coño voy a estar! ¿Tengo yo pinta de poder dar un puñetazo?

Tuve que reconocer que no. Era tan desgarbado como un dibujo de Lowry, todo ángulos y codos.

—¿Te lo han dicho?

—Me han llegado rumores. Solo eso. Rumores malintencionados.

—A mí también me llegaron —corroboró el moreno—. Me dijeron que fue más de un puñetazo. Mucho más que un puñetazo.

—¿Qué te contaron?

—Solo eso. Ya he hablado de más.

—No tenéis ninguna gracia. Sois una porquería de entrevistados, los dos.

De nuevo se miraron y se rieron. El rubio se volvió hacia mí, envolviéndose la cara con la palma de la mano, como el presentador olvidadizo de un programa de cotilleo.

—Quiero saber quién es tu espía.

Sonreí con complacencia y me subí las mangas por encima de las muñecas.

—Un periodista no puede revelar sus fuentes.

—Anda ya. —Despreció mis escrúpulos con un manotazo al aire—. Dinos quién es. Si mañana no me voy a la plataforma me olvidaré de toda esta conversación.

—Un topo es una fuente anónima.

—¿Para quién trabaja? Seguro que eso sí nos lo puedes decir.

—No lo sé. No sé mucho de él, aparte de que trabaja en vuestra plataforma y de que no está contento.

—Tiene que ser uno de los montadores de andamios —murmuró el moreno.

Casi todos los trabajadores de las plataformas con los que había hablado compartían la convicción de que los montadores de andamios eran vagos, idiotas, poco honrados, estaban medio idos por la adicción a los esteroides, eran incompetentes hasta un punto de juzgado de guardia y muy dados a contar mentiras absurdas.

—Dice que el director de la plataforma cree que la plataforma es su feudo. Y que el helicóptero para él siempre llega con puntualidad. Haga el tiempo que haga.

—Te voy a contar lo que pasó en el último viaje. Estaba en la cama y oí que llegaban dos helicópteros, uno era el del director, y los dos consiguieron aterrizar, con mucho ruido, en el centro de la pista.

—Me han dicho que se ha hecho una oficina preciosa, en contra de la opinión de todo el mundo, a la vez que está despidiendo gente.

—Bueno, de eso no puedo hablar.

—¿Qué le pasó al chico que inhaló ácido sulfhídrico el otro

día?

El codo del rubio perdió contacto con la mesa y el brazo resbaló por el borde. Se enderezó y dijo:

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo contó mi topo.

—Ni siquiera están seguros de que fuera ácido sulfhídrico.

—Entonces ¿qué era?

—Eres muy preguntona.

—Es mi trabajo.

—Sí. Supongo. Como se suele decir, el que no llora no mama.

Seguimos chismorreando mientras declinaba el día. Me contaron que los accionistas rastreaban las redes sociales en busca de comentarios denigrantes o de opiniones audaces para convertir un despido en una dimisión y un finiquito en una dádiva. Suspendían o echaban a la gente porque su estado en Facebook no era adecuado. A algunos los trasladaron a la Murchison, y eso era poco menos que un despido a cámara lenta, porque tenían previsto desmantelar la plataforma en el mes de marzo. El rubio sonrió mientras hablaba de la Murchison. Había trabajado allí siete años.

Era la plataforma más feliz de todas, porque la construyeron pensando en la gente.

Hablaron de las condiciones de trabajo en invierno, de la nieve horizontal y de los vientos de 145 kilómetros por hora que acunaban los anclajes y hacían temblar los pilares de la estructura («La plataforma es cuadrada, por eso, cuando el viento alcanza los 110 kilómetros por hora, nos… bueno, nos dicen que *evitemos* ciertas zonas», explicó el rubio, frotándose el puente de la nariz con un índice huesudo). En diciembre empezaba a oscurecer a las dos y media. La sensación térmica podía llegar a los veinte bajo cero. Las plataformas eran tan viejas que el agua entraba en las cubiertas. Aun así, los mandaban fuera, a los tenderetes donde servían té hiciera el tiempo que hiciera. Lo que estaban viviendo era un recorte sistemático de sus derechos, una especie de pirámide de Maslow invertida, un retroceso de las condiciones contractuales.

El rubio llevaba más de una década en las plataformas y

nunca había visto los ánimos tan bajos. ¿Cómo vas a estar contento mientras despiden a tus compañeros? Había visto a sus amigos perderse vacaciones y funerales. Había visto a hombres enfermos a los que no trasladaban al hospital.

Llegar a casa a tiempo se consideraba un milagro, pero cualquier debate sobre las conexiones del transporte se sofocaba inmediatamente. Suerte que tenéis trabajo, les decían. Había quienes llamaban a las compañías y se ofrecían a hacer el primer turno de trabajo gratis. Una nueva especie de trabajadores empezaba a plagar las plataformas: el milagro de las seis semanas. Autónomos provistos de un curso de capacitación rápido ocupaban los puestos de los profesionales de siempre, y encima cobraban más. Fontaneros domésticos reconvertidos en instaladores de conducciones. Inspectores de soldadura que no sabían lo que era un soplete. Eran mercenarios equipados para la nueva era: altos salarios diarios sin ningún derecho. El capitalismo en estado puro, la pura esencia de la libre empresa.

—Anoche conocí a un tipo que trabajaba para vuestra empresa —dije—. Un exmarine. Fue francotirador en Iraq. Me contó que había matado a mucha gente.

—Será un montador de andamios o un rollo de esos —observó el moreno. Siempre cruzaba los brazos por encima del pecho para decir algo. En ese momento hizo lo mismo; se metió las manos debajo de las axilas y frunció el ceño como un osito de peluche enfurruñado—. Dicen muchas gilipolleces. Sinceramente.

El rubio se rio.

—Seguro que te ha mentido.

—No —insistí.

Lo conté como si fuera una anécdota cómica, aunque en su día me puse muy nerviosa. Después de tomarse varios whiskies triples, las respuestas lúcidas y divertidas del exmarine dieron paso a una divagación paranoica sobre conspiraciones gubernamentales y asesinatos a sueldo. Apoyado en la pared de madera del bar, con barba y unos ojos delirantes, me recordó a un marino náufrago que se ha vuelto loco por la deshidratación. Esto es lo que los hombres nunca entienden de las mujeres. Que

nos dan miedo, sobre todo cuando beben.

—Estaba un poco pirado. Intentó agarrarme la cabeza y besarme en medio del bar. Me escabullí y dijo: «Ya nos ocuparemos de eso después». Sonó a amenaza velada de violación.

—¿Amenaza *velada*? —repitió el moreno.

—¿No le dejarías que te invitara a nada? —suspiró el rubio.

—¿No te despertarías con él? —preguntó el moreno.

—No. Nada de eso. Y, por cierto, era fontanero.

—¡*Un amo de su casa*! —exclamaron a dúo.

Varios hombres irrumpieron en el bar, como empujados por una ráfaga de viento, y tiraron las bolsas al suelo. El rubio fue a la barra. Le pregunté a su amigo dónde trabajaba. Dijo que en la Tiffany. Sentí cosquillas en las manos.

—Creo que no conozco a nadie de allí.

Sí que conoces a alguien. Caden apareció al lado del moreno. Cerré y abrí los ojos para borrar la visión (había entrado por la puerta con el viento; lo notaba.) *Vete*, le ordené. *Deja de interrumpir. No molestes*.

—Bueno, es muy pequeña —contestó, ladeando levemente la cabeza—. Somos solo setenta.

—Suena… *bien* —dije en voz baja. Caden seguía merodeando a su lado, sin intención de irse. Aparté la mirada—. Acogedor.

—Es un puto estercolero.

—¿Cuál es tu trabajo?

Tensó los labios para sonreír. Tenía hoyuelos; dos agujeros tan profundos y tan redondos que parecían grabados con la punta de un lápiz.

—Soy montador de andamios.

El cielo, que apenas se veía a través de la bóveda acristalada del techo, empezaba a oscurecerse. La luz del bar había adoptado una tonalidad fría y gris. Un par de brujas encorsetadas y un diablillo con coleta rizada pasaron corriendo por delante de la ventana y subieron por la escalera principal. Sus gritos resonaron en el vestíbulo vacío. El moreno se levantó del taburete. Tenía que coger un tren. Le dije adiós aleteando los cuatro dedos de una mano.

—Cuidado con lo que haces por ahí —le advirtió el rubio. El otro ya estaba de espaldas.

Miré el reloj de la pared. Últimamente siempre iba corriendo, siempre consciente del tiempo que había perdido y de lo poco que me quedaba.

—Tengo que irme —dije—. A despedir a un amigo.

—¿Necesitas un nuevo amigo?

Nos miramos con la expresión indecisa de los niños sin supervisión, como diciendo: «¿Y ahora qué hacemos?».

—No tengo ganas de líos.

—Pues nada de líos. Ven conmigo a la sala de apuestas.

—¿Estarás por ahí luego?

—Puede —contestó.

Said se marchaba. Su empresa había despedido a todos los técnicos graduados. No los trasladaban a Brunei. No los trasladaban a ninguna parte. Se iba a casa, a hacer un curso de contabilidad. Decía que el mundo siempre necesitaría contables. Su compañero se iba a Francia. Pensaba pasar allí la temporada de esquí. Después, no sabía.

Me indignaba su deserción. Me parecía que abandonar definitivamente el sector del petróleo era un desperdicio de su educación. Había una diferencia entre nosotros. Ellos eran jóvenes y poco sentimentales. Sabían lo que era la falacia del Concorde.

Tendría que haber prestado más atención a Said, pensé, ya en la calle. Solo que él formaba parte de esas semanas de principios del verano, de la etapa designada como el «antes» del proceso binario que acompaña a quien le han roto el corazón. Said estaba indisolublemente ligado al «antes». Lo veía casi a diario, y cuando no nos veíamos nuestros teléfonos no paraban de canturrear; chateábamos como nuevos amigos que descubren mil cosas en común. Pensé que verlo podía dolerme y devolverme al pasado. Por otro lado, no recordaba cuándo fue la última vez que salí a tomar algo sin ponerle el teléfono debajo de la nariz a quien tenía delante.

Vi primero a su compañero. Estaba al fondo de la terraza cubierta, apoyado en una barandilla con elegancia y cara de aburrimiento, hablando con una chica rubia. Abrió los brazos y

me saludó como a uno de los suyos. Había cruzado una frontera física y ahora era como él. Delgada, reservada. Una mujer como un esqueje frágil y tenaz.

Volvió a llamarme la atención el calor que desprendía. Siempre me daba la sensación de que resultaría frío al tacto. Supongo que porque era muy blanco, y por su forma de relacionarse, como un gato.

—¿Dónde coño has estado?

—Mmm —dije—. Qué calor das.

Me puso las manos en los hombros, con los brazos extendidos. La chica rubia me miró dando a entender que le interesaba muy poco dónde hubiera estado, que solo quería que me largase.

—En serio. ¿Dónde has estado? Creía que te íbamos a ver a todas horas.

Me aguanté las ganas de disculparme. Lo sentía sinceramente, pero como de costumbre mi compasión era para mí. Las cosas tal vez habrían salido mejor si hubiéramos seguido viéndonos.

—No sé. Tenía lista la red de mariposas y todo. Es que… nada ha salido como lo había planeado.

—Sí. —Echó un vistazo alrededor con aire pensativo—. Entiendo lo que quieres decir.

—Lo siento —dije—. Said me lo ha contado. Quería decírtelo.

—No lo sientas. Odiaba mi trabajo.

—Ya encontrarás algo.

—Sí. Eso espero.

—No. —Le puse una mano en el brazo—. Ha sonado a lugar común. Quería decir que seguro que *tú* encuentras algo. Eres muy listo. Puedes hacer lo que quieras. Si dirigiera una empresa te ofrecería trabajo. De hecho, crearía un puesto a tu medida.

—¿Ves? Por eso me encanta que vengas. Mi vida es una larga secuencia de decepciones. Y tú siempre me haces sentir mejor conmigo mismo.

—Tienes que sentirte bien. Eres una persona maravillosa.

Said nos observaba con un gesto ilegible. Siempre que hablábamos, tenía la sensación, difícil de racionalizar y aún más

difícil de eludir, de que yo lo alteraba. Aunque nos tratábamos con cordialidad, había entre nosotros un trasfondo de agravio y condescendencia. Que me invitara esa noche parecía un acto de perdón, como cuando la duquesa errante vuelve a los círculos selectos tras una temporada en las cloacas. Es posible que estuviera paranoica, pero los acontecimientos del verano me habían transformado. Ahora profesaba la fe del instinto, y en un punto del plexo solar notaba que lo había molestado.

—¿Qué tal estás? —preguntó. Me dio un beso en la mejilla, con los labios fríos.

—Muy bien —dije. Y me sorprendió darme cuenta de que casi era cierto. Si no muy bien, sí estaba mejor que últimamente —. Ocupada.

—¿Sí? Esta noche te veo bien.

Me examinó con atención, como a una serpiente en un terrario o a un perro grande sin correa. ¿Podría escaparse? ¿Me morderá?

—¿Eso quiere decir que normalmente parezco horrible?

—Ya sabes que no quiere decir eso. ¿Por qué las mujeres os lo tomáis todo a mal?

Nos quedamos callados. Me entraron unas ganas irresistibles de fumar.

—He cambiado de look. Me he inspirado en Valeria, la de *Narcos*.

Hizo una mueca y asintió.

—Bueno. Te sienta bien.

—¿Said?

—¿Sí?

—Que le den a Deutag. De verdad, que les den. Algunos no saben reconocer las cosas buenas aunque las tengan delante de las narices.

—Tienes razón. Que le den a Deutag. Y que le den a Aberdeen. Además, hace un frío del carajo.

El silencio se instaló entre nosotros. Miré al fondo, hacia la terraza.

—Voy a ir… ahí. A la zona de fumadores.

—Oye. —Me cogió de la muñeca para que no me fuera.

—¿Qué?

—Abre la mano.

—¿Qué? —repetí, sonriendo a medias. Notaba la resistencia inmediata de cuando te dicen: Cierra los ojos, no te muevas, quédate ahí. No abrí la mano.

—Abre la mano y lo verás.

Abrí la mano. Sacó una bolsita de plástico del bolsillo lateral y le dio unos toques en el borde. Unos cristales oscuros cayeron en mi palma. Me lamí la mano, cerré los ojos y le quité la cerveza. Qué sabor. Nunca me acostumbraba.

—Gracias —dije, después de tragar.

Me sonrió con desgana.

—A tu disposición.

Los círculos se cierran. Una ciudad pequeña es un círculo cerrado. Salí a la noche húmeda y encendí un cigarrillo. Había estado allí con Caden, el día que él quería comprarme un vestido y tacones. Era junio y hacía calor. El sol daba con fuerza en la terraza y las plantas rezumaban humedad; las hojas de los árboles se pegaban al cristal (como ahora se pegaba la noche). El espacio parecía un terrario gigantesco, solo que con el suelo de tarima de haya en vez de tierra. Fue el mismo día que nos inventamos a la niña despeinada. *Me la inventé yo*. *Es mi mejor creación. No, no te la inventaste tú. Me la inventé yo*. Me inventé a Said. O puede que él me inventara a mí. ¿Qué más da ya? Los dos nos vamos.

—Esa chica está colada por ti, ¿no?

El compañero se me había acercado por detrás. La chica rubia estaba al otro lado de la cristalera, hablando con su amiga. Tenía un perfil tenso y angustiado. No paraba de lanzar miraditas a la terraza. Vio que la miraba y me miró. Sus ojos decían que quería verme muerta. Que ojalá me muriera en el incendio de una plataforma.

—Mejor que no sepa que te gusta tanto. Por cierto, ¿qué le pasa?

—Nada. Hemos follado un par de veces, nada más. Puede que esta noche se la meta.

—¿En serio?

—Supongo. ¿Qué tiene de malo?

Encogí un hombro y tiré el cigarrillo a un charco. Goteaba

agua del techo, de los canalones, de los árboles desnudos, inclinados con confianza sobre la cubierta.

—Entonces deja de buscar la atención de otras mujeres. Ve a hablar con ella.

Miré su cigarrillo con envidia, a pesar de que acababa de apagar el mío. Era una persona con muchos vicios. Cuando me fuese de Aberdeen me limpiaría de todos.

—¿Vienes a Tunnels?

Dije que no con la cabeza.

—He quedado.

—¿Para un revolcón?

—Lo dudo.

—Vas muy poco abrigada para el tiempo que hace, con ese body.

—Es un mono.

Sonrió. Te rompía el corazón con esos dientes torcidos.

—Casi lo mismo.

La niebla entraba del mar y tendía sus tentáculos húmedos sobre las calles. Las farolas proyectaban pequeños charcos de luz que no llegaban a atravesar la niebla. En el anémico resplandor anaranjado bailaban columnas de humedad. Me abracé y apreté el paso. Iba poco abrigada, como siempre. Las mujeres del norte de Inglaterra no saben vestirse en invierno. Es una broma muy común. Salen sin abrigo cuando nieva, con un modelo de Phillip Lim 3.1 y cuatro capas de falso bronceado como escudo contra los elementos. La verdad es que una mujer no podía vestirse para el invierno en Aberdeen si compraba la ropa en el Reino Unido. Los inviernos de la ciudad eran de una crueldad escandinava. El frío de Aberdeen era de otra era, un frío que no tenía cabida en la cultura contemporánea. Antes de mudarme creía conocer el frío lánguido y lluvioso de Liverpool o el de un día relativamente cortante en Londres. Como en tantas otras cosas, también en esta me equivocaba.

El rubio me esperaba en un bar, a la vuelta de BonAccord Street. Yo dividía los bares de Aberdeen en tres categorías: chonis, chungos y aburridos (algunos se solapaban, como la intersección de un diagrama de Venn). Intentaba evitar aquel bar en concreto, que hacía meses había incluido en la categoría

de «choni y aburrido», pero esa noche estaba lleno, como todos los demás. Salía un montón de gente por la puerta al patio delantero y había cola en los cuatro lados de la barra que ocupaba el centro del local. Los empleados flotaban dentro de su corral de madera, secando vasos y limpiando superficies con una lentitud desesperante. El rubio me preguntó qué quería beber y le dije que me sorprendiera. Lo consiguió, con un cóctel que no supe identificar y nunca habría pedido por propia iniciativa. Era oscuro, fuerte y exageradamente dulce. En el centro, entre las astillas de hielo picado, cabeceaba una guinda grande, como una boya varada en una placa de hielo flotante.

—Esos trabajan en las plataformas, ¿verdad? —pregunté, señalando con la cabeza a un grupo que estaba al otro lado de la barra. Llevaban vaqueros ajustados, polos de manga larga que les cubrían las manos y la cabeza afeitada aleatoriamente en algunas zonas. Sobre todo eran jóvenes y tenían la expresión inconfundible de los ingleses, llenos de compromiso y determinación.

—Creo que sí —dijo—. ¿Los reconoces tan fácilmente?

Volví a mirarlos.

—Con los hombres de tu edad es más difícil. Los jóvenes parecen todos iguales.

—Seguro que los echarás de menos cuando te vayas, ¿no?

Me sorprendió el comentario. No lo había pensado. Mi trabajo consistía en hablar con ellos. Vale que era un trabajo inventado, pero seguía teniendo sus partes aburridas y su sensación de obligación, como un empleo de nueve a cinco.

—Supongo. Es lo más parecido a unos compañeros que he tenido.

—Sinceramente, no sé cómo has podido. Si tuviera que quedarme dos días aquí me moriría de aburrimiento y soledad. No soporto estar solo.

Pinché la guinda flotante y volví a mirarlo. En la penumbra vi que tenía las pupilas grandes y que empezaba a bizquear. Tenía el pelo levantado a mechones, como penachos de plumas. Parecía que llevaba toda la noche dando saltos.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué te hace gracia?

—Tú. Las cosas que uno detecta en otra persona a simple

vista. En tu caso era muy evidente que serías así. Que conste que no es un insulto. Te honra que te guste la compañía de los demás.

Nos habíamos sentado en una mesa con asientos corridos, al lado de la pista de baile. La música estaba muy alta y teníamos que gritarnos al oído para entendernos. Había un grupo de chicas jóvenes en la mesa de al lado, con bolsos relativamente caros y el pelo largo y brillante. Una llevaba lentillas de color ámbar con rendijas verticales. Otra tenía unos incisivos largos que, cuando se reía, parecían colmillos biselados. Princesas de Aberdeen. Cuando los hombres se quejaban de ellas, en realidad se quejaban del carácter de la ciudad: cerrado, austero y obsesionado por el dinero. Esas chicas eran la expresión de su descontento, le daban nombre.

Al verlas sentí una soledad distinta. Cuando salieron a la pista de baile pensé que echaba de menos a mis amigas. Las había dejado tiradas sin ningún reparo cuando me mudé. Se tarda años en conocer a una persona, en que las relaciones se estabilicen y maduren, y yo había despreciado a mis amigas, como si en seis meses pudiera entablar amistades de la misma calidad.

—Vámonos a otro sitio —dije—. Aquí hay demasiado ruido.

—¿Al Monkey House?

Negué con la cabeza. El Monkey House era otra intersección de «choni y chungo».

—¿Qué tal en tu hotel? Podemos tomar algo en el bar.

—Está lleno de capullos.

—Sí. Los capullos a los que intento entrevistar.

—No —insistió, con una firmeza que no me esperaba—. Me voy a hartar de verlos las próximas tres semanas.

Miré al grupo que estaba al otro lado de la barra. Ingleses desarraigados. Niños, según cualquier criterio objetivo.

—¿Sabes? Mi primera entrevista la hice en tu hotel. Había un tipo horrible. Un tal Jason. Me llamó puta. Me largué muy enfadada.

Me miró a los ojos. Los suyos eran de ese color acuoso y plano que siempre se llama «azul», aunque en realidad no tenían nada de azul.

—No es Jason —corrigió—. Es Jayden.

—¿Qué?

—El tipo del que hablas. Se llama Jayden. Lo conozco. Me sé la historia.

Volví a sentir cosquillas en las manos. Me clavé las uñas por debajo de la mesa. El corazón, inmune a estas maniobras, me aporreaba las costillas. Notaba un hormigueo en todo el cuerpo. El campo magnético del pasado que invadía mi presente. Cuando levanté los ojos, vi que me estaba observando y sopesando su siguiente movimiento.

—Te voy a decir un nombre —añadió—. Caden Doyle.

El mar del Norte es un sitio pequeño. Lo raro no era que me pasara esto sino que hubiera conocido a tantos hombres antes sin que me pasara. Por un momento pensé en mentir, decir que no lo conocía de nada, pero luego se me ocurrió que eso era justo lo que haría él. Rachel, que entonces me acompañaba a todas partes, me susurró al oído: *Si algo no hago yo es decir mentiras. Él te lo habrá dicho*. Sintaxis rural, gramática pueblerina. Un estricto respeto por la verdad.

Una vez nos quisimos tanto como para destruir una familia. Con el paso de las semanas y los meses, ese amor ha cobrado la textura traicionera y resbaladiza de un sueño. Entonces era totalmente real.

—Conozco a Caden —dije—. No demasiado bien.

Sonrió, como si haber encontrado un punto en común refrescara el placer de mi compañía.

—Bueno, en cuanto lo has dicho me ha venido a la cabeza: esto ya lo he oído. Me enteré al día siguiente. Y he pensado: «No puede haber tantas periodistas por aquí, tantas chicas entrevistando a los trabajadores de las plataformas».

—No las hay. Soy la única. Que yo sepa.

—Caden está muy loco. Lo conozco de casa. Va siempre colocado.

Entonces sentí la rabia que siente cualquier mujer al enterarse de que el hombre que la ha destrozado aún respira. ¿Por qué seguía siquiera vivo? ¿Qué propósito podía tener? Y ¿por qué seguía saliendo, pasándolo bien, en vez de estar sentado en el suelo de un desván vacío, mirando mis antiguos

mensajes de texto y llorando? Había algo impúdico, algo de obstinación en su vitalidad, en su empeño en el mero hecho de *ser*, y de ser exactamente como era antes. Él florecía; yo había experimentado un cambio celular. No era justo. No era nada justo. Caden había matado algo dentro de mí. Debería quitarse la vida, como expiación.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

Sus ojos descansaron en mis facciones, como si se encontrara cómodo ahí.

—¿No lo sabías? —preguntó.

Caden apareció de nuevo delante de mí. Con un impermeable. Dos surcos profundos alrededor de la boca. *Te quiero*, susurró. *Vete a la mierda*, dije.

—La última vez que lo vi estaba aquí. Iba puestísimo. No lo dejaban entrar en ningún bar.

—¿Hicisteis peleas de juguete?

Me miró bruscamente, ladeando la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada.

—No ha sonado a nada.

La aparición seguía delante de mí. Me animaba con su sonrisa, como un padre en un recital de piano. Anda, cuéntaselo al chico. No está bien difamar a los muertos.

Moví la cabeza para borrar la imagen.

—Nada interesante. ¿Hablamos de otra cosa?

La Víspera del Helicóptero es como Nochebuena. Es lo mejor. Oyes historias de los Super Pumas, pero si vienen a recogerte te da lo mismo que sea un Chinook. No puedes ser supersticioso. Pasas continuamente por debajo de escaleras, todos los días. Pero en Taqa Eider había un tipo curioso. Un jefe de andamios que llevaba guantes de cuero. Antes de irse a casa, el último día, salía a la plataforma, cogía los guantes y los tiraba al mar del Norte. Era un ritual. Decía: He cumplido el turno, joder. Me largo de aquí.

9. Clyde

—¿De dónde eres?

Le estaba mirando la boca cuando me hizo esta pregunta. Me fijé en los labios finos y con las comisuras vueltas hacia arriba. Le daban un aire alegre, incluso cuando tenía la cara en reposo; el mismo efecto que una sonrisa sincera y natural. No podía mirarlo sin sonreír.

—De Stockton —dije.

Mi última noche en Aberdeen salí con Ryan, que era lo más parecido a un amigo que tenía en la ciudad ahora que Said se había ido. Una noche, varias semanas antes, apareció en la entrada de un callejón, en la calle del puerto, y empezó a hablar conmigo. Tenía una leve cojera, la secuela de un accidente en la Ninian South: resbaló de una viga, giró con el arnés en sentido contrario a las agujas del reloj y se estrelló contra la pata de la plataforma. De todos modos me seguía el paso sin dificultad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Pascale —dije.

—¿Como la unidad de presión?

—Con una e al final.

—¿Adónde vas, Pascale con una e al final?

A esas alturas, estaba tan acostumbrada a hablar con desconocidos que no me pareció peligroso, ni siquiera extraño, que aquel hombre bajito saliera de un túnel y me diera conversación. El principal atractivo de Ryan eran sus bolsillos, siempre llenos de una cocaína potentísima que le enviaban de Doncaster por correo. Una sola raya me cortaba la respiración y me ponía el cerebro a mil por hora. Esa noche, en la mesa de mi cocina, haciendo montoncitos de coca y dividiéndolos en rayas, pensé que Ryan me gustaba —detrás de su cojera se escondía un alma de artista— pero prefería la cocaína.

Así tenía que ser. En realidad apenas conocía a Ryan. La cocaína había sido mi mordaz compañera desde hacía veinte años. En ciertos aspectos era la relación mejor negociada de mi vida adulta. No hacía falsas promesas. Era sincera con respecto a sus inconvenientes. Y si yo decidía distanciarme un poco, como hacía de vez en cuando, no se quedaba en mi puerta dándome la lata para que volviera, ni me llamaba

continuamente desde siete números distintos, ni me agobiaba con mensajes de texto. Respetaba mi decisión y me dejaba en paz.

A las tres, Ryan pidió un taxi, y de repente le endosé las cosas de Caden: aparatos electrónicos nuevos, todavía en sus cajas; unos pantalones cortos; cuatro polos de Hugo Boss. Ya había perdido la esperanza de encontrar a un hombre tan bajito como él para dárselas, pero el destino tiene su manera de atar los cabos sueltos, y Ryan no solo trabajaba en el mismo sector sino que compartía las exquisitas proporciones de mi examante, cosa que me llevó a preguntarme si el tamaño sería un requisito para el puesto. Me gustó verlo cargado con los emblemas de mi antiguo amor: compras por impulso; ropa informal.

Llegó el taxi y Ryan desapareció en la noche, con la capucha negra en la cabeza y las cajas de aparatos electrónicos en los brazos. Cerré la puerta, sabiendo que nunca volvería a verlo. Una conexión más que se soltaba. Otra amistad incipiente que se diluía.

Me desperté unas horas más tarde y no tardé nada en hacer las maletas. Me sorprendió lo fácil que era dejar las cosas que había comprado. Los edredones de invierno, las tazas con panza de pájaro y las toallas blancas. Ninguna vivencia me ataba a ellas. Algunas cabían en la maleta: el chal de lana, el cojín con cara de perro, el abrelatas caro que eligió Said. Relucía dentro de su estuche con la misma insolencia de acero que mostraba en el escurreplatos. Siempre supo que se salvaría. Cuando fui a dejarle las llaves al agente inmobiliario, me trató con frialdad. Esta vez no tenía nada que venderme y yo le había llamado poco antes para quejarme de su empleado de mantenimiento.

Llegué al aeropuerto demasiado pronto para embarcar y me senté en el bar, rodeada por una cerca de maletas. Los hombres deambulaban por el vestíbulo vacío, con sus sombras pálidas reflejadas en el suelo de baldosas blancas. Pasaban de dos en dos y de tres en tres, cargados de bolsas y con aire de derrota, como los deportados de un estado fallido. Uno se sentó a mi lado. Tenía unos rasgos vagamente asiáticos —los pómulos anchos, los ojos rasgados—, el pelo rojo oscuro, cortado a tazón, y la piel muy rosa, como si se hubiera frotado la cara con un

trozo de muselina caliente. Llevaba un chándal caqui de cuello alto, como un boxeador de paisano.

—Busco hombres como tú —le dije—. Estoy escribiendo un libro sobre las plataformas.

—¿Eres periodista o algo así?

Su acento se parecía un poco al mío, con una «r» vibrante que sonaba un poco galesa y un correoso acento de Cheshire.

—Me harías un favor. Ya tengo muchos hombres de Boro. Necesito a alguien del noroeste. Para equilibrar.

Dijo que ese sesgo de mis entrevistados era un reflejo de la realidad en las plataformas. Había muchos de Teesside. Eran como una plaga de langostas. Habían colonizado la Clyde y todas las demás plataformas de la zona central del mar del Norte. En cuanto uno se despistaba un momento, se multiplicaban. La cosa no estaría tan mal si no fuera porque era horrible trabajar con ellos. Cuando no se quejaban de la comida —se negaban a comer nada que no fuera filete de pollo rebozado con parmesano fundido o huevos con patatas fritas— estaban en la sala recreativa utilizando la banda ancha, peleándose a gritos con sus novias por FaceTime, tragándose sus asquerosos batidos de proteínas con clara de huevo y adueñándose de las mejores máquinas del gimnasio, o escribiendo con rotulador en las cabinas del cuarto de baño: LOS CHICOS DE BORO DE GIRA, como si estuvieran todavía en el colegio. En resumen, que la plataforma era para ellos como un puesto de avanzada en Middlesbrough, y el trabajo, como una larga excursión con los amigos. Es lo que pasa cuando se traslada a un pueblo entero. Acaban pensando que el sitio es suyo.

—Compran los certificados —añadió. Y puso cara de imitar —. «Aaaaah, he hecho tal y cual. Estamos cualificados para tal y cual. Tengo tal título y cual título.» ¡Todos falsos! Se los birlan a sus compañeros. Cambia este nombre, cambia este otro.

Intenté contenerme y poner cara de sorpresa, como si me chocara que un hombre de Teesside pudiera rechazar la comida de calidad y decir mentiras.

—Yo creía que eso era cosa del nordeste, también de Newcastle. Pero no. Es de Teesside. Gritan más que nadie. Se creen que Boro es el centro del mundo. Se creen que la

plataforma se hundirá si ellos no están. ¡No paran de soltar gilipolleces! «En casa hacemos tal y cual. En casa tenemos tal y cual.» Te dan ganas de decir: Oye, tío, no me cuentes milongas.

Me señaló con un dedo. Me encogí sin querer.

—¿A qué te dedicas? —pregunté.

—Soy chapista.

—¿Cómo entraste?

—El padre de mi exmujer trabajaba en una plataforma. Me dijo que fuera.

—Pareces demasiado joven para tener una exmujer.

Se rio.

—Qué va, soy viejo. Cumplo veintinueve el mes que viene. ¡Me cruje todo cuando me siento!

—¿Te ayudó él?

—¡No! Ese nunca ayuda a nadie a nada. Ya era un cabronazo y un tacaño entonces, y lo sigue siendo. Espera…

Echó un vistazo a mi teléfono.

—¿Puedo decir tacos?

Me pregunté, como en otras ocasiones, de dónde se imaginaban estos hombres que emanaba mi autoridad. ¿A quién apelaban cuando preguntaban si «podían» decir tacos?

—No pasa nada. Puedes decir tacos. Solo te oirá mi teléfono.

Me contó algunas cosas de su ciudad, a tres salidas de la autopista de la mía, aunque un territorio desconocido para mí. A esa ciudad iba a parar la gente de aquel condado rico cuando venían mal dadas. Los que quebraban, los que sobraban, los que se divorciaban, los desposeídos. Era un páramo cultural, sin una identidad estable, más cerca de Liverpool que de Mánchester, aunque todos eran seguidores del Manchester United, desarraigados de su ciudad, como los musulmanes de los Balcanes, desarraigados de los lugares más sagrados de su fe. Los únicos trabajos bien pagados estaban en las refinerías de petróleo, pero esto tenía un precio. La calidad del aire era mala, los índices de enfermedades respiratorias, altos.

Aunque no había ningún motivo para recomendar la ciudad, la gente rara vez se iba de allí. Los que tenían suerte conseguían vivir en las afueras, pero el centro ejercía una

extraña y fascinante atracción que los obligaba a quedarse cerca. Su carácter cerrado y estrecho de miras era el origen y el síntoma de ese estancamiento. No había sangre nueva en la ciudad, salvo la que aportaba la considerable comunidad de nómadas que apareció por allí unos años antes y decidió quedarse. Todo el mundo conocía a todo el mundo y hablaba de todo el mundo sin parar. La realización personal resultaba sospechosa y el éxito se consideraba contingente. «Si yo no puedo, tú tampoco», dijo. Vació su pinta y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Suena asqueroso —observé.

—A ti te lo parecería. —Sonrió—. Eres una pija.

—No soy una pija —protesté (mi interminable y quejumbrosa letanía últimamente)—. Solo tengo un nombre pijo. Mi madre era profesora. Creía que mi nombre me daría oportunidades.

—Y ¿funciona?

La lluvia resbalaba por la ventana, detrás de nosotros. Los árboles no tenían hojas y la ciudad parecía abandonada y gris a la luz fría del invierno. El calendario también estaba desnudo, sin ninguna fiesta hasta las Navidades. No mucho antes, las Navidades eran para mí un momento de publicidad, como un anuncio de mí y de mi vida en Londres. Las semanas previas eran un frenesí de preparativos: tocaba hacer dieta, blanquearse los dientes, depilarse las cejas y teñirse las pestañas; cortarse el pelo y alisarlo con productos químicos, pintarse las uñas de los pies con gel, inyectarse una emulsión de ácido hialurónico en la sangre para el contorno de ojos. Luego hacía la gira por los bares a los que iba a beber cuando era adolescente, cuando vivía sin blanqueamiento dental ni tratamientos para el contorno de ojos, y presumía de lo lejos que había llegado, de la distancia recorrida entre la persona que era y la adolescente pueblerina que fui.

Pero ahora, la fuerza de gravedad de mi ciudad natal se revelaba irresistible. Me disponía a volver con la idea de quedarme una temporada, y la brecha entre esas dos personas iba a cerrarse. Resultó que el deslizamiento temporal que experimentaba cuando oía la nueva música *house* era una clara

premonición, porque el intervalo de veinte años no contaba en absoluto. Quizá cuando estuviera en la ciudad buscaría a mi novio de entonces y trataría de convencerlo para que me llevase a dar otra vuelta en coche. Podía decirle que mi intento de salir de ahí había sido un experimento fallido, que llevaba veinte años interpretando el papel de adulta como una actriz del método, pero que eso ya se había acabado y estaba libre para volver con él.

Podíamos pasarnos toda la vida atándonos bien las zapatillas, ciñendo a la cintura los anoraks de Berghaus, saldando viejas deudas con rivales en el umbral de la mediana edad y rigiéndonos, en general, por las estrictas máximas que él quisiera establecer. Llevaba algún tiempo fuera de la cárcel. A menos que hubiera vuelto, claro. Esto era posible —incluso probable—, porque la vida no es más que una serie de patrones y secuencias en bucle que todos, menos los más sanos, estamos condenados a repetir hasta la muerte.

—Sí que funciona, gracias.

Cruzamos juntos el asfalto. Al otro lado de la pista había un grupo de hombres con equipos de supervivencia amarillos, amontonados bajo la llovizna, formando una cola irregular. Vistos de lejos parecían una culebra de niños camino de la guardería, sujetos a una cuerda y con chalecos fluorescentes. Al parecer, los trabajadores tenían derecho a negarse a volar en un Super Puma. Pero ¿quién ejercitaba ese derecho en semejantes condiciones meteorológicas? Nuestro avión estuvo tanto tiempo esperando que casi empecé a pensar que no iba a moverse nunca. Miré por la ventanilla a un cielo prematuramente oscuro y que tramaba lo peor. ¿Y si no podíamos despegar? ¿Y si nos quedábamos atrapados allí para siempre?

Aunque no dije nada, pensé que el hombre que iba a mi lado podía tener los mismos temores secretos que yo, porque cuando el avión por fin echó a rodar por la pista y se levantó entre la lluvia y el banco de nubes, le pregunté por qué brindábamos y chocó el vaso contra el mío a la vez que decía:

—Por salir de esta ciudad de mierda.

La cabina iba medio vacía, cosa que antes habría sido atípica en martes y ahora no lo era. Solo se oía el zumbido de

los motores y el ruido del carrito de las bebidas, cada vez más lejos. Mi compañero se quitó la cazadora. Tenía los antebrazos blancos y delgados. Era extraño que no llevara tatuajes visibles. La piel masculina sin adornos empezaba a resultarme extraña; indefensa y pálida como una mujer sin maquillaje. Tenía las manos largas y esbeltas, y los dedos salpicados de pecas claras. También tenía las piernas largas. Incluso estirándolas en ángulo, de manera que los pies le llegaban al pasillo, no parecía demasiado cómodo.

—Eres muy alto, ¿no? —observé, después de dar un trago a mi bebida.

—Siempre lo he sido.

Con el cuarto whisky en la mano me sentía como flotando por encima de la corriente de la conversación, incluso por encima del concepto de consecuencia.

—Nunca he entendido a qué viene tanto lío con los hombres altos. Las mujeres dicen que se sienten seguras con un hombre alto. Pero estadísticamente es más probable que a una mujer la mate su pareja a que la mate otra persona. Si te preocupa tu seguridad, ¿no sería más lógico buscar a un hombre pequeño, alguien de quien te puedas defender?

—No voy a matarte. Si es eso lo que te preocupa.

—No. Lo he dicho… por decir.

—Entonces ¿te gustan los canijos? Es una lástima.

—La verdad es que de momento paso de ellos. Mi ex era bajito.

Me miró con una sonrisa arrogante.

—¿Te pegaba con la plancha del pelo?

—Eso no tiene gracia.

—Perdona. ¿Qué pasó?

—Solo le gustaban las cosas nuevas.

Si me hubieran hecho la misma pregunta en otro momento habría dado otra respuesta. Mi pensamiento pasaba por fases y modas, y según el momento yo culpaba a distintas personas o situaciones, hasta que acabé culpándome a mí, porque eso al menos me creaba una ilusión de control. La culpa era mía, por caer en desgracia, por dar más de lo necesario. Hay mujeres que son como el oro: siempre se las valora, siempre se las desea. Y

otras como el petróleo crudo: lamentablemente susceptibles a las fluctuaciones del mercado. Pero estaba a kilómetros de Aberdeen y la distancia era como una puñalada de lucidez. Por primera vez veía la imagen completa, como veía la ciudad entera por la ventanilla de un vistazo cuando hacía mejor tiempo: las afueras de piedra, su cadena de bosques oscuros y campos inclinados, su apacible relación con el mar.

Moví la mano para juguetear con la cruz del cuello. Era un gesto anticuado. Ya no llevaba ese colgante. Unos días antes, mientras me secaba el pelo se me enredó con el secador. Sin poder hacer nada, vi cómo el secador succionaba la cadena y el círculo de plata me estrangulaba como una serpiente. Di un tirón y solo conseguí tensarla más. Al cabo de un rato de inútil forcejeo —me parecieron minutos, aunque seguramente no fueron más de unos segundos— la cadena se partió por dos sitios. El martirio de la cruz. Un giro inédito del antiguo temor a ahogarse.

—Estaba casado. La dejó una temporada. Nos iba bien, hasta que ella me descubrió.

—¿Tenía hijos?

Levanté dos dedos.

—Gemelas.

Las *gemelas*. Siempre se hablaba de ellas en plural. Caden llevaba una foto de las niñas en el salvapantallas del teléfono, con la misma camiseta de fútbol, delante de una valla recién tratada con creosota. Yo siempre apartaba la vista cuando lo veía sacar el teléfono, y las caras de las gemelas se borraban, se convertían en óvalos sin rasgos, como los *douens* mitológicos de Trinidad y Tobago, o como mis primeras reproducciones impresionistas de Caden.

—¿Cómo te descubrió ella?

—No sé cómo consiguió mi número. Me envió un mensaje, haciéndose pasar por él.

—Sencillo y clásico. Me encanta.

Parecía entretenido. Ya se sabía la historia. Tanto dinero gastado, tanta energía consumida para no sentirnos vulgares, y al final nos vencían los clichés. Me acordé de un día que lo estaba esperando en el vestíbulo de la estación. El sistema de

megafonía recitó una lista de pueblos del norte en los que nunca había estado, nombres que sin embargo me sonaban familiares porque los había oído nombrar muchas veces: Inverurie, Elgin, Forres, Nairn.

Viendo subir al tren a los pasajeros tuve el impulso desleal de irme con ellos, salir de la estación e irme lejos, muy lejos, de Caden y de aquel lío que había montado él. Pensé pedirle perdón, pero cambié de opinión. Sabía que eso constaría en el parte y se utilizaría contra mí, como cuando un conductor se disculpa en el lugar del accidente. En realidad no tenía por qué preocuparme. Se utilizaría contra mí de todos modos.

—Desde ese momento todo se torció muy deprisa. Él se fue a casa a recoger sus cosas. Y me llamaba a diario para darme… *el parte*. Una amiga de ella se le echó encima en un bar. Tuvieron que sujetarla entre su madre y su prima. Luego fue ella quien lo vio por la calle y se le echó encima. La sujetaron unos seguratas.

—¿Dónde vive?

Volvió a mirarme con recelo.

—Eso no tiene importancia.

—¿Dónde vive?

Le miré la boca mientras lo decía. Al ver la inclinación de los labios como en un trampantojo sentí en los míos el tirón de una sonrisa tonta en reciprocidad.

—En Stockton —dije.

—¿Dónde? Habla más alto. No te oigo.

—Stockton-on-Tees.

Dio una palmada triunfal en la mesa plegable.

—¿Qué te dije? ¡Son unos salvajes!

—Eso no es nada. Me contó que una vez ella estampó contra una pared a una mujer con la que se estaba peleando.

Vi que movía la cabeza con incredulidad y le sonreía a su vaso.

—Las mujeres de por ahí no se andan con tonterías.

—Él decía que yo era su heroína, pero era su mujer la que le creaba adicción. Era incapaz de no rendirse ante ella. Cada vez que lo llamaba por teléfono, daba un salto y salía corriendo de la habitación. Y lo llamaba a todas horas. Entonces

comprendí que aunque se divorciaran su matrimonio nunca se disolvería. Estaban obsesionados el uno con el otro. Cuando se enteró de que ella había ido a ver a un abogado creí que se iba a desmayar. Supongo que porque ya era público. Y ella iba a sacarle mucho dinero.

—El matrimonio es una estafa. Yo tengo tres hijos. Mis pensiones de alimentos son astronómicas.

Pasé por alto este intento de llevar la conversación a su terreno. ¿En qué momento se desplazaron mis simpatías del que pagaba las facturas hacia mi propio sexo? A lo mejor cuando me quedé sin dinero y dejé de pagar las facturas.

—Ahí empezó todo. Al principio eran pequeños detalles, tan sutiles que para cualquier otra persona habrían pasado desapercibidos. Tardaba un poco más en responder a mis mensajes. Prometía llamarme y luego se le olvidaba. Si se lo recordaba me decía que me lo había imaginado. Y yo casi le creía. Pero tenía un presentimiento. Era como un dolor en la boca del estómago. Se activaba cuando hablábamos. Y luego volvía a sentirlo al cabo de unas horas. Como el hambre.

Sacó la rodaja de limón del vaso y se puso a mordisquearla.

—Eso es el instinto de las tripas —dijo.

—Bebía mucho. Gastaba dinero a espuertas. Apagaba el teléfono y desaparecía del mapa. Yo estaba desesperada. No podía dormir. No podía comer. Creía que iba a morirse, o a volver con ella, que para mí era lo mismo. Le pedí al médico unas pastillas para dormir, pero no me sirvieron de nada. El miedo me taladraba hasta en sueños.

Todavía me acuerdo de aquellos sueños. No tanto de la trama como de la sensación de claustrofobia. Lo veía delante de mí, entrando en un túnel subterráneo, o encima de un escenario —el aeropuerto de Aberdeen era como un auditorio oscuro y mohoso, con pinta de salón de actos escolar—, antes de desaparecer entre una nube de humo con un chasquido suave, como el flash de una cámara antigua. Yo no era de esas mujeres que fantasea con casarse de blanco, pero un par de veces tuve ese sueño al revés. Me veía sola, al fondo de una iglesia, vestida de negro, a una respetuosa distancia de su familia. Me imaginaba la llamada de teléfono balbuceante, al pobre familiar

escogido para darme la noticia, si es que decidían que yo merecía una llamada, porque quizá pensaran que no.

—Creo que me quedé enganchada a sus respuestas imprevisibles. Me despertaba sin saber con quién iba a encontrarme ese día. ¿Con el hombre simpático, cariñoso y seguro que renunciaba a todo para estar conmigo? ¿O con esta otra persona, nueva, fría y caótica a la que ni siquiera reconocía?

»Cualquier cosa que yo hiciera o dijera provocaba en él una reacción totalmente distinta de una hora para otra. Prometía venir a verme y luego decía que necesitaba espacio. Cambiaba de opinión tres o cuatro veces en el curso de una conversación. Discutir con él era imposible, porque no distinguía entre lo que estaba bien y lo que a él le apetecía. Más bien, el hecho de que le apeteciera una cosa la transformaba, la convertía en un acto legítimo. Yo tenía la sensación de haber perdido la capacidad de comunicarme con él, igual que había olvidado el francés que aprendí en el colegio. Solo que esto no fue un proceso gradual. Ocurrió de la noche a la mañana.

—Tendrías que haberlo mandado a la mierda.

—Lo intenté, pero siempre me pedía otra oportunidad. Me contaba unos cuentos patéticos. Las mujeres siempre creen que hay alguna relación entre lo mucho que puede rebajarse un hombre y lo arrepentido que está. En realidad solo significa que se le da bien disculparse. Probablemente porque tiene mucha práctica. Tres semanas después volvió a la plataforma. Tenía *delirium tremens*. Temblaba por las mañanas y estaba muy paranoico. Se le metió en la cabeza que le habían pinchado los dos teléfonos. Decía que solo podíamos hablar por la línea de la oficina. Entonces perdí la paciencia. Le dije: Tú sabrás si quieres vivir así, pero yo no voy a permitir que una mujer a la que ni siquiera conozco dirija mi vida. Te has ido de casa. Échale un par de huevos, joder, y mándala a paseo.

Mi compañero bostezó y se pasó una mano por la cara.

—¿Puedo apoyarme en ti?

Levanté el reposabrazos para que se estirara y apoyó la cabeza en mi regazo. Tenía un aire adormilado y sensual, como un actor de cine desaliñado de los años cincuenta. Al verle las

pestañas, tan densas y rizadas como las de una mujer, di por hecho que eran postizas. Parecían las pestañas de una vaca o una cabaretera.

—Me gustan tus pecas —dijo, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Son falsas.

—¿Qué?

—Que son falsas. Me las pinto.

—Ni de coña.

—Es verdad. Borra una.

Estiró una mano y me frotó en el centro de la mejilla.

—Joder. Es verdad. Parecen auténticas.

—Deberían. Me las pinto a diario desde que tenía quince años.

—Por eso los hombres desconfían.

—Debe de ser muy duro.

Le estaba acariciando el pelo sin darme cuenta, haciéndole una raya con los dedos.

—Sigue —me pidió, cerrando los ojos—. Te escucho.

—No recuerdo por dónde iba.

—Volvió a la plataforma.

—Ah, sí. Era evidente que quería degradarme a la categoría de amante. Pero hay procesos que son irreversibles. A todo esto, su mujer me llamaba seis, siete, ocho veces al día. Cuanto menos quería él estar conmigo más se obsesionaba ella con establecer contacto. Pero él me había prohibido hablar con ella, así que nunca contestaba.

—Hasta que un día decidiste contestar.

—Estaba escribiendo sobre él. Necesitaba un *dénouement*.

—¿Cómo era ella?

Me quedé un rato pensando. ¿Cómo explicar, cómo describir la larga espiral de horror de aquella noche? La voz chillona cobró una extraña familiaridad en mi oído a lo largo de esas horas, y sus burdos insultos llegaron a parecerme casi agradables en comparación. Apenas acababa de cerrar los ojos cuando ella volvía a llamar con una interminable lista de exigencias. La primera era que firmase una especie de contrato para certificar que era la puta de su marido. Quería hacerme

corresponsable del divorcio, como si estuviéramos en 1922.

Yo contestaba adormilada, con la docilidad con que un detenido privado de sueño saluda a un agente federal. Al hablar con ella comprendí hasta qué punto me había anulado a mí misma. El mundo estaba lleno de gente así, con unas ínfulas que eclipsaban lo que pudieran ofrecer. Si quería llegar a alguna parte, tenía que dejar de quedarme en segundo plano, asustada, y abrirme camino a codazos para ponerme a la altura de ellos dos.

—Era estupenda —dije.

—¿Estupenda?

—No, claro que no. Tenía veintinueve años y hablaba como una adolescente. Todo iba de *quién era guapa, quién estaba delgada, quién era una guarra, quién era una zorra…*

—O sea que ¿era guapa?

—Con tantos filtros como ponía en las fotos es muy difícil saber cómo era en realidad.

—Eso lo odio. Es publicidad engañosa. Yo tenía una regla en Tinder: nada de filtros. Las que tuvieran orejas de perro, nariz de cervatillo o coronas de flores iban directamente a la puta papelera.

—Una pena que las mujeres no sean capaces de hacer lo mismo con los hombres que utilizan filtros para camuflar una personalidad horrible durante los seis primeros meses.

Me quité las zapatillas de un puntapié y me senté con los pies en el asiento.

—Le dije a él mil veces: «Haz lo que quieras menos decirle que lo nuestro es solo sexo». Y cuando cogí el teléfono, ¿qué fue lo primero que me dijo ella? «Dice que es solo sexo.»

—Los hombres siempre dicen lo mismo cuando los pillan.

—Si mi marido me dejara, preferiría que fuera porque quiere a otra persona, no por un agujero entre las piernas.

—Tú no eres como las demás.

Me reí, con más desprecio del que pretendía.

—Ella no paraba de repetir: «Son solo mensajes de texto. Me ha dejado por unos mensajes de texto». Y en parte tenía razón. Nos habíamos visto solamente seis veces. Me contó cosas tremendas de él. Dijo que llevaba haciendo lo mismo desde que

se casaron. Que era un fantasioso. Que mentía en todo. Que mentía hasta cuando era mejor la verdad. Que todo lo que contaba de sí mismo era falso. Incluso las cosas que pudieran parecerme imposibles de inventar.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo… Tenía unas erecciones tan potentes que dolía. Resultó que era adicto a la Viagra. Según ella, sin pastillas no podía follar.

Mi compañero se movió y abrió los ojos.

—Al día siguiente me llamó él. No paraba de preguntarme qué pruebas tenía yo. Me acordé de algo que había leído sobre los mentirosos. La persona que dice la verdad ataca la afirmación en sí. Los mentirosos atacan la falta de pruebas.

—¿Estaba cabreado?

—Tanto que no podía hablar.

—¿Qué pasó después?

—Nada. Bueno no, en realidad sí pasó algo. Antes de irse me dijo que hablaba *igual que ella*.

—Eso es muy fuerte.

—Te lo juro. Era un estafador. Solo que en vez de dinero les estafaba el tiempo a las mujeres.

—¿Nunca has vuelto a saber nada de él?

Parecía escéptico. Era evidente que las rupturas limpias seguían el mismo camino que las fotos sin filtros y el crudo Brent. Al principio ni yo misma me lo creía. Leía todas las mañanas nuestros mensajes antiguos y miraba su foto de WhatsApp varias veces al día: en un campo, con las gafas de cristal de espejo. Examinaba la foto, tratando de descifrar quién era la figura torcida y diminuta reflejada en la lente, pero nunca podía. A veces él se conectaba justo en ese momento, y casi se me caía el teléfono con el agobio de apagarlo. Al final borré su número y los mensajes de la memoria. Me asustaba ver que su presencia cobraba vida de ese modo. Lo había perdido irremediablemente, como si estuviera muerto. Pero seguía sano y salvo, en otra dimensión.

—¿Crees que volvió con ella?

—No lo sé.

—Ella te lo habría dicho. Las mujeres son competitivas.

—No puedes competir por un hombre si él no te lo permite.

—Tenía hijas. Eso es decisivo para un hombre de familia.

—¿Por qué crees que era un hombre de familia? Es muy cargante cómo os defendéis siempre los tíos unos a otros.

—Las mujeres hacéis lo mismo.

—No. —Miré por la ventanilla el rombo negro de la noche —. No es cierto.

—¿En qué plataforma has dicho que estaba?

—En la Tiffany.

—Dicen que eso es un vertedero. Esas plataformas de la CNR están podridas hasta la médula.

—Pues le está bien empleado.

—¿Cómo se llamaba?

Pensé no decírselo, pero luego llegué a la conclusión de que Caden no se merecía mi silencio. Estaba convencida de que, si alguna vez se viera en mi lugar, él no me protegería.

—Caden Doyle.

—Suena a nombre falso.

—Puede que lo sea.

—Y ahora ¿qué?

Era una pregunta de consecuencias tan amplias que no sabía qué responder. ¿Ahora qué? Por primera vez en la vida no tenía ni idea. Nuestros planes, que en su momento parecían tan razonables, de pronto se me antojaron como una leve condena. Una hija. Una casita en los páramos. Un par de hijastras pelirrojas. Una exmujer cuya misión era no irse nunca. Rachel tendría que haberlo aceptado y cederme su puesto en el futuro, pero la poesía no era su punto fuerte.

—Siempre he dicho que pararía cuando llegara a las cien entrevistas.

—¿Qué número soy yo?

—El ciento tres.

—¿Qué número era él?

—El uno.

Asintió, como si confirmara una superstición secreta.

—Lo primero que tengo que hacer es transcribirlas todas. Voy a tardar semanas. Ojalá tuviera un esclavo para hacer las transcripciones. Bueno, tampoco un esclavo. Un ayudante.

—Entonces ¿este libro qué va a ser? ¿Un thriller?

—Más bien una novela de misterio. Quería ver cómo son los hombres cuando no hay mujeres alrededor.

—Pero estabas tú.

—Sí, eso es un fallo. La trabajadora de la plataforma de Schrödinger.

—¿Va a ser una novela subida de tono? ¿Como *Cincuenta sombras de Grey*?

—Espero que no. ¿Has leído *Cincuenta sombras de Grey*?

—Mi novia sí.

—¡Qué sorpresa!

—¿Ya tienes el título?

—*Entrevistas breves con hombres repulsivos*.

—Un poco fuerte.

—Perdona. Ha sido un chiste malo. Además, ese título ya existe.

El aeropuerto estaba desierto cuando aterrizamos. La noche era impenetrable y negra. Mientras esperábamos el equipaje me acercó hacia él. La frente me llegaba a la altura de su pecho. Me fijé en su cazadora. Vistas de cerca, las fibras de la tela estaban desordenadas y el logo del cocodrilo con las fauces abiertas, ligeramente descosido. Me aguanté las ganas de alisarlas con la mano. Su olor me resultaba familiar. A loción para después del afeitado y a suavizante de la ropa. El olor de un residente de la periferia que se cuida mucho.

—Me gustaría volver a verte —dijo en voz baja, aunque no había nadie alrededor.

—Creo que es una mala idea.

Me solté de sus brazos sin ser brusca. Me sujetó la barbilla entre el pulgar y el índice y me levantó la cara. Seguía sonriendo. Quizá no estaba acostumbrado a que lo rechazaran.

—¿Estás segura?

Las maletas ya llegaban por detrás. Se oyó una sacudida cuando una se inclinó y cayó de lado. Nos sobresaltamos.

—Puede —dije—. Creo que sí.

Los temores que me asaltaron en la pista del aeropuerto resultaron premonitorios, aunque algo prematuros. Unos días antes de Navidad, un temporal azotó la costa este de Escocia.

Los vuelos de Aberdeen se quedaron en tierra, se cancelaron los trenes y se cerraron las carreteras. El Don, el Ythan y el Dee se desbordaron en cadena, como si quisieran ofrecer una exhibición sincronizada. La inundación anegó la tierra, indiferente a cualquier signo de presencia humana que encontrara en el camino. El agua destrozó y se llevó por delante varios tramos de carretera. El caudal del Dee no paraba de crecer, arrastrando a su paso autocaravanas y lanzándolas desde los puentes como si fueran de juguete. En el mar del Norte, sin montañas que protegieran sus campos, la furia de la tormenta no amainaba. Hubo que evacuar el campo de Valhall cuando una barcaza se soltó del ancla y se dirigió hacia la plataforma, flotando a la deriva. La misma suerte corrieron los campos de Eldfisk y Embla. Un hombre murió en el sector noruego y otros dos resultaron heridos en el campo de Troll, cuando una ola gigantesca alcanzó la COSL Innovator. Fue el invierno más lluvioso de la historia de Escocia.

En la calma posnavideña, el temporal era la única noticia. Los reportajes se recreaban en las imágenes de puentes derribados, ríos desbordados y campos inundados. La gente escapaba en embarcaciones de remos, navegando por lagos que antes eran plazas y canales que antes eran calles secundarias. Mi familia no se cansaba de celebrar mi buena suerte mientras contemplábamos las imágenes de barrios en ruinas y cultivos anegados. Saliste justo a tiempo, decían. Sí, asentía yo. Supongo que sí. Me costaba relacionar mi destino con los acontecimientos que se desplegaban en la pantalla, aunque por unos momentos los tuviera al alcance de la mano. La experiencia me resultaba ya entonces tan lejana como si nunca hubiera estado al norte de la frontera. *Après moi, le déluge*. O algo por el estilo.

Se me acabó el dinero y encontré trabajo en un local de comida para llevar. Se dio la casualidad de que el local estaba en el pueblo del último hombre al que había entrevistado. Era un pueblo con cuatro barrios grandes de viviendas municipales de alquiler, conectados por una destartalada calle principal. Parecía un rincón perdido y alejado de las carreteras principales. Era como esos pueblos de las islas de España, donde

nadie cena antes de las nueve. Varios clientes habituales trabajaban en el mar del Norte. Eran autónomos que trabajaban entre las plataformas y la refinería, y traían noticias de allí.

Después de la crisis, el precio del Brent subió de nuevo y las compañías empezaron a contratar, solo que ahora contrataban a los trabajadores para desmantelar las plataformas, sellar los pozos y llevarse las piezas desmontadas. El mar del Norte echaba el cierre. Pensé que, seguramente, había pocos trabajos más deprimentes que aquel; una liquidación de activos en sentido literal. Del esfuerzo de tantos solo quedaba ausencia, una zona de mar que volvía a su estado natural. Además, esas estructuras habían proporcionado a las familias casa, comida y ropa desde hacía muchos años, y las labores de desmantelamiento serían un recordatorio constante de que su modo de vida agonizaba. Si hubieran sido cautos o pesimistas, o las dos cosas, habrían ahorrado lo suficiente para mantenerse a flote mientras decidieran qué hacer a continuación. Pero hubo quienes, siguiendo el modelo imprevisor del gobierno, imaginaron que su buena suerte sería eterna.

Me interesé por aquel pueblo como una forastera: por sus rencillas y sus quejas, por sus familias numerosas y relacionadas unas con otras, y por las muchas capas de sus lealtades. El paro era alto; muchos vendían drogas para subsistir. La cárcel era un riesgo que no afectaba necesariamente al beneficio. Si una persona iba a prisión, sus hermanos se ocupaban del trapicheo y conservaban el nombre del socio fundador, como si se tratara de una empresa familiar. Los clientes vivían permanentemente endeudados: pedían la droga fiada a un proveedor y luego al siguiente, hasta que agotaban todas las posibilidades y tenían que pagar a la primera. Y vuelta a empezar: siempre debiendo nueve de cada diez.

Las consecuencias de este precario sistema de crédito y devolución se veían en todas partes. A menudo, los jóvenes —alumnos de la misma escuela de violencia en la que había estudiado mi primer novio— venían al local con los ojos morados, los labios partidos y los nudillos destrozados. Aprendí que el protocolo del pueblo consistía en no hacer preguntas, en fingir que era normal ir por la calle con esa pinta. De vez en

cuando me avisaban para impedir una pelea en la puerta, y una vez tuve que ordenar a un chico que soltara a su novia, cuando vi que intentaba meterla en el maletero de un coche, como se ordena a un perro que suelte un hueso. Eché el cierre y saqué a la chica y a su amiga por la cocina. «No va a cambiar, y lo sabes», le advertí mientras abría la puerta trasera. «Yo no paro de decirle lo mismo —dijo su amiga—. Pero no me hace ni puto caso.»

Como mi trabajo anterior era una especie de licencia para husmear, quizá no sea extraño que la única parte que me gustara del nuevo era la de cotillear con los vecinos. Eso se acabó cuando despidieron al repartidor y me mandaron a llevar los pedidos. Nuestro repartidor desaparecía con el dinero a mitad del turno y no aparecía hasta el día siguiente, siempre con una excusa verosímil y el dinero exacto, pero de una fuente distinta. El dueño creía que se lo jugaba. O que pagaba préstamos diarios. O las dos cosas. Los problemas tenían múltiples síntomas. Como Annette Cosway cuando salía a caballo con un vestido de baile hecho jirones, me ponía mi antigua ropa de Londres —mis botas de montar, mis leggins de cuero, mi único abrigo bueno— y recorría las calles entregando pedidos y aceptando propinas, hasta que acabé con las botas destrozadas, tan llenas de agujeros que no servían para nada.

Llegué a conocer bastante bien la zona, mejor que la mayoría de los vecinos, en general solo leales a su urbanización. El pueblo estaba en fase de desarrollo y había muchos terrenos en construcción en las afueras. Una vez tuve que ir a un barrio nuevo, detrás de una salida de la autopista. Hice varios intentos para localizar la dirección con el teléfono, hasta que me rendí. Mientras daba vueltas en el coche por callejones sin salida, entre naves y almacenes de madera vacíos, llegué a la conclusión de que la llamada era una broma y de que iban a violarme y a tirarme al canal. Entonces, de repente, al doblar una esquina, aparecí en una calle con el asfalto reluciente, bordeada de casas altas y estrechas. No parecían viviendas británicas, sino de estilo hugonote, con las ventanas abuhardilladas y unos balcones como el de Julieta. Había en sus proporciones larguiruchas de castillo de Cenicienta y en la improbable ubicación del barrio

algo que daba al conjunto un aire irreal. Cuando volví al local empezaba a dudar de haberlo visto. Intenté imaginarme que vivía allí y dejaba que mi hija volviera a casa sola por la urbanización desierta, o que era yo quien hacía el camino, y no pude.

Siempre hay una base racional en el desarrollo de un municipio, un motivo para que la gente ocupe una zona y la industria otra, pero estas urbanizaciones nuevas desafiaban toda lógica. Estaban simplemente tiradas en antiguas áreas industriales o en tierras expropiadas, en zonas sin servicios y con escasos accesos seguros. Había urbanizaciones con vistas a una fábrica, urbanizaciones al borde de la autopista, urbanizaciones a la orilla de las aguas sucias y espumosas del río, urbanizaciones en las que parecía que el aire chisporroteaba —un ruido casi tangible, un cosquilleo en el ambiente—, porque las parcelas lindaban por detrás con la subestación eléctrica o estaban rodeadas de torres de alta tensión.

Unos paneles luminosos en la calle principal indicaban los niveles de contaminación del aire. Malo, señalaban los paneles algunos días. Y otros días: Muy malo. Día y noche, la refinería quemaba sustancias tóxicas y la nube de humo sulfuroso que cubría la ciudad daba al atardecer una enfermiza tonalidad amarilla. A veces el local olía a huevo podrido, y yo lo atribuía a los desagües hasta que el dueño me lo explicó. Llegué a entender que la ciudad se mostrara indiferente a la violencia. ¿Qué era una paliza o una pelea con arma blanca en comparación con este permanente ataque ambiental, con el precio de la vida química?

Cuando trabajaba en las revistas, la cercanía de otras personas con dinero me daba una pátina que no me merecía. Ahora estaba experimentando el mismo proceso a la inversa. Cada vez me parecía más a los clientes. Perdí el tono de la piel. Se me caía el pelo, y se me volvió quebradizo. En las fotos de esa época parezco una modelo medieval: pálida, retraída, con la frente un centímetro más alta que antes.

Un chico nuevo me sustituyó en la barra. Era grande y desgarbado, con unos ojos inteligentes y azules como cuentas de cristal. Tenía la costumbre de ponerse siempre en medio en el

peor momento. Se liaba con cualquier tarea: el mundo físico se confabulaba contra él. Una vez intentó llevarse la aspiradora y se enredó con el cable, como Laocoonte con las serpientes. Acabó prisionero entre el tubo y el alargador y estuvo literalmente diez minutos dando vueltas para salir de la maraña. La gente lo tomaba por tonto aunque en realidad era muy listo. Parte de su inteligencia consistía en pasar por tonto, interpretar el papel de bufón para escaquearse y no hacer nada. Me di cuenta cuando me contó que estaba estudiando para el acceso a la universidad, y que esperaba terminar con dos sobresalientes y un notable.

—Es lo que saqué yo —le dije—. Nunca se sabe. Si bajas la cabeza y te esfuerzas de verdad, dentro de veinte años igual puedes trabajar en un asador de pollos.

Era una broma, pero al mirar alrededor vi que nadie se reía. El chico carraspeó.

—¿Qué tal va tu libro? —preguntó.

Yo seguía yendo a la biblioteca a diario, seguía escribiendo, aunque a esas alturas el proyecto parecía una coartada, una tapadera inventada para ocultar mi verdadera vocación.

—Va avanzando —contesté.

—¿De qué trata? No me acuerdo —dijo, frunciendo el ceño —. ¿Grúas?

En los momentos tranquilos nos sentábamos en la barra a ver pasar a la gente. Había dos chicas que me fascinaban. Vivían en el edificio de enfrente. Podían ser de la misma familia, aunque una estaba dolorosamente flaca y la otra bastante gorda. La gorda tenía el pelo corto y cada semana se lo teñía de un color distinto: gris, rosa, verde, como las alas de un periquito. Las bauticé (en secreto) como las vagabundas modernas, porque se pasaban el día merodeando y llevaban la ropa muy grande, como los personajes de Beckett. Siempre se quedaban atascadas en la puerta del edificio. Todos los días veía a una de las dos delante de la puerta y a la otra al otro lado, forcejeando con la cerradura, muy enfadada. Los incidentes tenían un tono ligeramente esquemático, como una coreografía torpe; era como estar viendo una película muda en el momento en que la acción se centra alrededor del héroe, que pierde un fajo de papeles en

mitad de un vendaval o se le engancha el cordón del zapato en una rejilla. En realidad, supongo que las chicas tenían una sola llave para las dos y que la cerradura fallaba, pero la distancia y el desconocimiento de sus verdaderas circunstancias infundían dramatismo a sus penurias.

—Las chicas de aquí son muy brutas —dijo mi compañero —. ¿Por qué será?

—Porque son pobres —señalé—. Tienen una vida dura.

—¿Tú crees que las guapas cazan a hombres con pasta y se largan de aquí?

Negué con la cabeza.

—No funciona así.

Casi todas las noches lo llevaba a casa. Vivía a medio camino, entre el local y mi casa, y no me gustaba que volviera solo. Sospechaba que no sería capaz de defenderse, a pesar de su tamaño. Parecía mal preparado para desenvolverse en esas calles llenas de gente taimada y volátil, con sus intermitentes explosiones de violencia.

—Vamos, tontolino —le decía, entrechocando las llaves—. Vámonos de aquí.

«Tontolina» era un nombre de mi infancia. Así me llamaba mi padre cuando todavía hablaba.

Cuando íbamos en el coche por la calle principal, a veces veíamos pasar a gente a la que él conocía. En esas ocasiones él hacía algún comentario en voz baja.

—Ese iba a mi colegio. Un inútil total.

Para uno tuvo palabras más elogiosas:

—Shane Walsh. Lo sigo en Instagram. Está pirado.

Miré al chico en cuestión cuando paramos en el semáforo. Era alto y de buena constitución. Tenía la cara redonda, sin ser gordo, y el pelo, en la turbia fluorescencia de las luces, podía pasar por rojo. Cuando empecé a trabajar en el local de comida rápida pensaba en Caden muy a menudo y me preguntaba si volvería a verlo. Con el paso del tiempo la posibilidad se volvía cada vez más remota. Empezaba a tener la sensación de habérmelo inventado, a él y a todos los demás. Cuando contaba que había vivido en Aberdeen, que fui allí para escribir un libro, parecía una mentira, incluso a mí me lo parecía. Volví a mirar.

No era él: demasiado joven. El coche que teníamos detrás tocó el claxon. El semáforo se había puesto en verde.

La llama de la refinería se erguía en el cielo, alta y blanca. De la planta salían penachos de humo que flotaban sobre el río en bancos densos.

—¿Eso está ardiendo? —preguntó mi compañero.

—A veces queman el gas. Se supone que está controlado.

—Pues no lo parece —dijo con tristeza.

Aceleré en la calzada resbaladiza. Esta salida de la autopista era atípica: la incorporación se hacía desde abajo en vez de desde arriba, de manera que no se veía el tráfico hasta el último momento. Muchas veces había hecho una mueca para resistir el descabellado impulso de cerrar los ojos en el momento de incorporarme al carril lento. La inseguridad de la autopista, el escaso margen de error que permitía, me seguía asustando. Una parte de mí creía, en secreto, que la muerte de la que me había burlado hacía veinte años volvería a reclamarme, que se había quedado agazapada en algún rincón, esperando el momento oportuno. De noche, tumbada en la cama, recordaba la cantidad de veces que me había librado por los pelos; mis decisiones arriesgadas y mi desprecio hacia el peligro se desplegaban delante de mí como una ráfaga de viento. Las imágenes bailaban bajo mis párpados y no me dejaban dormir. *De noche, cuando me acuesto, pienso en ti con todas mis fuerzas. / ¿Te acuerdas? ¿Te suena?*

¿Y si no hubiera calculado bien el momento de incorporarme al tráfico, o si el camión del carril de al lado no me hubiera visto o se hubiera negado a apartarse? ¿Y si las condiciones fueran menos favorables y hubiera patinado en el asfalto húmedo hasta chocar contra las ruedas del camión, o si lo hubiera esquivado por unos centímetros y me hubiera estrellado contra la mediana? ¿Y si? ¿Y si? Parecía estadísticamente imposible, en un mundo con tantas maneras de tener un accidente, derrapar y salir ilesa.

—¿Puedo poner música? —preguntó mi compañero.

—No.

—¿Por qué me tratas siempre tan mal?

—Cuando aprendas a conducir podrás poner lo que quieras.

—No necesito aprender a conducir. Para eso ya te tengo a ti.

—Sí que lo necesitas —repliqué—. Las chicas pasarán de ti si no sabes conducir.

Esto había sido un disparo en la oscuridad. No tenía la menor idea de lo que les gustaba a las adolescentes de hoy. En mis tiempos era cierto, pero muchas de las cosas que mi compañero me contaba sugerían que el orden predominante de la vida en la periferia había cambiado drásticamente.

—Además —añadí repensándolo—. Yo no estaré aquí siempre.

No dijo nada. A diferencia de los adultos, nunca se sentía obligado a darme conversación en el trayecto. No parecía consciente del contrato social que te obliga al menos a responder a la persona que se ofrece a llevarte a casa. A veces lo miraba de reojo, a mi lado, y tenía la sensación de haber comprado un adolescente gigante. La primera vez que subió al coche se puso quisquilloso —movió el asiento, habló por teléfono a gritos, intentó negociar conmigo para que le dejara vapear con la ventanilla bajada o poner su música, solo un rato —, pero cuando le dije que no a todo, simplemente se quedó callado y se distrajo con el móvil.

Cambié de carril para adelantar a un camión cisterna. Este tramo de la autopista se encontraba entre la refinería y la terminal petrolífera, y siempre había tráfico, incluso de noche. Los camiones articulados se sincronizaban para cambiar de carril con la agilidad de una furgoneta pequeña. En paralelo a la autopista discurría una carretera medio escondida por un seto. A veces, los faros se colaban entre las frondas y daba la impresión de que venía un coche en dirección contraria. Al sur, la tierra esquilmada se extendía hacia el estuario. La zona era un territorio de transición sin fronteras, de límites que cambiaban con la marea. Entre la maleza corrían riachuelos grasientos. Las acequias se llenaban de agua salobre y se desbordaban sobre los campos. Las máquinas proclamaban su dominio. No había viviendas ni señales de vida humana; únicamente fábricas y depósitos, oleoductos y barriles de destilación. Decían que un chico había muerto ahí, hacía unos

años. Se cayó en una cuba de tolueno y se ahogó. Pero era una vieja historia. Ya nadie se acordaba.

—¿Sigue yendo la gente a las discotecas en coche?

—¿Mmmm?

Me miró aturdido, como si lo hubiera despertado.

—¿Sigue yendo la gente a las discotecas de otras ciudades? ¿Y luego vuelve?

—No. Ahora ahorran para ir a festivales.

Y se acabó. Una porción de vida inglesa que desaparecía. Este chico nunca sabría lo que era volar a media noche, escupiendo toda una subcultura por los altavoces. Con MC Det en el mix, aullando en una jerga incomprensible que asombraba a los adultos: *Este se va a la piltra con la peña de los tranquis. Este se come el marrón de llevarlos en el buga a la rave. Hora de cerrar los ojos y recordar (no si vas al volante, ¡eh!). Esta es Marissa, Kazia. Y mamá anda por ahí al norte, en alguna parte.*[*]

Inglaterra era nuestra en esas horas vacías. Nos movíamos en convoy y dominábamos las carreteras, la red de arterias del país, como si aplicáramos la ley marcial. Me acordé de mí a los dieciséis años: ni siquiera percibía el riesgo. El mundo se había vuelto más seguro, pero a costa de una estrecha vigilancia. Y siempre se pierde algo cuando se recorta la libertad del ser humano.

Íbamos deprisa hacia el oeste, atravesando la indolente oscuridad del verano. La carretera se tendía por delante, monótona y plana. Cuando puse las luces largas, mi compañero dio un grito ahogado y se le cayó el teléfono a los pies.

—¡La salida! —me avisó, nervioso y gesticulando—. ¡Te vas a pasar la salida!

Me entró el pánico y pisé el acelerador. El coche salió disparado y adelantó a una furgoneta que iba por el carril de al lado. Giré bruscamente y me crucé en su camino haciendo eses. Sin hacer caso de los bocinazos ni levantar el pie del pedal, crucé el carril izquierdo y derrapé en la calzada resbaladiza. Por un segundo, perdí el control del coche y los neumáticos apenas rozaron el asfalto. Pisé el freno y patinamos hasta que el coche se paró con un chirrido y una sacudida mientras un arco de gravilla golpeaba el chasis. Me latía el corazón como un tambor.

Me sudaban las manos en el volante.

—Perdón —dije—. Lo siento mucho. No sé por qué lo he hecho.

A mi lado, el chico se retorcía de risa.

—Eres la caña. Casi nos matas.

Hice el resto del camino escarmentada y en silencio.

—No se lo dirás a tu madre, ¿verdad? —le pregunté cuando salió del coche.

—Qué va —dijo amistosamente—. No soy un chivato.

Dejarlo en casa me desvió de mi camino. Tenía dos opciones: dar la vuelta para salir de nuevo a la autopista o atajar por un laberinto de estrechas carreteras rurales. La autopista era más directa, pero no me gustaba la sensación de desandar el camino, así que enfilé por las carreteras. Era una ruta tortuosa y llena de curvas, casi contraria a la intuición. En la mayor parte del trayecto daba la sensación de que el camino no llevaba a ninguna parte. Más adelante, la carretera cruzaba un arroyo, subía una cuesta y pasaba por encima de la autopista. Miré hacia abajo mientras cruzaba el puente, hacia los coches tripulados por conductores menos sentimentales.

La carretera estaba muy oscura al otro lado del puente, y tardé un rato en darme cuenta de que me había equivocado de camino. Adormilada, seguí adelante entre túneles de árboles y hondonadas de sombras profundas, tratando de orientarme.

El verano había llegado de golpe ese año, y el ramaje denso y frondoso oscurecía en parte la carretera. Pero el cielo estaba despejado y el orden de los astros era tan claro que no podía sentirme totalmente perdida. Por fin desemboqué, como en trance, en una carretera que me resultó familiar. Nunca había llegado por ese camino, pero al salir del cruce, ya no tuve dudas. Estaba a pocos kilómetros de casa.

Agradecimientos

A mi familia, por todo. A mis primeros lectores: Eva, Tim, Lucille, Helen, Marissa y Sophy, por su aliento y sus observaciones. A mi amiga más antigua y atenta, Sarah Ellis, por presentarme a Jon McGregor. A Jon, por ser tan generoso con sus consejos y sus contactos. A Tracy Bohan, por creer en mi libro cuando yo no creía, y por ser la mejor agente. A Jake Molloy y Sue Jane Taylor, por su tiempo y su visión. A Catherine Twomey y a su familia, por darme amor cuando hacía frío. Y sobre todo, a los 103 hombres que compartieron sus historias conmigo. No teníais por qué hacerlo, y lo hicisteis. Gracias. Gracias.

«No lloriquees... No te quejes. Trabaja más duro. Pasa más tiempo solo.»

JOAN DIDION

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *El estado del mar*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.

Nota biográfica

Tabitha Lasley trabajó diez años como periodista. Ha vivido en Londres, Johannesburgo y Aberdeen. Su primer libro, *El estado del mar* (2021; Libros del Asteroide, 2023), ha sido aclamado por la crítica, nominado a diversos premios y elegido libro del año por The Guardian.

- *When I go to bed at night, I think of you with all my might. / I love you. Fool. / Remember? Relate.*
- *I know that you think it's fake / Maybe fake's what I like.*
- *This one goes out to the cotch crew, the bedroom massive. This one's all the driving massive, making their way to a rave. Time to close your eyes and reminisce (not if you're driving, though!). This one's Marissa, Kazia. And Mum: up north somewhere.*

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El estado del mar*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Valle inquietane, Anna Wiener
Clima, Jenny Offill
Despojos, Rachel Cusk